

DOCTOR TATÉN

Quale i fioretti dal notturno gelo  
Chinati e chiusi, poi che il sol gl'imbianca.  
Si drizzan tutti aperti in loro stelo...

LA DIVINA COMMEDIA  
Inferno Canto II - verso 127 - 129  
Dante Alighieri.

# EN LA MONTAÑA

*(LA HISTORIA DE UN NIÑO ENFERMO)*



~~155.00~~  
\$156.10  
8.8  
581

BUENOS AIRES

1907

109 7-12

GV 109  
7-12



DONACION  
DE  
E. GARCIA VELLOSO

*To con buen amigo  
en prueba del cariño que  
le tiene: Fronges G.V. 30-5-12*

DOCTOR TATÉN

Quale i fioretti dal notturno gelo  
Chinati e chiusi, poi che il sol gl'imbianca,  
Si drizzan tutti aperti in loro stelo.,.

LA DIVINA COMMEDIA  
Inferno Canto II - verso 127 - 129  
Dante Alighieri.

# EN LA MONTAÑA

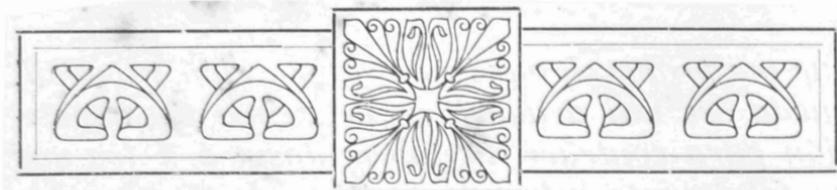
*(LA HISTORIA DE UN NIÑO ENFERMO)*



BUENOS AIRES

TIP.-LIT. DE ANGEL PRINA - MONTEVIDEO 626

1907



## A Guisa de Prólogo

---

*No hubiera yo escrito esta obra, fruto de experiencia profesional y fiel reflejo de los sentimientos paternos, si numerosos colegas y amigos míos, con sus instancias y buenos deseos no me hubiesen decidido á ello.*

*Al darla á luz, me asalta la duda de que no satisfaga los deseos de los que me instaron, ni responda á sus esperanzas; pero siendo, como es, árdua y en extremo difícil la tarea de servir á todos los gustos, de armonizar los pareceres de suyo tan variados, y de uniformar las opiniones, por lo común tan encontradas y opuestas, me tranquiliza y alegra la esperanza de que la publicación de este librito, al mismo tiempo*

*que me proporcionará una satisfacción paternal, pueda ser útil á aquellos que tienen predisposición para contraer la tuberculosis ó á los que ya fatalmente sufren los rigores de esta terrible enfermedad cuyas víctimas pueden contarse por millares en todos los pueblos de la tierra.*

*En la exposición de estos capítulos, no entró en mis cálculos hermohear los párrafos con los matices y arrequives del lenguaje retórico, sino que aspiré siempre á que el libro fuera esencialmente veraz, entretenido y de provecho para aquellos que necesitaren de las indicaciones que en él se hacen, y gustaren de seguirlas.*

*F. J. T.*

*Buenos Aires, Mayo de 1907.*





## I

# Dura Veritas, sed Veritas

En la calle Esmeralda entre Rivadavia y Bartolomé Mitre hay un edificio que en otro tiempo fué el hospital de mujeres. Aunque su fachada ha sido modernizada, no ha perdido su aspecto lúgubre. A la calle tiene tres puertas: la central, que es la más lujosa, da entrada á la dirección y cuerpo de inspectores; la más cercana á la segunda de las calles laterales, ó sea Bartolomé Mitre, es más angosta que la anterior, por ella entran los enfermos; y por la tercera, la más contigua, á la calle Rivadavia, entran y salen los

servicios de ambulancia, solicitados por la población de Buenos Aires para los primeros auxilios.

Por esta puerta entré el día 2 de Diciembre de 1903, dirigiéndome hacia el fondo de la casa, donde se encuentran instalados los laboratorios de bacteriología. Iba en busca de colegas amigos para salir de una duda que me torturaba. En una pieza que dá frente al gran patio de la vieja casa, sentado en un banco, el cuerpo inclinado sobre una mesa, y el ojo fijo en el objetivo de un microscopio estaba un hombre alto, delgado, cubierto con un delantal que le cubría hasta los piés : era el director de la sección bacteriológica de la Asistencia Pública, el sabio Doctor Badía.

En otra mesa, haciendo idénticas ó parecidas observaciones, estaba el doctor Alberto Greslebin ; otro espíritu observador, quien, al notar mi presencia, me dijo :

— ¿ Que haces tú por aquí ?

— Vengo para que me saques de una duda.

— ¿Cuál ?

Presentándole un frasco que contenía los esputos de mi hijo, le dije :

- Necesito que examines estos esputos, y me digas si contienen bacilos de Koch.

El doctor Greslebin dejó la preparación que tenía en estudio, y preparó lo necesario para hacer la investigación que yo le pedía. Mientras se hacían las preparaciones del caso, llegó el Dr. Julio Fernández.

— Que le pasa Dr. Tatén, me dijo, ¿está usted enfermo?

No doctor Fernández; vengo para que hagan una preparación microscópica, pues temo que mi hijo sea tuberculoso.

— Pero usted ya había traído harán más ó menos dos meses, los esputos de su hijo, y no se encontró nada en cuatro preparaciones diferentes que se hicieron con todo esmero.

— Es cierto; pero ahora vuelvo á insistir, porque clínicamente mi hijito presenta los síntomas de una tuberculosis.

Viéndome tan abatido y triste, estos buenos amigos trataban de consolarme.

Mientras tanto, ya estaba lista la preparación del Dr. Greslebin. Empezó á observar. Después de un largo rato, como no me decía nada, le dije:

— ¿Has visto algo?—Sin apartar su ojo del objetivo, me contestó con toda calma:

— Nada, absolutamente nada.

— Busca con cuidado; repasa bien toda la preparación.—Conocía su competencia pero en mi afán de apartar la terrible duda, le solicitaba más esmero aún. Otro, se hubiera amostazado de mi observación; pero la amistad que nos une, me permitía hablarle así, sin dar lugar á suspicacia alguna de su parte contra mí. Me comprendió, y siguió mirando la preparación. Des-

pués de un buen cuarto de hora, volví á interrogarle:

— ¿No ves nada?

— Nada. Pasan los campos ópticos y no se vé un solo bacilo. Es inútil seguir investiga.....

Algo que acababa de ver le cortó la palabra ; quedó en profunda observación, inmóvil, estaba investigando algo que le llamaba la atención : parecía como petrificado. Yo estaba á su lado, en pié, esperando el desenlace de esa situación violenta; y sin apartar la vista de lo que miraba, me dijo:

— Aquí hay uno.

Si un puñal me hubiera partido la espalda de una puñalada, no me hubiera hecho la impresión que recibí en aquel momento. Quise hablar y no pude; la palabra se me había quedado atravesada en la garganta. Mi colega seguía observando la preparación. Yo me sentía desfallecer; un temblor nervioso me sacudía las piernas. Me senté en un taburete para no caer.

Las lágrimas brotaron de mis ojos, pero haciendo un esfuerzo supremo, para contenerlas, traté de serenarme; no quería que se apercibieran de mi dolor. Gracias á mis empeños conseguí hacerme fuerte en presencia del golpe brutal que acababa de recibir.....

El doctor Greslebin siguió observando la preparación, pues esta ocupaba medio porta-objeto. Estuve por interrumpirle; pero el hecho de que

se hubieran encontrado bacilos de Koch, ya me bastaba. Reflexioné, y lo dejé proseguir la investigación que duró cerca de una hora. ¡Una hora! que para mí se deslizó con la lentitud de un siglo!..... Por fin, volviéndose hácia mi, me dijo :

— Hay muy pocos bacilos; pasan los campos ópticos y no se encuentra ninguno. En toda la preparación no he podido ver más que seis bien característicos. Acércate y mira.

Me acerqué al microscopio y observé; moví el tornillo micrométrico hasta poder percibir claramente el campo óptico. Ví un bacilo típico, estaba coloreado de rojo destacándose sobre un fondo azul; ¡estaba solo! pero se multiplicaría más tarde, no había duda... Abandoné el microscopio, una palidez cadavérica debía cubrir mi rostro, pues Alberto me dijo:

— No te desesperes ni pierdas la cabeza. Tu hijo debe tener una lesión que principia, y debes persuadirte de que en las criaturas, es más fácil curar la enfermedad, que en los adultos. He tenido ocasión, prosiguió el Dr. Greslebin, de observar enfermitos que presentaban un número de bacilos mucho mayor que el que presenta tu hijito, y que sin embargo han sanado. Vuelvo á repetir que no debes afligirte.

Hubo un momento de silencio. Yo no podía hablar: estaba anonadado. El bueno de Greslebin para calmar mi dolor añadió :

— Puede ser que yo haya visto mal; voy á decirle á Badía que mire la preparación.

Demasiado sabía yo, que la preparación estaba bien hecha y que había sido bien observada. Yo también la había observado y no me quedaba ninguna duda; eran bacilos de Koch bien teñidos.

El Dr. Badía observó la preparación y sin quitar el ojo del objetivo:—No hay duda, dijo, son bacilos de Koch.

La opinión inapelable del maestro, ya no me produjo impresión; la esperaba: La equivocación era imposible.

Siempre recordaré las palabras que me dijo Badía en aquel momento:—Usted anda en desgracia Tatén; ahora ya sabe el enemigo que tiene por delante; usted está bien armado, trate de vencerlo; creo que triunfará. Le dí un fuerte apretón de manos en señal de agradecimiento, y apenas pude articular: ¡Gracias!

Greslebin me acompañó hasta la puerta y golpeándome cariñosamente sobre el hombro me dijo al despedirme:—Ten valor Tatén, y no desmayes en la lucha.

Salté de la Asistencia Pública, con el corazón destrozado. Llegué hasta la esquina de Esmeralda y Rivadavia, y seguí por esta última hasta llegar á la calle San Martín donde esperé un tranvía que me condujera á mi casa; pero en vista de que tardaba en venir, tomé un coche de

alquiler, me arrinconé en el fondo del carruaje, y dí rienda suelta á mis lágrimas. Esas lágrimas que había comprimido durante más de una hora, se deslizaron rápidas y las sentía como si fueran de fuego; pero me hicieron un gran bien; porque era la explosión del dolor reconcentrado que hacía irrupción, eran como río que sale de madre y con sus aguas reblandece la tierra seca y agrietada, como lo estaba mi alma!

Poco á poco me fuí calmando, y empecé á reflexionar en todos los infortunios que me esperaban.... ¡Mi hijo tuberculoso! ¡Oh que cosa espantosa! ¡que cosa horrible; atacado de tan funesta enfermedad! ¡él, que había pasado por tantas enfermedades sin que ninguna de ellas hubiera podido vencerlo! ¿era necesario esta otra cómplice de la muerte, para que los malos hados me lo arrancara para siempre....., para siempre? ¡Cuántos sacrificios perdidos! ¿Es posible que ahora se separe de mí? ¿Es posible que la muerte me arrebatase ese hijo de mi alma? ¿Ese hijo hermoso y querido? ¿Ese pedazo de mi corazón? ¡El, por quien daría mi vida?... ¡Qué me importaban las riquezas y el bienestar! ¡Yo no quiero nada..., nada..., que todo se lo lleve el viento..., todo...; pero á mi hijito..... no, no....., á mi hijo que me lo dejen.... ¡Oh Dios mío, no me saques mi hijo, déjalo á mi lado, te lo pide este padre desconsolado.....!

Así lloraba mi dolor profundo.... Mis lágrimas

volvían á correr. Era un alivio, un nuevo bálsamo.....

El carruaje seguía rodando, y poco faltaba para llegar á mi casa. Traté de serenarme cuanto fuera posible para que mi esposa no notara el estado de mi ánimo..... ¿Y qué hacer delante de ella? ¿Decírselo *ex-abrupto*...? No: era muy nerviosa y temía una sacudida que concluyera en una crisis nerviosa..... ¡La pobre, no sabía lo que le esperaba con la enfermedad de su hijo! Tenía que ir despacio, con calma, sin apresurarme; había de comunicarle la terrible noticia rodeándome de todas las precauciones posibles.....

El carruaje se detuvo: habíamos llegado. Lo despaché, y penetré en aquella mansión de dolor. Entré en el cuarto de mi hijo, lo hallé sentado en la cama, envuelto en una manta, recostado sobre un montón de almohadas. Me acerqué á él, con la sonrisa en los labios..... y con el corazón destrozado por la pena. Apenas me vió, abandonó una cajita de soldados con la cual se estaba entreteniendo; le acaricié su cabecita, le dí un beso en la mejilla, y quedé un momento contemplándolo..... Ideas negras se cruzaban en ese momento por mi cerebro, y mis ojos se humedecieron. Mi hijito me miró fijamente.

— *¿Vd. llora, papito?* me dijo; y yo haciendo un nuevo esfuerzo le contesté riendo:

— ¡No mi alma adorada! ¿por qué quieres que lllore, si nunca he estado más contento que hoy?

— ¡Aaaaah! exclamó.

Hubo un momento de pausa durante el cual yo quedé pensativo, mientras que él volvía á tomar uno de sus soldados de plomo para colocarlo en fila con otros que ya había alineado; y sin apartar su mirada del juguete:

— ¡Papito!..... ¿Cuándo me va á traer el velocípedo? me dijo.

— ¿Qué velocípedo, hijo mío?

— *El que uté me prometió ayer.*

Yo no recordaba haberle prometido nada, pero tenía que seguir fingiendo y exclamé:

— ¡Ah..... sí, como no, ya recuerdo, el velocípedo aquel que te prometí; sí.....! pues mañana lo traerán.

Me miró sonriendo como quien acaba de obtener un triunfo. ¡Pobrecito.....!

.....Oí unos pasos en el cuarto contiguo, que se aproximaban al nuestro; y comprendí que eran de mi esposa. El momento del peligro había llegado....., ahora firmeza.

Yo hice como quien no la había sentido entrar; vino por detrás y me dió un beso en el cuello; me dí vuelta, y haciéndome el sorprendido, le dije:

— ¡Ah estabas ahí!

Ella me miró con ansias de adivinación y preguntó:

— ¿Cómo te ha ido?

Yo sabía todo lo que envolvía esa pregunta, pero me hice el desentendido y le contesté:

— Bien....., como de costumbre.

Miróme otra vez con fijeza, con una expresión resuelta....., como para sondar mi pensamiento. Yo me puse en guardia, y esperé la acometida.

— ¿Me dices la verdad Tatén?

— ¿La verdad.....? ¿La verdad de que, Magdalena?

— ¿No sabes á que me refiero?

— ¡No....., como quieres que lo sepa!

— Pues....., del asunto aquel que tratamos esta mañana.

— ¿De cual? repuse haciéndome el desentendido.

Miró de soslayo al nene, para darme á comprender, que se refería á lo que yo de sobra sabía.

— ¡Ah! exclamé, ¡eso todavía no está listo!

— *¿Que cota papito?* interrumpió el niño.

— Es un vestido de mamita, que la costurera todavía no ha concluido.—Le contesté sonriendo.....

Magdalena quedó satisfecha aparentemente; y para evitar que me siguiera interrogando, la acosé á preguntas sobre las novedades que había notado en el enfermo durante el día. Concluido que hubo de decirme lo que había ocurrido durante mi ausencia, hice el que buscaba algo en mis bolsillos, y como si lo hubiese olvi-

dado encima de mi escritorio á el me dirigió. Vefía que ella me observaba y no perdía el menor de mis gestos, y eso me desconcertaba. Tenía miedo de traicionarme.

No harían cinco minutos que me encontraba solo, cuando ella vino á mi lado; pero apenas entró en el escritorio, le di orden de que me hiciera servir por Carola una taza de café. Fué á dar las instrucciones, y no volvió, ignoro si procedió así porque comprendió que yo quería estar solo ó si fué otro el motivo.

Carola, era una vieja sirvienta criada en casa de mis padres; me había visto nacer, de manera que la apreciábamos mucho y ella quería á la familia entrañablemente. Era de aquellas mujeres que por atavismo viven y mueren siempre fieles á la familia, y en quienes se deposita, y con razón, una confianza ilimitada....

Al poco rato me trajo el café y le dije en voz baja:

— ¿Dónde está la señora?

— Está en el comedor niño, leyendo “El Diario” de la tarde.

— Cierra esa puerta.—Le señalé la que daba al otro dormitorio; es preciso, proseguí, que me ayudes en un asunto muy serio. El nene está muy grave, y la señora no lo sabe. Se acaba de confirmar el diagnóstico con el exámen bacteriológico. El nene está tuberculoso....

— ¡Ay..... pobrecito.....!

-- Tú te callas; haces como si no supieras nada. Yo se lo diré á la señora esta misma tarde. Es posible que después de saberlo, ella te diga algo al respecto. Te haces la indiferente; le puedes decir que tomando á tiempo la enfermedad se ha de curar, le refieres una historia..... un cuento..... de una amiga tuya..... ó de una comadre de tu hermana..... que tuvo también una criatura tísica..... que la llevaron al campo..... á las sierras, y que sanó. No olvides de decirle, que has oído decir á muchos médicos, que en los niños la enfermedad se cura con más facilidad que en los grandes. ¿Has oído bien?

— Si niño.

— ¡No olvides la lección!

— Pierda cuidado.....

-- Ahora le dices al mucamo que venga; tengo que mandarlo á la botica.....

Chut.....!

-- ¿Que hay?

-- Silencio, niño....., oigo los pasos de la señora pue viene por el patio; conviene que no me vea aquí... yo salgo por esta otra puerta.

Carola salía, por la puerta que comunica á los dormitorios, y mi esposa entraba por la que dá al patio. Trafa "El Diario" en la mano.

— ¡Tatén! me dijo, el sábado darán "Carmen" de Bizet en el San Martin. ¡Hace tanto tiempo que no he visto esa ópera, que si de aquí al sábado el nene se mejora, desearía me llevases!

— Si el nene está bien, si te llevaré.

— “El Diario” dice que la compañía es muy buena, y que estuvieron anoche en “Manon” de Massenet, á la altura de los grandes artistas de la Opera.

No le respondí. Hubo una pausa, interrumpida por un largo suspiro mío; ella se acercó y mirándome fijamente me dijo:

— ¿Que tienes Tatén? A tí te pasa algo grave; te veo taciturno, preocupado, inquieto..... ¿dime que te pasa?

— Nada.....

— ¡Como nada! Tú me ocultas algo Tatén, y algo serio; yo necesito saberlo..... Sí mi Tatén, dime ¿que hay? ¿Se trata de mi madre....., de tus padres?

— No, no se trata de tu madre.....

— ¿De tus padres entonces, de tu familia?

— Tampoco.....

— ¿De quien Tatén; de quien? preguntó arrojando “El Diario” sobre el sofá.—¿Se trata del nene? El examen microscópico ha revelado algo grave?

— Sí, algo hay.....

La ví que tambaleaba, corrí á ella y la hice sentar sobre el sofá..... — Si estuvieras tranquila, te lo contaría todo.

— ¡Oh! ¡Tatén.....! mira que tranquila estoy.

— Nadie lo diría, repuse....., á la primera palabra que te he dicho..... te desmayas.....

— ¡Por favor, te lo suplico, dime lo que hay....

— Entonces, ¿puedo decirte la verdad?

— Sí, viejo mío..... toda la verdad..... habla, habla.

— Lo que hay es esto: como tú sabes, esta mañana llevé los esputos del nene, para hacerlos examinar. Tardaron como tu comprendes... mucho tiempo en preparar los instrumentos..... los colorantes..... etc., etc., en fin llegó á hacerse una preparación; se la observó con el microscopio y no se pudo encontrar nada.

Magdalena iba exaltándose á medida que yo hablaba; un temblor convulsivo la dominaba..., todavía no me atrevía á decirle la verdad.

Continué:

— Se hizo una nueva preparación, con bastante trabajo, y después de observarla durante mucho rato, se vió un....

— ¿Un qué....? ¡Tatén....! ¿Un qué? Me dijo levantándose con los ojos fuera de las órbitas y asiéndome del saco. No perdí mi calma, y repuse inmediatamente:

— Un vidrio de la preparación roto.

Exasperada me contestó:

— ¡Oh!.... ¡eres un majadero....! ¡un vidrio roto después de una observación prolongada.... ¡es imposible!

— Pero mujer, también es culpa tuya.... quieres saber más de lo que hay..., me haces perder el juicio.

-- Y tú me estás matando con esa horrible duda; no me tortures así por caridad.... soy más fuerte de lo que crees, estoy preparada para todo... ¿se han encontrado los bacilos de la tuberculosis?

— ¿Los bacilos?... no, todavía no....

— La verdad, traiciona todo tu ser.... sí, sí, esos ojos tuyos humedecidos, traicionan tu mentira....

Mi esposa, ya estaba fuera de sí; la voz era ronca, apagada. Yo no sabía que partido tomar, cuando por fortuna, Carola entró azorada diciendo desde la puerta:

— ¡Cálmese..., señora!... ¡cálmese por Dios....!

— No escucho á nadie....; dime Tatén, dime ¿nuestro hijo es tuberculoso?

Me miró de tal manera, que parecía haber perdido la razón. Ya no se podía prolongar por más tiempo esa situación por demás violenta....

— Sí, le dije; es un tuberculoso, pero que curará muy pronto.

Lanzó un grito desgarrador; se llevó las manos á la cabeza, gritando en su desesperación:

— ¡El hijo de mis entrañas, tísico!!!.... ¡que horror...!

Fué á tirarse sobre el sofá, llorando á gritos nuestra desgracia.

Ya no tenía fuerzas para consolarla; ¡había sufrido tanto durante el día, que me sentía insensible al dolor! La lucha que había sostenido para

preparar á mi esposa para que soportara el primer golpe, me habíá aniquilado.

Hice señas á Carola que se quedara junto á la pobre madre traspasada por el dolor, mientras que yo salía al patio á respirar un poco de aire que bastante lo necesitaba.

Me puse á pasear pensativo por todo el largo del patio, fumando maquinalmente un cigarrillo...

Ignoro el tiempo que estuve caminando de un extremo al otro de la casa, pero cuando volví al lado del sofá donde habíá dejado á mi esposa, ya estaban las luces encendidas. Nada de extraño que no me diera cuenta del tiempo, porque en el estado que tenía mi ánimo no me daba cuenta de las cosas que me rodeaban.

Encontré á mi esposa, sentada en el sofá, con la cabeza apoyada sobre la mano derecha, el brazo apoyando el codo sobre la rodilla, y su mirada fija en el suelo.... Ya no lloraba. La primera explosión habíá pasado. Viéndome entrar, me pidió que me sentara á su lado, y la mandó á Carola que fuera á cuidar al enfermito.

Me preguntó, que pensaba hacer, que resolución iba á tomar. Le hice comprender que no teníamos sino un solo camino para salvar al niño, y ese era el cambio de clima; todo lo demás sería inútil. Se conformó, pues le era indiferente cualquier clima, cualquier país; iría al fin del mundo con tal de salvar á nuestro hijo Mario. Fue in-

sinuándole que era preciso ponernos en viaje á la brevedad posible sin pérdida de tiempo, y ella estuvo conforme con todo.

Estaba aterrada, al saber que su hijo era víctima de tan horrible mal, y si le hubiese indicado ponernos en viaje esa misma noche, no hubiera trepidado en hacerlo. Le hice comprender todos los sinsabores que nos esperaban; pero á ella no le importaban; estaba dispuesta á compartir mis penas. Insistí en que el clima de las montañas era lo mejor que había para estos enfermos; se conformó, y no pudo menos de preguntarme:

— ¿Y adónde piensas llevarnos? •

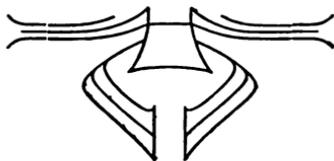
— Todavía no lo sé. Mañana resolveremos...; tal vez á Capilla del Monte, á Cosquin, á Luján de Cuyo... no lo sé; lo único que te puedo decir, es que vamos á sufrir mucho, y deseo que tengas valor, resignación y no te amilanes por las fatigas que vas á tener que pasar en las montañas.

— ¡Ah pobre Tatén! ¿Tu crees que voy á doblarme ante los sufrimientos, tu crees que al convertirme en esclava de mi hijo, voy á ceder? Te equivocas. Ni la naturaleza salvaje de aquellas regiones, ni los bosques impenetrables con sus espinas que desgarrarán mis carnes cuando tenga que cruzarlos, ni....

— ¡No mujer, si no es tan duro aquello!

— ¡Aunque lo fuera! Nada me detendrá. Ni

al contagio de la enfermedad le tengo miedo. Tú  
condúceme adonde quieras; yo te seguiré adonde  
vayas... No temo á nada... ¡Como mujer po-  
dré ser cobarde, pero como madre ya verás si  
soy valiente!



## II

# ALTA GRACIA

Cuatro días después de aquella tarde tan llena de emociones, en que tuve que preparar á mi esposa para que no ignorara la verdad respecto de la enfermedad de nuestro hijo, tomamos el tren que nos había de conducir á las sierras de Córdoba.

El enfermito soportó bien el viaje hasta Río Segundo; en este punto tuvimos que bajarnos y esperar cerca de una hora, para efectuar el transbordo al tren que nos llevaría hasta Alta Gracia. Haría un cuarto de hora que estábamos sentados en el andén de la estación de Río Se-

gundo, cuando noté que mi Mario se ponía intensamente pálido. Le pregunté lo que sentía:— Nada,—me contestó. Recostó su cabecita contra el pecho de la madre, lo tapamos con una manta, y así permaneció hasta que subimos de nuevo al tren.

El aire vivificante de la mañana, había producido la primera impresión en aquel organismo debilitado.

Llegamos á Alta Gracia á las 12 p. m.

En aquella época el confort dejaba mucho que desear. Un solo carruaje había en la estación esperando á los pasajeros á la llegada del tren. En ese único carruaje hubimos de ser conducidos á una hostería, donde nos dieron un cuarto situado en el fondo de un corredor triste y lúgubre. Los muebles que se hallaban en el cuarto eran dignos de figurar en “La vie de Bohème” de Murger: Una cama de hierro, atadas las patas con alambres, y con un colchón elástico lleno de abolladuras que, con sus concavidades y convexidades correspondientes, semejaban una montaña rusa.

En la pared, y haciendo de armario y cómoda, estaba clavada una larga repisa de madera, de cuyos bordes colgaba en forma de cortinado, un género de cretona, teñido de vivos colores.

El lavabo consistía en una mesa de cedro con un agujero en el centro que daba cabida á una palangana de fierro enlozado. Dos sillas de asiento

de madera, completaban el mobiliario. Me presenté en queja al dueño del hostel por el pésimo alojamiento; y conseguí que se mejorara en algo semejante confort. Era inútil exigir cosa mejor, pues me habían dicho que las demás hosterías eran iguales ó peores.

Habíamos llegado en mala época á aquellas alturas: llovía casi diariamente desde hacía un mes. Las lluvias en aquellos parajes son verdaderos chubascos. De hecho, pues, estábamos prisioneros en el hostel sin poder salir á ninguna parte.

Me entretenía viendo pasar la gente con caras aburridas, por las aceras del hostel. Miraba por vigésima vez las fotografías colgadas en las paredes del comedor, y en las que se representaban los paisajes de aquellas regiones. Estaba obligado á dar vueltas todo el día entre aquellos cuatro muros, donde aprendí de memoria las inscripciones de los cromos y almanaques que á guisa de *réclame* adornaban las paredes de aquellas habitaciones.

A mi llegada al hostel, hice una rigurosa desinfección al Formol, y pasé la mayor parte del día cuidando á mi hijo,

Por fin, al quinto día después de nuestra llegada, el tiempo se compuso y pude recorrer la villa y sus alrededores.

Alta Gracia está ubicada coquetamente en las primeras pendientes de la Sierra Chica, cercada por el Sud y el Oeste por una cadena de mon-

taña, y completamente abierta al Norte y al Este. A una altura de 600 metros sobre el nivel del mar, y distante unos 45 kilómetros de la capital de la provincia.

Por tradición, se dice que aquella Villa fué fundada por los padres de la Compañía de Jesús, los cuales tenían á sus órdenes gran número de indios á quienes hacían trabajar en la construcción de edificios. Esta aseveración no es completamente exacta.

La mayor parte de los peones que tenían los Jesuitas, no eran indios, sino negros esclavos; estos eran los verdaderos peones, mientras que los indios aprendían oficios, para lo cual los padres jesuitas tenían grandes talleres, donde se enseñaba á los naturales, á tejer, componer muebles, coser la ropa, trabajar el cuero, etc., etc. También se dice que no hicieron más grandes obras por carecer de personal. Esto es otro error.

Los datos más preciosos y exactos, sobre los antecedentes de Alta Gracia, son los que dá el Padre José Manuel Peramás, de la Compañía de Jesús, que fué profesor de Literatura en la Universidad antigua de Córdoba. Hállase en su obra: *De vita et moribus tredecim virorum paraguaycorum*, Faventiae 1793, en la vida del hermano Coadjutor Antonio del Castillo página 293. Traduzco del latín:

“Tenían asimismo los Jesuitas de Córdoba del Tucumán una hacienda denominada *Altagracia*,

tan dilatada y provista de tan crecido número de esclavos, que, si en frutos y ganado hubiese producido tanto cuanto se sabe hacer producir para su dueño en España y en Italia á extensiones de tierra muchas veces menor, aquella sola hacienda, hubiera bastado y sobrado para sustentar al pié de cien religiosos que moraban en el colegio, parte escolares, parte maestros (pues era aquella la casa de estudios para toda la provincia) y sin embargo, si por las inclemencias del tiempo había resultado corta la cosecha y la cría del ganado, ni aquella hacienda misma, ni ella con las otras posesiones alcanzaban á producir lo necesario para el alimento de los Padres. Y ciertamente, el último Rector del colegio, Padre Pedro Juan Andreu, cuyo procurador era el hermano Antonio Castillo, objeto de esta biografía, había tenido que tomar para dicho fin una gran cantidad de dinero prestado del Deán ó Prepósito de la Catedral, el ilustre Don José Garay.

“De este modo, aún con grandes haciendas, no se hallaba rico el colegio”.

Las noticias del gran deterioro que sufrió la hacienda con el extrañamiento de los Jesuitas por Cárlos III están contenidas en una carta del señor don Ambrosio Funes de Córdoba, hermano del Deán, al Padre Gaspar Juárez, su antiguo profesor, natural de Santiago del Estero, que expatriado por Cárlos III, murió en Roma en 1804, después de treinta y siete años de destierro. Há-

llase esta carta en Roma, en el Archivo de Estado, sección *Gesú*, *Epistolario*, 1787-1814; escrita en cuatro páginas en folio bien nutridas, y es de fecha de 9 de Diciembre de 1785.

Dice así:

“Se ha fijado en estos días una orden del Rey en que se manda á todos los ministros y Tribunales que corrían con las temporalidades de Ustedes, que precisamente dentro de tres años sin falta alguna se concluyan todos sus asuntos, para que jamás se vuelva más á tratar de ellos.....; y aunque los de Córdoba, por la constitución natural de los enredos que dejaron sus administradores, no se debían acabar ni en veinte años más, piensan con este superior orden practicar lo que se hizo con el nudo gordiano: no hay otro arbitrio. Alta Gracia y Jesús María están perdidos, tanto que hoy nadie se atrevería á dar ni veinte mil pesos, con sus negros, por cada una. Hasta hoy están sin pagar. La primera la tomó un Correas de Mendoza, y se fundió.... Los robos y maldades que se han cometido en estos asuntos, pedían un libro de á folio; pero con tal particularidad, que no se vé acomodado ninguno de tantos como se reputan cómplices en los latrocinios y profanaciones que usaron con los bienes de Ustedes”.

Llama la atención, que después de tantos años de existencia, haya quedado esa villa en aquel estado de atraso. Los ranchos con techo de paja

y paredes de barro constituyen la mayor parte de las casas. Hace poco tiempo se han construido algunas casas de material, con arquitectura disciplinada, que contrasta visiblemente con lo fragoso de aquella áspera región montañosa, cubierta de vegetación salvaje.

Las calles están trazadas en línea recta; pero como en toda población antigua y abandonada no existen avenidas. Muy pocos árboles de ornato se encuentran en la planta urbana. Los edificios públicos son de lo más pobre que uno puede imaginarse. La comisaria policial está instalada en un cuarto miserable; una mesa, que hace las veces de escritorio, y una sola silla componen todo el mobiliario.

Contiguamente está la cárcel de detenidos, representada por un rancho de paja y barro con un enorme agujero en la pared. Si no fuera la actividad y celo con que desempeña su delicada misión el comisario de policía, hábilmente aconsejado por el Jefe Político, los habitantes de Alta Gracia vivirían en continua alarma.

La municipalidad también contigua á la comisaría, aunque con local é indumentaria casi iguales á esta, le aventaja en que posee una caja de hierro, un mapa mural colgado en la pared, un armario, una prensa de copiar y tres sillas.

Del Juzgado de Paz, poco puedo decir: sé que existe, y creo que el viejecito del juez, dá las

audiencias en el comedor de su rancho particular, y rodeado de sus nietos.

La casa de Correos y Telégrafos, es lo único que está medianamente instalado, y advierto que siendo una repartición que depende del Gobierno de la Nación, carece de escudo y también de bandera..... Tales son las oficinas públicas del pueblecito de Alta Gracia.

La Iglesia fundada por los padres Jesuitas, con su fachada majestuosa, es una reliquia de nuestra historia. A su costado derecho, está la casa donde vivió el virrey Liniers; y al contemplar aquellos muros y aquellos ladrillos enormes, uno se siente fascinado por aquel monumento antiguo. Es una alegría poder admirar esas obras que parecen vivir más en nuestra memoria que las nuevas ciudades. Al contemplar esas ruinas vestigios elocuentes, de lo que fué en otrora, uno se siente transportado á otras edades cuyos tipos y costumbres acuden en tropel á la mente del observador. •

Figuraos una verdadera fortaleza con cimientos enormes, con raras y pequeñas ventanas, con muros extraordinariamente macizos, con enormes piedras, y cuyo conjunto mirando hacia el tajamar que está situado enfrente, brinda el acceso por una escalera de corte majestuosamente colonial. Desde tal casa se podía esperar sin miedo el ataque del enemigo más valiente. En el interior existen grandes y severas galerías en

cuyo piso se ven las enormes baldosas que fabricaban los negros esclavos bajo la dirección de los padres Jesuitas. Los cuartos son amplios, abovedados y algunos de ellos tienen en la pared un hueco en donde se erigía un altar.... Tales eran las habitaciones del hombre que había salvado los destinos de Buenos Aires en 1806...

.....

.....

El arroyo de Alta Gracia afluente del río Anisacate corre hacia la parte sud del pueblo. Ese curso de agua, debido á las continuas lluvias, se había vuelto torrente en aquellos días, y formaba á su paso un sinnúmero de pequeñas y vistosas cascadas. Deslízase este feliz arroyuelo avanzando entre dos muros de piedras, que á veces presentan derrumbamientos que permite al agua ensancharse, y á las veces encajonan el arroyo entre enormes moles de piedras, que parecerían estar allí para proteger con sus macizas concreciones los hermosos y delicados helechos que se extienden á ambas orillas del arroyo.... Una criatura sentada sobre una piedra, se entretiene en mojar sus piés en la corriente, y de cuando en cuando, recoge su vestidito pobre, por el temor de mojarlo. Varias mujeres, lavando ropa que luego extienden sobre las piedras para secarlas, daban animación á aquel pintoresco paisaje que así me resultaba triste pero distraído.

En el medio del pueblo, al lado mismo de las

casas, se encuentra el cementerio. Ese tranquilo y pequeño cementerio de campaña en que las tumbas se levantan sin adornos, sin capillas interiores, con toda sencillez; cementerio, en que una reja de fierro cerca una lápida marmórea, indicadora de que allí reposan los restos, casi seguramente, de alguna pobre víctima de la tuberculosis. Varias cruces de fierro y otras de madera se encuentran clavadas en el suelo raso. Los habitantes de la villa pasan á cada rato con indiferencia musulmana junto á los muertos, de quienes se podría decir que todavía no se han ido..., que se les retiene cerca como para no olvidarlos. Al pasar se piensa en ellos..., y por algunos se les guarda un tierno recuerdo... se les envía un dulce pensamiento... ¡Que diferencia con los cementerios de nuestras grandes ciudades, recintos edificados lejos de las poblaciones, en los cuales se ven suntuosas tumbas rodeadas de altos cipreses funerarios. En el cementerio de Alta Gracia no hay ninguna solemnidad; sus tumbas parecen las sepulturas de la vieja Roma, sepulturas que los vivos conservaban piadosamente en medio de ellos, y que podían saludar á toda hora. A la verdad que esto no dejaba de ser un consuelo, porque la muerte parece ser más suave cuando ya se sabe que los muertos quedan al lado de los vivos!

Más allá existe una vieja construcción jesuítica, donde se asegura que tenían los indios sus talle-

res, edificio abandonado que deja caer sus persianas á medio colgar, las viejas y acanaladas tejas españolas disgregadas; las paredes roídas por los hongos que dan asilo á los musgos. Los techos en parte hechos pedazos y en parte completamente caídos dan albergue á numerosos murciélagos, de aspecto repugnante, que al llegar la noche salen de su guarida, y con sus alas membranosas grandemente extendidas, vuelan sin hacer ruido, causando el espanto de niños y mujeres. Los rapaces nocturnos también abundan en aquel sitio y su voz desagradable infunde temores supersticiosos entre aquella gente sencilla.

Las viejas familias tenían como emblema de antigua nobleza y de fervientes creyentes, una estampa del corazón de Jesús clavada en el medio del marco superior de la puerta de calle. Todavía se vén numerosos *specimens* en la villa.

Más allá de la iglesia, como á unos doscientos metros del tajamar, se levanta una enorme cruz, sobre una alta colina, que fué allí colocada durante una peregrinación religiosa que tuvo lugar un Viernes Santo; esa cruz en lo alto de la colina representa la cruz solitaria en el Calvario. Me acerqué á visitarla, era una gran cruz de madera, rodeada de plantas y árboles. A su alrededor todo es respeto y silencio... La tarde iba declinando... A la izquierda la atmósfera se enriquecía con mil variados colores, y allá al poniente, el

sol reverberaba lujosamente sobre la cima de las montañas. De pronto en el momento en que su disco moribundo, como avergonzado de la poca luz que enviaba, se esconde, y fluyen iluminaciones de un color extraño: el espectáculo es tan hermoso, tan hermoso, que no se puede menos de lanzar un grito de admiración.

Advertí que todo lo que me rodeaba había perdido su color; todo reflejaba el metal, el aspecto rojizo del cobre; hasta el madero de la cruz parecía que sangraba! La naturaleza entera se había fundido en un color especial que jamás había visto. Esta fantasmagoría se transformó al cabo de pocos segundos; ni un rayo de sol quedó en la llanura; concentráronse todos sobre la cima de las montañas; y por breves instantes, incendiando las altas cumbres de aquellos picachos, parecían reflejar los encendidos resplandores de una explosión ignea de los cielos....

....Un vientecillo fresco acababa de hacer su aparición y pasaba suspirando entre las ramas de talas, cocos y algarrobos, obligando á los helechos dorados á doblarse, y á saludar reverentes el peñasco en que estaba clavado el símbolo donde reclinó la cabeza el que salvó á la humanidad.



### III

## EN EL PARAISO

La permanencia en el referido hostel de Alta Gracia fué corta, por cuanto no debíamos prolongarla por más tiempo en aquel cuarto privado de lo más necesario. Resolví trasladarme á una hostería que se halla situada en plena montaña, á cuatro leguas del pueblo, y conocida con el nombre de "El Paraíso". ¿Sería para mí un verdadero paraíso aquel punto serrano?—No lo sabía.—Toda la gente me pintaba aquello como un edén, pero también me hablaban de las dificultades que tendría que vencer para llegar con mi hijo hasta aquel punto.

En el pueblo, no había más que dos carruajes cuyos propietarios se negaban á llevarme.

— Pero señor, le decía al uno, me es indiferente el precio, le abonaré lo que Vd. me pida, pero deseo ir mañana temprano.

-- No puedo llevarlo señor, me contestaba, los caminos están intransitables.

— Iremos al tranco, despacio, muy despacio, y cuando veamos el camino malo, bajaremos del coche y haremos ese trayecto á pié.

— Ni así, señor; Vds. los porteños no saben lo que es ese camino de sierra. En el break no van á llegar; se les vá romper en el camino. Si Vd. quiere les facilitaré caballos.

— No, mi amigo; ¡como quiere que lleve á caballo á mi hijo en el estado en que viene!

— Llevándolo despacio, no ha de hacerle mal. Yo he visto muchos enfermos que han ido á lomo de mula al “Potrero de Garay”, á la Sierra Grande, del otro lado del “puesto del cura”, que son lugares mucho más lejos que adonde Vd. quiere ir, y esos enfermos han hecho la cruzada muy bien, sin sentir la menor molestia. Y le advierto que estaban más enfermos que su hijito....

-- ¡Eso de más enfermo.....! replicaba yo; y aunque así fuera no llevo á mi hijo á caballo.

— Siento mucho, pero yo no puedo llevarlo.

Era inútil perder tiempo, pidiendo lo que no conseguiría á ningún precio. Me dirigí á la casa del propietario del otro break; le manifesté

mis deseos. Este me contestó también, que no podía complacerme, porque no tenía caballos. Esto no era cierto, puesto que ese break estaba con los caballos enganchados, y hacía excursiones diarias al "Primero y Segundo Paredón", cuando no iba á Anisacate ó hasta la misma Córdoba. Así se lo hice presente y, escapándose por la tangente, me respondió que los caballos estaban cansados y que el camino era muy malo.

La verdad era que no quisieron llevarme por el temor de que se rompieran los coches.

Nuestros lectores ya saben que en aquellos días, las lluvias habían sido torrenciales, y las aguas de los arroyos habían salido de madre, barriendo lo que hallaban á su paso. Veremos más adelante el estado en que se encontraban los caminos.

No había otro remedio que resignarse á permanecer en el hostel de Don Francisco, hasta que un alma caritativa quisiera llevarnos, ó hasta que el encargado de "El Paraíso" viniera á la villa en busca de pasajeros.

Por fin, al octavo día de mi llegada á Alta Gracia, y á los tres de esperar al gerente de "El Paraíso", se presentó el hombre. Era alto, fornido, de tez bronceada por el aire de la montaña, calzaba borceguíes de cuero colorado, polainas también de cuero y del mismo color, anchos pantalones de pana, saco del mismo género corte de cazadora; un casco tonkinés cubría su cabeza.

En el pueblo alguien se encargó de informarle que yo deseaba ir á su posada. Vino á verme y me dijo que no tenía inconveniente en llevarnos, pero que no podía complacerme hasta el día siguiente en que mandaría á buscarnos; añadió que lamentaba no haber estado prevenido antes, porque precisamente ese mismo día, no podía ser, porque había venido á caballo en busca de un pasajero llegado del Rosario de Santa Fé. Le pregunté por el estado de los caminos, asegúreme que eran muy buenos.

Corrí á participar la buena nueva á mi esposa, que se llenó de júbilo al saber que al día siguiente abandonaría aquel cuarto en que había derramado tantas lágrimas.

Efectivamente; Monsieur Gaston, ese era el nombre del gerente de El Paraíso, no faltó á su palabra, y mandonos el carruaje prometido. ¡Qué carruaje!... un carrito de dos ruedas, en el que no cabían sino dos personas; el asiento era de madera y corredizo; atrás tenía una tapa que se bajaba, quedando sujeta por cadenas. Un muchacho de unos catorce años era el cochero. Tres mulas, habían sido enganchadas al tronco, y un cadenero delante. Otro muchacho venía á caballo como cuarteador en los momentos de cruzar los arroyos.

Después de colocar las valijas en el vehículo no quedaba gran espacio para nosotros; pero en fin, á todos nos pareció excelente, convencidos

de que no había otro mejor. El cochero estaba sentado delante, sobre una valija, apoyando los pies sobre las varas; mi esposa y yo sentados dando la espalda á las mulas, y el enfermito sobre mis rodillas.

Apenas arrancaron las mulas, recibimos la primera sacudida que por poco nos tira de bruces.

Emprendimos la marcha por una campiña llena de arbustos y árboles espinosos. La montaña, á la izquierda; á la derecha se extendía la campiña cordobesa de terrenos quebrados, cubiertos de algarrobos, espinillos y talas.

El tiempo estaba encapotado, pero de cuando en cuando, el cielo se despejaba y el sol caía á plomo sobre nuestras espaldas. Había tenido la precaución de no olvidar el quitasol para preservar de los rayos solares el cuerpecito de mi querido hijo, y no fué poco mi trabajo en mantenerlo abierto con una mano, pues la otra sostenía á mi Mario.

Así llegamos hasta un paraje conocido por La Falda; en este punto cambiamos de rumbo, internándonos en plena sierra.

Los paisajes que se presentaban á nuestra vista, eran espléndidos y conmovedores; pero aquellos momentos no eran propicios para contemplar la pompa ni las galas de aquella naturaleza bravía. Deseaba llegar lo más pronto posible al sitio de mi destino. No me convenía

prolongar demasiado esa situación que podía perjudicar la salud de mi hijo.

Nuestro viaje, aunque incómodo, no había sido del todo malo y lo habíamos hecho al trote largo; pero empezábamos á subir la montaña y había que recoger riendas.

De pronto uno de los muchachos, con tonada pronunciadamente cordobesa, me dijo:

— Tiene que apearse, señor, *po* tenemos que andar por encima *e* la sierra, y el camino es muy fiero.

— Está bien. Contesté.

Bajé del carrito; mi señora me alcanzó á mi hijo y ella bajó después, haciendo ejercicios de equilibrio nunca sospechados por ella; para subir, la señora de Don Francisco el hostelero, le puso una silla á modo de escalera. Pero ahora, en medio de la montaña no había silla, y el carrito no podía girar ni á derecha, ni á izquierda: el camino era encajonado.

Cargué con mi hijo, mi esposa sostenía el quitasol y seguimos al carrito que nos servía de guía.

El camino era de piedra viva; las pobres mulas hostigadas por el grito y el arreador del cochero, hincaban las puntas de sus pezuñas para arrancar, y, enarcando el lomo, agachando la cabeza quedaban los tiros en tensión y así las mulas ascendían el carrito lentamente entre fuertes barquinazos, que dejaban caer de cuando en

cuando una valija ó un atado que nos encargá-bamos de alzar y llevar nuevamente al vehículo.

Ya habíamos andado por ese camino más ó menos dos kilómetros; tenía el brazo derecho cansadísimo por el peso de mi hijo; lo cambiaba de brazo, hasta que la fatiga me rendía. Mi esposa quería reemplazarme para llevar el precioso fardo. Yo me negaba.

El sudor corría en gruesas gotas por mi frente, y cuando ya jadeante, y cansado de subir la montaña, advertía que me faltaban las fuerzas, sobre una piedra dejaba á Mario, y todos nos sentá-bamos. El vehículo se detenía á esperarnos. Magdalena preguntaba si ya podíamos subir de nuevo al carrito; transmitía la pregunta al cochero, quien me contestaba, que era mejor que siguiéramos á pié.

Después de un breve descanso, emprendimos de nuevo la marcha, llevando yo á mi hijo siempre, en brazos; así llegamos hasta la orilla de un arroyo, que teníamos que cruzar; resolví hacerlo á pié, pues en el vehículo nos exponíamos á un vuelco casi seguro. Por fortuna el agua no era profunda; cargué á mi hijo sobre mis hombros y atravesé el arroyo hasta la otra orilla donde dejé á Mario descansando sobre una gran piedra. Volví, para pasar á Magdalena, crucé el arroyo cuyas aguas cubrían mis rodillas, pero ella resolvió vadearlo á caballo sobre la mula del cuarteador; la ayudé á montar; el animal no quería

entrar en la corriente, pero por fin, azuzándola y tirándola del cabestro, entró; había llegado al medio, cuando el animal se hinca y mi pobre Magdalena asustada, se apeó de prisa, y cayó al agua mojándose los vestidos lastimosamente.

El cochero en vez de ayudarnos, se refa como un badulaque, exclamando:

— ¡Que portefios maulas!

No pude menos de guardar silencio y sonreirme.

Magdalena tuvo que terminar el vadeo del arroyo, de la misma manera que yo lo había hecho.

Sacudió sus vestidos mojados, cargué de nuevo con mi hijo, y proseguimos la marcha ascendente. Así continuamos hasta llegar á El Paraíso término de nuestro viaje, después de haber caminado tres leguas entre montañas, con mi hijo en brazos.

Ya podrá imaginarse el lector, el estado en que nos presentamos al hostel.

Mi cuerpo estaba cansado y mis brazos doloridos; ¡pero que me importaba si mi Mario había llegado descansado!

Cuando el gerente nos designó el cuarto que debíamos ocupar, la primera precaución que tomé, fué acostar al enfermo: tenía que esa noche tuviera fiebre.

El aposento, tenía una puerta que daba á una galería frente al jardín, y una ventana que abrién-

dose mostraba el Norte. Por cualquier punto que se dirigiera la mirada, estábamos rodeados por la montaña. Hicimos preparar el alimento para el niño: una sopa de Quaker, un seso hervido, y una yema mejida con leche de cabra.

La hora de cenar se acercaba; una campanada nos anunció que debíamos ir á la mesa.

Pasé al comedor, mientras Magdalena cenaba al lado de nuestro hijo.

Terminada la cena, regresé al cuarto para dedicarme al enfermito. Le coloqué el termómetro. Tenía 37° y 8 décimos de temperatura y 120 pulsaciones. La fiebre que tenía, había aparecido. El traqueteo del viaje, á pesar de todas las precauciones tomadas, ponía de manifiesto la terrible enfermedad. El nene no se quejaba; estaba contento y reía....

El sueño lo venció; lo abrigué bien, cerré la puerta dejando abierta la ventana para que los pulmones de la criatura respiraran día y noche el aire de altitud. La noche la pasó tranquila.

Yo, en cambio, no podía conciliar el sueño; apenas quedaba soñoliento, cuando despertaba sobresaltado; me sentaba sobre el lecho y me inclinaba sobre la cama de mi hijo, para observarlo. Sudaba el pobre!.... sudaba á mares, hasta el extremo de empapar la almohada. Nada podía hacer para detener aquel sudor....; nada...., absolutamente nada. Al fin, el sueño me venció, ignoro las horas que quedé dormido, pero cuan-

do abrí los ojos, el sol ya estaba alto....; eran las 8 de la mañana. Mi hijo aún dormía; estaba tranquilo y respiraba normalmente. Le tomé el pulso y conté 105 pulsaciones. Empecé á vestirme despacio, sin ruido, por temor de despertarle. Fui á desayunarme; á mi regreso el niño ya había abierto los ojos.

— Buen día papá. Exclamó al verme.

— Buen día hijo de mi alma. ¿Cómo has pasado la noche?

-- Bien, papito. No he tosido nadita, nadita.

— Bueno hijo mío....; pero tápate bien no vayas á resfriarte.

-- Estoy bien tapado. ¿Cuando me van á levantar, mamá? dijo dirigiéndose á la madre.

— Cuando papá quiera, adorado mío, respondió ella besándolo; y volviéndose hacia mí me preguntó:

— ¿Le vas á dar la inyección?

Se refería á las inyecciones de Cacodilato de Sodio.

— Si tiene fiebre, le contesté, no conviene darle la inyección.

Le coloqué el termómetro, y mientras esperaba que la columna mercurial marcara la temperatura, empecé á contar las respiraciones. Estas alcanzaban á 26, lo que era un buen dato, porque á esa edad la frecuencia respiratoria en su tipo normal oscila entre 24 y 28.

Retiré el termómetro y me acerqué á la ventana para leer lo que marcaba.

Mi esposa me siguió con la mirada queriendo leer en mi semblante el efecto que me produciría la elevación térmica. Yo aparentaba no darme cuenta de que ella me observaba, seguí mirando el aparato... y exclamé: ¡36° 8 décimos! Corrí á la cama de mi hijo lo abracé; á pesar de no tener fiebre no quise darle la inyección de cacodilato, porque temía que la fiebre apareciera de nuevo por la tarde, y soy de aquellos que opinan, que mientras hay fiebre, no debe administrarse ninguna preparación arsenical, y sabido es que todas las preparaciones de cacodilato contienen arsénico.

De manera que aplacé la inyección, contentándome con pintar el vértice del pulmón izquierdo con tintura de iodo.

Le hice desinfectar la boca; se jabonó y desinfectó las manos, haciendo estas cosas como si fuera un hombre.

Mientras se hacía el *toilette*, se le preparaba el desayuno, consistente en chocolate con leche de cabra y una yema de huevo, pan y manteca.

Ese día, por temor á la fiebre, le hice guardar cama.

El mejor antitérmico del tuberculoso, es el reposo.

A las dos se le volvió á tomar la temperatura; no acusaba fiebre.

La tos era continua y por sacudidas, pero con

poca expectoración. Por fortuna, los accesos de tos, no le acarrearón la devolución de los alimentos, cosa frecuente en él; se aprovechó esa circunstancia para alimentarlo más que de costumbre. Su almuerzo estaba compuesto de una sopa de fideos, una papa hervida, sardinas, un bife á la plancha, casi crudo, sesos de cabrito; de postre: un huevo quimbo, y por último un pocillo de café con leche

La leche de cabra, era la bebida que tomaba durante sus comidas.

A las 4 p. m. volví á tomar la temperatura; tampoco había fiebre.

..Era la hora de la merienda. Se le preparó un candiel que tomó á pequeños sorbos; al devolverle el vaso á la madre, le pidió que le alcanzara una cajita de soldaditos que habíamos traído de Buenos Aires. Magdalena satisfizo su deseo, y con los soldaditos de plomo se entretuvo el resto de la tarde, sin que novedad alguna se manifestara en la enfermedad,

La comidad no fué tan copiosa como el almuerzo, porque no soy partidario de llenar el estómago de estos enfermos momentos antes de dormir; descansan mal con el estómago lleno de alimentos; además temía que la fiebre apareciera en plena digestión. Por suerte, no había fiebre; el termómetro á las 8 de la noche marcaba lo mismo que por la mañana 36°8.

En vista del buen estado del niño, propuse á

mi esposa pasar un momento por el salón, mientras una mucama del hostel se quedaba al lado de nuestro hijo. Aceptó y nos dirigimos al salón donde se oían armoniosos acordes.

En el momento en que entramos una señorita inglesa cantaba una romanza. Tomamos asiento sobre un sofá colocado frente al piano, sin hacer caso de las miradas curiosas que de todas partes nos dirigían.

Cuando la señorita hubo terminado la romanza, el público que llenaba el salón, estalló en una salva de aplausos y exclamaciones: *¡All right! ¡Very vell! ¡For ever!* no oí sino dos ó tres ¡muy bien! lo que me dió á comprender que estábamos en medio de ingleses. Yo dí tres ó cuatro palmadas, y debo confesar con toda ingenuidad, que lo hice por mera educación; pues la cantante no merecía tales aplausos, á pesar de que ella se preciaba de buena artista. Por suerte no volvió á cantar, pero no pudo menos que acceder á los numerosos y reiterados pedidos para ejecutar una pieza en el piano. La pieza elegida era una de aquellas en que todo se subordina al efecto de una ejecución formidable. Las notas graves retumbaban bajo la implacable presión de los dedos, haciendo temblar los vidrios del salón, y yo temía por la salud de alguno de los presentes. La ejecutante continuaba con más entusiasmo cada vez, golpeando las notas y pisando fuertemente los pedales, lo que me hizo

pensar que aquel trozo musical debía llevar por título "El Final del Mundo".

Me engañaba; porque después de oír parte de vibraciones impetuosas, el piano dejó de temblar...., nosotros también; y comenzaron los sonidos suaves, agudos, por momentos casi imperceptibles, como si fuera una fina garúa que cayera sobre los cristales de las ventanas. Yo dije para mi capote:—Bueno ahora todos se habrán muerto porque ese final ha de representar la agonía. ¡Pero no! todavía faltaba una buena parte: las notas volvieron á oírse con estrépito. No había duda de que esta otra parte debía ser: "La resurrección del género humano"....

Pero yo hacía mal, en tomar á broma aquella música. En aquellas alturas por muy contentos debíamos darnos con oír un poco de música aunque fuera mal interpretada; yo debía ser indulgente con aquella señorita aficionada que no comprendía el arte de Beethoven, por causas *tal vez* ajenas á su voluntad.

Pero cuando pregunté quien era y me dijeron:—Es la institutriz de una de las familias que veranean en el hostal; es profesora de canto y piano.—Entonces si que mi asombro fué grande. Lo que hubiera sido perdonable en una aficionada, no podía serlo en aquella señorita que se titulaba maestra. Sin embargo fuí prudente, y me conformé admirando la valentía de la tal seño-

rita en titularse profesora de música.... ¡Pobres discípulos!

Después de un rato de charla, decidimos retirarnos al lado de nuestro hijo.

Lo encontramos durmiendo, sudando un poco, pero menos que la noche anterior.

Su respiración era normal. El pulso en 105. Le sequé el sudor de la frente y del cuello, y puse un vaso de leche encima de la mesa de noche, para que lo tomara en caso de despertarse. Prendí una mariposa, abrí la ventana y nos recogimos....

Mi niño durmió toda la noche sin despertar y sin tener un solo acceso de tos; yo me desperté dos ó tres veces para observar su sueño y por si se hubiera destapado. El pobrecito siguió durmiendo toda la noche.

Me levanté bien temprano; caminaba por el cuarto de puntillas para no despertar á mi enfermito. Empecé á preparar el quitasol, la *chaiselongue*, dos buenas mantas, etc., para llevarlo arriba de una sierra situada detrás del hostel, donde deseaba empezar á hacer la verdadera cura de aire. Concluida esta tarea, hice traer una mula, en ella me monté llevando al mismo tiempo aquellos objetos, que llevé á la cima de la sierra, donde sin bajarme del animal, los dejé caer al suelo.

Cuando regresé al lado de mi hijo, ya estaba despierto; me dió los buenos días con cara de

contento y con una expresión en la mirada, que hacía tiempo no la había tenido.

Esa mañana el termómetro marcaba 36°7. Decidí darle la inyección de Cacodilato de sodio.

Por suerte estaba provisto de tres jeringas distintas para las inyecciones; y digo por suerte, porque me sucedió un grave percance. Una de las jeringas era de Lüer toda de vidrio; la otra de Walcher en la que el émbolo es de metal con tubo de vidrio; la tercera toda de metal, y las agujas de platino iridiado. En una cacerolita puse agua fría; en ella coloqué la jeringa de vidrio, desarmada, es decir, retirándole el émbolo; puse la cacerolita sobre un calentador para que el agua hirviera; después de diez minutos de ebullición, tiempo que creí suficiente para matar cuanto microbio pudiera haber existido en la jeringa, procedí á montar esta, y no sin dificultad pude enchufar el émbolo dentro de su tubo; pero al querer absorber el líquido para cerciorarme como aspiraba y apreciar el buen funcionamiento de la aguja, el émbolo corrió hasta la mitad del tubo y allí quedó atrancado; no pude conseguir que bajara ni subiera. Ni el calor de la llama, ni la presión, ni la repetición del hervor, nada me dió resultado: tuve que renunciar á hacer uso de ella.

¿Cuál fué la causa de este accidente, que hubiera podido ser de graves consecuencias para la asistencia del enfermo, si no hubiera tenido la

precaución de traer otras jeringas? Creo y en ello persisto todavía, que el agua de aquellas regiones es muy calcárea; y como esas jeringas son de vidrio esmerilado, y en ellas se adapta exactamente el émbolo al tubo, las partículas de cal se habían metido entre las partes esmeriladas y no dejaban funcionar el instrumento. Y si creo en esto, es porque me ha pasado dos veces el mismo percance. El otro fué al querer dar una inyección con la misma clase de jeringa á una enferma en la villa de Alta Gracia. Se me podría objetar que esta segunda vez, hubiera podido hacerla hervir en agua destilada; ¿pero de donde sacarla?

¿De donde la obtendría ...?

No había otro remedio que renunciar á las jeringas de vidrio, y emplear las de otra clase. Puede ser que á otros no les haya pasado lo que á mí, pero refiero lo que he observado. Así es que opté por emplear exclusivamente la jeringa de Walcher. Esta funcionaba muy bien á pesar de la ebullición.

Con relación á la edad de nuestro enfermo, le administré una ampolla que contenía dos centígramos de cacodilato de sodio. Hice que mi esposa, viera, como se daban las inyecciones, de manera que cuando yo me ausentara ella se las siguiera administrando.

Preparé la región y pinché el brazo según la técnica que explicaré más adelante.

El pobrecito al sentir penetrar el líquido apenas se encogió exclamando:

— ¡Ay! ¡papito!

— ¡Valor, mi alma, ya está! le repliqué.

Creo que mi esposa sufrió más que el nene.

Era la primera picadura hipodérmica que recibía mi hijo, y nada extraño es, que la madre se impresionara.

Yo también sufrí al pinchar á ese pedacito de mi alma; pero en ese momento, hacía abstracción de todo; ejecutaba la pequeña intervención con sangre fría, y sin tener en cuenta las lágrimas ni el dolor; ahogaba el dolor paterno, suspendía mi respiración para refrenar los latidos precipitados de mis arterias, y para que el cerebro del médico, dominara el corazón del padre...

Después se le desinfectó la boca, las manos, etc., etc., luego lo empezamos á vestir; cuando estuvo listo, lo llevamos á desayunarse al terrado del hostel desde donde se domina un panorama precioso é imponente.

Las grandes montañas abruptas, salvajes, negras, grises, verdes ó bronceadas, peladas y cortadas á pico, puntiagudas y desgarradas. Esas masas enormes se levantan á nuestra vista en forma de barrera, como para detener nuestro pensamiento, para que no vaya más allá.... á sondear la inmensidad de la llanura cordobesa.

Cerca del terrado se veía un arroyuelo, cuyas aguas espumosas corrían á prisa formando una

y mil pequeñas cascadas, y la base de la sierra con sus enormes piedras de color rojizo, mojadas por el agua del arroyo, parecía como que el coloso tomara un baño de piés.

Esa comarca, ese aire puro, esas montañas eran para Mario la vida y para mí la esperanza.

En la cima de una sierra se levantaba una bandera argentina, que uno de los turistas que con frecuencia llegan á aquella montería, colocó en esa altura un día de fiesta patria; y aunque hecha girones, allí estaban los colores de la patria, compitiendo en belleza, con el blanco de las nubes y el azul del firmamento.

Concluido el desayuno cargué con mi hijo. y lo llevé al sitio adonde había llevado lo necesario para acostarlo y cubrirlo. Coloqué la cortina que colgaba del quitasol, del lado que venía el viento, lo envolví en las mantas, y me senté á su lado.

Para distraerlo le contaba historietas, le hacía admirar la naturaleza, le insinuaba que el reposo era la base del tratamiento para curarse; le explicaba que era preciso evitar el viento, evitar el sol que congestiona los pulmones, etc., etc. El pobrecito poco comprendía de mi lenguaje, me miraba con sus grandes ojos llenos de inteligencia sin atreverse á hacerme preguntas, pues le había prohibido que hablara.

Cuando me cansaba de charlar ó de hacerle comprender lo que convenía, le entregaba algún

libro de láminas ó su caja de soldados; otras veces un juego de paciencia que le distraía con sus múltiples combinaciones. Ahí lo dejaba hasta la hora del almuerzo, y después volvía á llevarlo á fin de que durmiera la siesta sobre la sierra; al caer el sol, lo trasladaba de nuevo al hostel, y á la media hora de haber terminado la comida, lo acostábamos.

Así pasaba el día, y así seguimos repitiendo lo mismo durante todo el tiempo que permanecimos en "El Paraíso".

Cuando Mario dormía la siesta en la cumbre de la sierra, ó se entretenía con sus juguetes, yo permanecía á su lado leyendo, escribiendo, y contemplando aquellos enormes bloques que nos rodeaban; á veces me separaba unos metros de mi enfermito, sin perderle de vista, para sentarme al pié de algún tronco de esos viejos árboles negruzcos, retorcidos, resquebrajados, de largas ramas espesas y sombrías, recubiertos de un follaje triste y melancólico.

Mi mirada se recreaba viendo allá á lo lejos una parte de la montaña cubierta de mica, que brillaba al sol, como si la hubiesen vestido de escamas metálicas. Más acá, la sierra parecía partirse para dar paso á algún cristalino arroyo; el agua corre como ancha cabellera sobre la espalda imponente del coloso. El torrente hace un recodo, y desaparece estremeciéndose al precipitarse más allá sobre unas piedras desnudas

que reciben su choque desde ocho metros de altura.

El ruido de la cascada lejana, llegaba á mis oídos, como un débil murmullo. A lo lejos se oyen las voces argentinas de unos arrieros que bajan por la falda de la montaña apurando á sus mulas cargadas con árganas; luego.... los ecos se apagan.

El sol se inclina al occidente; antes de ponerse desgarran las nubes que se cubren de un color rojizo, lo mismo que todo el horizonte.

La hora del reposo se acerca; reposo reparador, acariciado por el recuerdo de un espectáculo encantador, que despierta más el apetito á mi hijo, que todas las drogas de las farmacias.





## IV

# LA ENFERMEDAD

A los ocho días de permanencia en El Paraíso ya se veía claramente que el estado general de mi hijo mejoraba, y ya empezaban á notarse ciertos fenómenos que no podían pasar inadvertidos á los ojos del médico, menos aún cuando este era el padre del enfermo.

La temperatura tomada escrupulosamente tres veces al día, nunca había pasado de 36°8; los ganglios del cuello disminuían de volúmen. Sin embargo la tos no había cambiado de carácter;

era siempre la misma: tenáz, violenta en sus ataques, con poca expectoración; rechazaba con frecuencia el alimento, y tenía que alimentarlo de nuevo, después de los violentos ataques de tos.

Con todo no se perdía terreno, y se luchaba con tesón; observaba hasta sus menores movimientos, para contrarrestar el vómito. Así seguía combatiendo la terrible infección paso á paso. Sabía que la lucha sería larga, pero poco me importaba con tal de triunfar.

Entre los diversos huéspedes de El Paraíso, se destacaba por su porte elegante, su afabilidad y lo fino de su trato, un caballero alemán.

Buscaba mi sociedad y nos entreteníamos á menudo, en aquellas horas en que el cansancio y el desfallecimiento moral me anonadaban.

Este señor pertenecía á una distinguida familia de Berlín; era noble y tenía el título de conde. Hacía poco tiempo que se encontraba en la Argentina adonde había venido por mandato de su médico, con orden de establecerse en las sierras de Córdoba, según decía, para curarse de una fuerte neurastenia.

Muy dudosa me pareció la causa de su venida á estas regiones; pero jamás mi curiosidad me hizo pecar de indiscreto.

En una de aquellas conversaciones me habló de la enfermedad de mi hijo.

— Su hijito doctor, me decía el conde, tiene mejor aspecto que cuando llegó.

— Así lo creo señor conde, pero necesitará mucho tiempo para sanar.

— ¿Mucho tiempo? Me dijo con curiosidad.

— Si señor, mucho tiempo.

— ¡Oh! pero esa criatura no tiene más que un simple catarro; está muy alegre, muy contento; no corre con los demás niños, no juega con ellos porque Vd. no se lo permite. Los primeros días tosía mucho más. La tos ha disminuido notablemente, y por eso, creo que curará en breve tiempo.

— ¡Ojalá fuera así! dije suspirando. Y mirándolo fijamente añadí subrayando las palabras: — Mi hijito señor, es tuberculoso.

Tuvo un movimiento de sorpresa.

-- ¡Como!.... ¿ese niño tuberculoso?

— Si conde; tuberculoso.

— Pero.... ¿á esa edad se puede ser tuberculoso?

— Si señor; el bacilo de Koch no respeta edades. Se puede ser baciloso lo mismo en la más tierna infancia que en la extrema vejez.

— Yo estaba en la creencia de que las criaturas y los viejos no se hacían tuberculosos. Siempre he creído que la enfermedad, atacaba á los jóvenes alrededor de los veinte años.

— No señor; ataca todas las edades y todos los órganos.

— ¿Y todos los órganos también?

— Por desgracia, todos los órganos: los hue-

sos, las glándulas, las articulaciones, la piel, el intestino, el pulmón, en fin todo.

— ¿La piel?

— Si señor, la piel también, y tiene su asiento predilecto sobre las mejillas y las alas de la nariz. En esa región se le conoce en medicina con el nombre de Lupus Vulgar.

— ¡Que raro!

— Es raro para quien no conoce medicina; es verdad....

— Dígame doctor, su hijo ¿en donde tiene la enfermedad?

— En el pulmón izquierdo; en las glándulas del cuello y en otras glándulas que se encuentran entre los dos pulmones. Si Vd. conociera clínica, le diría que mi hijo tiene adenitis cervical, y adenopatía traqueo-brónquica, siendo estas lesiones, siempre de origen tuberculoso; tiene además el vértice del pulmón izquierdo atacado.

— Dispéñeme, doctor, que sea tan curioso; pero me interesa en sumo grado el conocer un poco de medicina; y si no le fuera molesto....

— De ninguna manera....

— Desearía saber como puede haberse contagiado su hijo.

— Es una historia muy larga; pero ya que Vd. así lo desea, se la contaré á grandes rasgos:

En el mes de Diciembre de 1902, mi hijo contrajo la tos convulsa. En Enero de 1903 los accesos de tos estaban en toda su intensidad; te-

nía gran dificultad en alimentarlo, porque todo lo que ingería, lo guardaba mientras no llegaba un ataque de tos; pero en cuanto este aparecía el vómito era inevitable.

— ¿Devolvía el alimento como ahora?

— Con más frecuencia en aquella época; nada guardaba en el estómago. Mientras que ahora, como Vd. lo ha notado, no siempre la tos le provoca vómitos.

— ¿Y no le daba Vd. remedios para calmarle la tos?

— Demasiado le he dado. Tengo mi opinión formada al respecto. Para la tos convulsa no hay tratamiento que sea capaz de curar el mal. Me limitaba á darle Bromoformo, y de cuando en cuando lo sustituía por la Belladona. Pero todo fué inútil.

— ¿Y la criatura sufría mucho?

— Si señor; y Vd. se podrá imaginar si yo sufriría á la par de él... Cuando volvía á mi casa después de mi tarea diaria, y veía á mi hijo con la carita abotagada y los párpados hinchados debido á los accesos de tos...

— ¿Y como son esos accesos? me interrumpió el conde.

— Para explicárselos, le repetiré las magistrales descripciones que de ellos hacen los grandes autores, porque en esencia siempre es la misma y única: Se vé jugar al enfermito con sus hermanos ó con sus amiguitos, cuando de repente

abandona el juego, se aleja abatido y con cara triste, del grupo, porque comprende que llega el acceso; siente un cosquilleo en la laringe que le anuncia el ataque. Al principio sus esfuerzos tienden á hacerlo abortar; en vez de respirar á pleno pulmón, como respiraba poco antes, detiene la respiración; pues cree que no dejando entrar el aire con fuerza, va á detener ese acceso de tos fatigosa cuya triste experiencia le tiene anonadado. Todos sus esfuerzos, no hacen más que retardar la explosión. El acceso llega; el pequeño enfermo busca á su alrededor un punto de apoyo al cual pueda sujetarse; si el acceso le dá tiempo de acercarse á la madre, se ase de sus vestidos; si no ha tenido tiempo, se coge de un mueble, de una puerta, se le vé preso de una agitación extremada; el acceso de tos estalla golpe tras golpe; la tos es corta, convulsiva, precipitada sin darle tiempo de tomar aliento; el aspecto del enfermo, presenta una angustia cercana de la asfixia; los ojos se inyectan y lagrimean, las labios resaltan morados en la cara abotagada. Entonces se produce una inspiración, es decir, una entrada de aire en los pulmones, inspiración larga, convulsiva, acompañada de una especie de hipido en falsete, al que sigue un corto reposo y en seguida un segundo ataque de tos igual al anterior estalla bruscamente, seguido de varios otros.

Durante el ataque y más frecuentemente des-

pués de él, el enfermo tiene vómitos; arroja mucosidades, es decir flemas, por la nariz y la boca.

— Había oído decir, que también arrojaban sangre, hasta por los ojos.

— No tanto. El esfuerzo de la tos puede producir la ruptura de pequeñas arterias, dando lugar á la salida de la sangre; pero en los ojos solo pueden aparecer en la conjuntiva ó sea en una tela que cubre la parte interna de los párpados y la parte anterior del globo del ojo, pequeños focos hemorrágicos, es decir, pequeños derrames de sangre, como cuando se recibe un golpe en ese órgano....

Ahora ya sabe Vd. la enfermedad que tenía mi hijo. Hace un rato le he dicho que no tengo fé en ningún medicamento para curar esta enfermedad....

— He oído decir, que era muy bueno, hacer respirar el gas de alumbrado.

— Ese gas nunca dejará de ser un veneno tanto para los enfermos, como para los sanos.... Decidí llevar mi hijo á Montevideo; siempre he creído y aun creo, que lo mejor para esa enfermedad, es el cambio de aire. Permanecí quince días en aquella hermosa ciudad. Unas veces lo llevaba al Cerro, otras á Colón, á la Unión; ora iba á Punta Carretas, ora á los Pocitos. No dejé alrededores de aquella ciudad sin recorrerlos con mi hijo.

— Cuando vine de Europa, no pude desembarcar, pero me dijeron que es una ciudad muy bonita.

— ¡Ah...! es la Coqueta del Plata.

— ¿Nada más que quince días permaneció Vd. allí?

— Quince días en Montevideo, al cabo de los cuales me dirigí al interior de la República Oriental del Uruguay, y llegué hasta una ciudad rodeada de sierras, que llaman: Minas. Ahí estuve durante ocho días al cabo de los cuales regresé de nuevo á Montevideo, y quedé en la Capital Uruguaya dos semanas más, antes de volver á Buenos Aires. Mi nene había mejorado mucho de la tos convulsa, pero le había quedado una tos seca, persistente, de forma convulsivante, que no me agradaba nada, revelándome que se trataba de una complicación.

— ¿Que complicación era esa?

— La adenopatía traqueo-brónquica, que le ocasionaba una tos parecida á la convulsa.

En el mes de Mayo de ese mismo año, cuando aun no había desaparecido aquella tos, una sirvienta que había llevado á Mario á pasear á una quinta, le dejó tomar agua de un pozo, infectándose mi pobre hijo, de fiebre tifoidea.

— ¡Que fatalidad!

— ¡Así fué. La fiebre tifoidea se complicó con bronquitis; y como el enfermito ya padecía de adenopatía, puede Vd. figurarse en que malas condiciones se encontraban los pulmones.

La fiebre persistió por espacio de mes y medio, y cesó completamente en el mes de Julio. La convalecencia fué larga y penosa; desesperábase la criatura por comer; pero no debía alimentarla de golpe por temor de una recaída, la cual en las condiciones en que se encontraba, hubiera podido ser de fatales consecuencias; siguió relativamente bien, hasta el mes de Septiembre; digo relativamente, porque si bien la tos era escasa, no por eso había totalmente desaparecido. Pero en ese mes, se volvió otra vez á infectar, esta vez de Sarampión.

— ¡Que barbaridad!

— No he concluido, ya verá lo que todavía me esperaba.

— ¿Todavía más?

— Tenga paciencia, y verá si ese organismo ha sido puesto á duras pruebas.... El sarampión vino acompañado de una bronquitis muy fuerte. Esto no me hubiera llamado la atención en otras circunstancias, por ser esa inflamación de los bronquios un síntoma que acompaña á todo sarampión. Pero en mi hijo la bronquitis era muy extendida; y como esos bronquios habían sido azotados por la tos convulsa, por la adenopatía traqueo-brónquica, por la bronquitis de la fiebre tifoidea, y como todas estas enfermedades se habían sucedido en tan poco tiempo las unas á las otras, es fácil comprender que la lucha de ese cuerpecito contra esta última enfermedad, era

más peligrosa que en otro niño cuyo organismo no hubiese sido tan deteriorado. En fin, triunfamos de nuevo de esta última enfermedad y puse en juego todos los medios higiénicos que aconseja la ciencia para evitar algún nuevo mal.

Mis fatigas no tenían tregua. Todos los días llevaban al niño á pasear para que tomara aire puro. Le agradaba concurrir al jardín zoológico para andar sobre los camellos y las llamas. Los días festivos, como el mucamo, que es muchacho de confianza, estaba franco, lo hacía acompañar por las sirvientas haciéndoles mil recomendaciones para que lo cuidaran con prudencia.... Un día noté que el nene tenía fiebre; esto pasaba un lunes, es decir al día siguiente de uno de aquellos paseos al zoológico. No sabía á que atribuir esa fiebre, cuando al día siguiente de declararse aquella temperatura febril, aparece una diarrea copiosa que fué acentuándose cada vez más hasta llegar á expulsar sangre y membranas con mucosidades.

— ¡Pobre criatura, que resistencia ha tenido!

— Si conde; esto nuevo lo conocemos en medicina con el nombre de enterocolitis mucomembranosa. Yo no podía comprender como había estallado esta enfermedad, en un niño á quien se observaba y se cuidaba constantemente, y no se le permitía ningún desarreglo alimenticio. Preguntaba, investigaba...., y nada. No podía encon-

trar la causa de esta inflamación intestinal; hasta que después de muchos rodeos, una de las sirvientas confesó que había comprado á un vendedor ambulante unas tortas, y le había dado á comer á Mario.

— ¡Siempre el servicio!

— ¡Es la lucha eterna....! ¡Pues bien! la enterocolitis muco-membranosa duró un mes. Se le alimentaba con recelo, porque en cuanto se aumentaba el alimento, la diarrea se pronunciaba con violencia. Al fin pudimos contener esa inflamación. Puede Vd. imaginarse en que estado había quedado ese cuerpecito. Estaba la piel pegada á los huesos, era un verdadero esqueleto.

Cuando se levantó de la cama no podía tenerse parado. La ropita le quedaba holgada. ¡Pobre hijo mío parecía un espectro....!

Con persistencia y un régimen muy severo, conseguimos poco á poco hacerle recuperar las fuerzas. Pero á despecho de mis afanes el intestino no funcionaba bien; el menor descuido en el régimen, repercutía inmediatamente en el intestino; al fin fué acentuándose una franca mejoría.

En el mes de Noviembre, se sucedieron en Buenos Aires unos días de lluvias y vientos acompañados de un rápido descenso de temperatura; mi Mario se resfrió; adquirió una nueva bronquitis que le produjo alta fiebre. Tuvo, co-

mo es natural, que guardar nuevamente cama. Dos ó tres días después de estar en cama, advertí unos bultos en ambos lados del cuello; es lo que llamamos la adenopatía cervical. Los ganglios del cuello estaban hinchados y fueron aumentando de volumen día á día, hasta llegar á tener el grosor de una mandarina. La bronquitis era tenaz, y vino con congestión pulmonar.

A fines de Noviembre la fiebre había cesado, pero los ganglios del cuello, la bronquitis y la congestión no habían desaparecido; muy al contrario, noté que con la tos devolvía los alimentos, que sudaba, especialmente de noche. ¡Y que sudores! Parecía que lo hubieran bañado. Empapaba la almohada de tal manera, que era necesario cambiársela.

Cuando ví esos sudores copiosos, acompañados de bronquitis y congestión pulmonar, con infartos de los ganglios y un pulso que variaba entre 120 y 130 por minuto, me alarmé. Una sospecha horrible se apoderó de mí.

A pesar de no decir ni una palabra á nadie, en mi hogar todos notaban mi tristeza y mi preocupación.

No osaban interrogarme, pero mi semblante me denunciaba. Veía el estado grave de mi hijo; me callaba por no alarmar á mi esposa; pero ella demasiado comprendía que algo serio debía ocurrir.

Me interrogaba con la mirada; no se atrevía á

concretarme ninguna pregunta. Sin embargo era necesario prepararla despacio para la confianza de mi terrible sospecha.

Un día, que regresaba á mi casa después del trabajo diario, me llamó, sentóse frente á mí, y tomando mis manos entre las suyas, me dijo:

— ¿Que tienes Tatén, porque estás tan triste, tan abatido...., te has demacrado en pocos días; cuéntamelo todo, marido mío; ya sabes que soy fuerte y cualquier pena que tengas quiero que la digas para sobrellevarla contigo. Ese es mi deber de esposa; no me escondas nada; ¿que tienes?

Las lágrimas caían de sus ojos. Le contesté:

— ¿Eres capaz, Magdalena. de soportar una impresión fuerte?

— Si Tatén, me contestó.

— Bien, repuse. ¡Creo que Mario está tuberculoso!

Me miró un instante, se desprendió de mis manos, tuvo un momento de indecisión entre el llanto y la risa histérica, y por fin después de una larga pausa exclamó:

— ¡No puede ser! en nuestra familia no hay ni ha habido tuberculosos.—Y dijo esto con una expresión de firmeza que no dejaba lugar á ninguna duda al respecto.

Ella creía, como lo creen muchos, que la tuberculosis solamente se adquiere por herencia, y por consiguiente era necesario que hubiera al-

guien en su familia ó en la mía, para poder contraer la enfermedad....

— Permítame, doctor; me dijo el conde interrumpiéndome; hasta ahora he creído que se nacía ya con el germen de la enfermedad. He oído decir muchas veces, que no había nada de extraño que fulano fuese tuberculoso, porque en su familia un antecesor, ó el padre ó la madre, lo eran. Otras veces he oído sostener, que mengano era tísico, y que eso no era extraño, porque tenía la enfermedad en la sangre, por pertenecer á una familia de tísicos, de cuya enfermedad habían muerto dos hermanos, y que hacía poco tiempo había fallecido la madre por la misma causa.

— Sería largo contestar el punto que Vd. acaba de tocar. Prefiero dejarlo para otro día.

— Entonces..., ¿es una deuda contraída?

— Perfectamente; una deuda, en que el deudor tendrá sumo placer en pagarla en breve plazo....

— Pues más placer tendrá el acreedor, que saldrá de una creencia errónea; y cuya importancia es tanta, que me felicito mucho haber provocado esa conferencia.

— No debe sorprenderle á Vd. estar en error en este punto por ser uno de los más debatidos en la medicina.... Pues bien; volviendo á la sospecha que le manifesté á mi señora, le propuse hacer ver al enfermito por el doctor Ignacio

Imaz. Aceptó, y al siguiente día, Imaz examinó á mi hijo. Por el modo de examinarlo, comprendí inmediatamente cuales eran los órganos que más interesaban su atención. No me fué difícil leer en su semblante la penosa impresión que le causó el estado del enfermo.

— ¿El nene tose de noche, señora? le preguntó á Magdalena.

— No doctor; durante el día es cuando la tos lo apura más, de noche casi nunca tose.

Imaz inclinó la cabeza, sus ojos quedaron clavados en la alfombra, permaneció largo rato en esa posición meditabunda, luego me dijo:

— Vamos á conversar Tatén; y dirigiéndose á Magdalena añadió:—Pronto volvemos señora; vamos á ponernos de acuerdo con Tatén; para el tratamiento que se deberá seguir...

Mi esposa interrumpiéndolo le preguntó:

— ¿Como encuentra Vd. á mi hijito?

— Ahora le voy á decir señora, después de conversar un momento con Tatén.

Pasamos al comedor; le pedí que me dijera todo lo que pensaba respecto de la gravedad de mi hijo. Fué categórico. La impresión recibida era mala; y su opinión era trasladar al enfermito á las montañas.

No había que perder tiempo.

La impresión de Imaz, coincidía exactamente con la mía.

Pedí á mi colega que no escondiera á mi se-

ñora, nada de lo que me había manifestado, porque más en cuenta tendría los consejos de un extraño que los míos.

Llamé á Magdalena, y el doctor Imaz, después de decirle que se trataba de un caso muy delicado, le aconsejó que sin pérdida de tiempo llevara al niño á respirar el aire de las montañas. Después se haría el examen de los esputos, de cuyo resultado dependería la seguridad sobre la gravedad de la enfermedad. Y en cuanto al tratamiento, agregó:—Con Tatén hemos convenido lo que se debe hacer.

Mi compañero se despidió. Al día siguiente recogí los esputos y los llevé á la Asistencia Pública, donde los doctores Badía, Greslebin y Fernández, procedieron á su examen.

— ¿Y encontraron los bacilos de la Tuberculosis? añadió el conde.

— Desgraciadamente se encontraron bacilos de Koch; en muy escaso número es cierto, pero existían.

— ¿Y Vd. se lo dijo á su esposa?

— Al principio traté de disimular, y luego se lo fuí diciendo poco á poco para no sorprenderla.

— ¡Ha de haber sido para ella una terrible noticia!

— ¡Espantosa!

— ¿Y por qué Vd. no le escondió la verdad?

— ¡Que quiere señor conde; la verdad á pesar mío se escapaba de mis labios, no puedo disimular... no soy mujer!



## V

# EL PRIMER TRIUNFO

El tañido de la campana del hostel, nos anunció que la hora de la comida había llegado. Tuvimos que interrumpir nuestra conversación, dirigiéndose el señor conde á su cuarto para hacer un ligero *toilette* antes de sentarse á la mesa, mientras yo fuí en busca de mi hijo que había quedado al cuidado de la madre.

Preparé agua hervida con unas gotas de una solución de tymol para que Mario hiciera gárgaras y buches antes de sentarse á la mesa; le lavamos y desinfectamos las manos, y le llevamos su cubierto todo de metal blanco; los platos eran

de aluminio; el vaso de plata y las servilletas de papel. Después de cada comida, todo era llevado á la ebullición durante diez minutos, y las servilletas eran quemadas.

Notaba que á medida que los días pasaban, el estado de mi hijo iba mejorando.

Las inyecciones de cacodilato de sodio fueron interrumpidas á los seis días después de haber soportado el primer pinchazo, para volver á empezar una nueva serie de inyecciones, después de igual número de días de reposo.

La tos no era tan convulsivante.

El apetito era bueno, pero no me atrevía á hacer la sobrealimentación por los motivos que expondré más adelante.

Ya hacia unos días que conservaba el alimento mucho mejor que antes, pues los vómitos no se sucedían con tanta frecuencia.

Tomaba la temperatura religiosamente tres veces por día. A las 7 a. m., á las 2 p. m. y á las 6 de la tarde. Nunca más hubo fiebre ni descenso abajo de 36°. Algunas veces durante su sueño á las dos ó tres de la mañana le colocaba el termómetro y la columna mercurial, jamás marcó hipotermia. Este dato tenía mucha importancia, porque el tuberculoso que á esas horas de la madrugada acusa una temperatura menor de 36°, difícilmente curará.

Viendo que Mario seguía bien, dejaba que Magdalena lo cuidara y vigilase; esto me permi-

tía hacer algunas excursiones entre las montañas, acompañado de algunas de las personas que estaban veraneando en la hostería.

En aquellas alturas, es imposible efectuar paseos en carruajes, debido á lo inaccesible que son los caminos. Así es que por fuerza teníamos que ir en mula ó bien á caballo.

Los caballos de aquellas regiones, son casquimuleños muy hábiles para trepar por la montaña, cosa que le sería imposible hacer á los de la llanura, porque el casco de estos, tienen la materia córnea más delicada, más frágil y pronto se mancan.

Salía muy á menudo con un señor del Rosario de Santa Fé, excelente persona, y muy dispuesto para este género de excursiones.

Los primeros paseos fueron cortos. Temía que al nene le sucediera algún contratiempo. Yo lo veía mejorando; veía que iba ganando terreno, pero no sé por qué á la hora de estar separado de él, regresaba apresuradamente á su lado.

Había días que era un contento verlo tan alegre, con tantas ganas de jugar, que yo mismo tenía miedo de esas fuerzas que volvían á pasos apresurados, porque la lucha contra la enfermedad, cambiaría de aspecto; y como se trataba de una criatura no se le podía hacer comprender lo que le convenía, nos daría mucho trabajo el tenerlo quieto.

Mi esposa viendo que el niño seguía mejor,

me insinuaba que fuera á pasear á caballo por las montañas; que concurriera á los pic-nics; que hiciera una partida de caza, etc.

Dejaba pasar los días sin querer separarme mucho tiempo del sitio donde estaba mi hijo. Siempre contestaba con evasivas á las invitaciones, porque aun no tenía mi corazón contento.

Mas llegó un día en que al fin cedí. Acepté una invitación para efectuar un paseo hasta un punto llamado: "La Cascada Grande". Debíamos salir bien temprano, para estar de regreso á la hora del almuerzo.

La víspera le hice á mi señora todas las recomendaciones necesarias para que el nene no cometiera ninguna imprudencia.

Me prometió que no se separaría de él.

Por ese lado yo estaba tranquilo, pues sabía que se cumplirían mis deseos al pié de la letra.

El día de la excursión, á las 4 a. m., me estaba vistiendo, cuando dos golpecitos aplicados con los nudillos de los dedos sobre la puerta de mi cuarto, me indicaron que venían en busca mía.

— ¿Quién vá? dije en alta voz.

— ¡Doctor! contestóme uno de los mozos del mesón, los caballos están listos; y de parte del señor gerente, que pase á tomar el desayuno antes de ponerse en marcha.

— Está bien, repuse.

Concluí de vestirme apresuradamente, y una

vez listo, abracé á mi hijo adorado que estaba durmiendo como un bendito, tomé mi máquina fotográfica estereo-panorámica, y me trasladé al terrado de la casa donde ya encontré servido el desayuno.

Alrededor de la mesa estaban reunidas las personas que iban á la excursión.

Allí estaban Mister Green, el joven rosarino, Mister Kook, monsieur Duval, el señor Prinetti, don José García y su hijo mayor; al poco rato se presentó el conde, acompañado de un amigo llegado el día anterior de Córdoba y que nos lo presentó en ese momento con el nombre de Von Westermayer.

Ese era el primer día, desde hacía mucho tiempo, en que mi espíritu iba á recrearse; en que verdaderamente iba á admirar la naturaleza, y en que iba á tener un momento de expansión después de tantos dolores y penurias como había sufrido durante más de un año. Justo era un poco de solaz para mi alma; bien ganado lo tenía.

Concluido el desayuno, un viejo cordobés llamado Gómez, conocedor de aquellos lugares, y que nos había de servir de guía, ó baquiano, dió la voz de: « á caballo y en marcha. »

El viejo Gómez iba delante en compañía del señor García y su hijo; atrás venía mister Kook que llevada también una máquina fotográfica de pié, y tenía por compañero al rosarino; en ter-

cer término, íbamos mister Green, Prinetti y yo; y por último, venían el conde, von Westermayer y monsieur Duval.

Este orden no fué guardado durante todo el trayecto, porque al cuarto de hora de marcha, vimos á mister Kook apearse para apretarle la cincha á su caballo; el rosarino se hizo cargo de la máquina fotográfica, y siguió su camino, mientras que los demas íbamos pasando al lado de mister Kook el cual nos gritaba:

— Sigán no más...

Volvimos la cabeza, para no separarnos mucho de él, por temor de que no nos viera en algún recodo de la montaña y nos perdiera de vista... Bien pronto lo vimos montar de nuevo y llegar hasta nosotros.

A medida que avanzábamos, los panoramas que se presentaban á nuestra vista, eran cada vez más soberbios.

Habíamos entrado en un camino hecho sobre la montaña en que no podíamos pasar sino de á uno.

El viejo Gómez iba siempre delante; los demás le seguíamos formando una larga caravana.

De pronto veíamos al viejo serrano subir por la falda de una montaña, y poco después lo apercibíamos allí arriba, mientras que nosotros nos encontrábamos en un bajo; al verlo tan alto, y observando el esfuerzo que hacía su pobre caballo para subir por aquellas piedras, me pre-

guntaba á mi mismo:—¿Y tendré que llegar hasta aquella altura?

El viejo nos gritaba desde allá arriba:

— ¡Aflojen las riendas y echen el cuerpo adelante para venir subiendo!

Cumplíamos con la orden recibida; y cuando teníamos que bajar alguna pendiente, nos indicaba la operación contraria.

Hubo un momento en que nos encontramos en un pequeño valle, rodeado completamente por montañas; no podía comprender por donde habíamos penetrado en él; esas paredes formidables se elevaban á pico en nuestro derredor, y parecían impedirnos entrar ni salir, dejándonos prisioneros en aquella jaula que tenía por techo la bóveda azul y por paredes aquellas masas pétreas, cubiertas de una vegetación que podría clasificar de pobre. En ese sitio hicimos un alto, el que fué aprovechado por Mr. Kook para impresionar algunas placas negativas.

Al poco rato emprendimos de nuevo el viaje, internándonos en un callejón que había estado tapado á nuestra mirada por unos gruesos árboles de tala y algarrobo. A poco andar nos encontramos con un arroyuelo cuyas aguas claras y transparentes, dejaban ver en su lecho los guijarros de pequeñas dimensiones y perfectamente pulidos por la acción eterna de las aguas, que los reflejaban con colores diversos.

Dejamos el arroyo á nuestra izquierda, y em-

pezamos á subir de nuevo por un camino de gruesas piedras desnudas, donde con dificultad apoyaban la pesuña los sufridos animales.... El camino se hacía cada vez más peligroso, hasta llegar á ser intransitable. Las piedras estaban dispuestas de tal manera, que formaban escalones donde los caballos y las mulas tenían que ir poco menos que á saltos.... Eran momentos emocionantes.... Poco nos faltaba para llegar á la cumbre de esa sierra.

Llegados á la cima, se nos presentó de golpe una vista espléndida. ¡Que espectáculo soberbio!

Tendido á nuestros piés allá abajo, se extiende un valle de vegetación sembrada por la mano del hombre. Los alambrados con sus líneas rectas ocupan el centro del valle. A la izquierda, el arroyo parece salir del pecho de la montaña precipitándose inquieto y turbulento, blanquendo con su espuma las piedras que encuentra á su paso, haciendo ondulaciones tan rápidas que parece una serpiente largando espuma.

A la derecha un rebaño de cabras está encerrado en un corral de piedras.

En el fondo se destaca un miserable rancho, y detrás de él, cerrando aquel cuadro, se levantan dos picos de montañas como si fueran dos agujas que quisieran pinchar el firmamento.

Nuestro gufa giró á la derecha, pasando al lado de las cabras.

Había más de 500 de esos animales.

Algunas de ellas con su cara alargada por una larga barba, me recordaban anécdotas curiosas. Sus ojos de color amarillo miran vagamente y con ternura; parecen extrañadas de ver tanta gente reunida. Al observar esas patas delgadas y esos piés córneos, se adivina que han nacido para errar entre montañas y trepar de roca en roca, con un equilibrio extraordinario.

Pasamos en seguida al lado del rancho, de donde salieron dos grandes perros lanudos ladrando furiosamente. Imposible decir á que raza pertenecían aquellos canes; el Doctor Holmberg me hubiera dicho que pertenecían á la especie: *Canis familiaris*; del género *Canis*; familia de los *caninos*; orden *carnicero*; clase *mamíferos* y tipo *vertebrado*. Ni la forma de la cabeza, ni el color de su pelo los hacían descender del San Bernardo, ni tampoco del Danés, pues el pelo era largo, las patas más cortas y el cuerpo menos alargado. Estaban muy lejos de parecerse al gran lebel, ni al corpulento perro del Tibet porque sus párpados no eran caídos ni sus ojos tenían la expresión tranquila de aquel perro asiático, antes al contrario parecían querer salirse de las órbitas. Más se acercaban al Mastin, con quien sabe que otra cruza. Eran bastardos, perros bravos y guardianes temibles.

Al enfrentar el rancho, una mujer con un niño en brazos y otros dos mayorcitos vestidos con

un simple delantal y los piés desnudos, se tenían derechos contra la puerta de aquella pobre habitación, mirándonos pasar con una admiración muda; y á medida que nos acercábamos á ellos, los chicuelos se cogían de la pollera de la madre, escondiéndose detrás de ella, por miedo de nuestra presencia.... ¡Pobrecitos!

Dejamos á nuestra espalda el rancho, y doblando á la derecha el cuadro cambia completamente. Se penetra en un bosque en que se ven los cocos con su hojas de color verde obscuro, diseminados en grupos aislados entremezclados con el Algarrobo, Tala, Espinillo, Quebracho colorado, sin faltar el Piquillin, etc.

Las ramas torcidas y entremezcladas que se desprenden de los troncos, asemejan los tentáculos de un pulpo que abraza un enemigo sin querer soltarle.

A medida que andamos, el bosque ralea y se perciben masas de árboles y ramas sobre la falda cortada casi á pico de la montaña, haciéndome la impresión de batallones de gigantes en marcha hacia la cumbre, como si fueran al asalto de una fortaleza.... Mirando más hacia arriba, se ven los árboles sin hojas y las ramas secas, como si fueran esqueletos fantásticos que azotan el aire con sus brazos inmensos.

Más adelante, se ven árboles secos, caídos, llenos de agujeros como si les hubieran hecho una descarga de fusilería para que murieran.

Más allá sobre árboles á medio secar, se ven anchas y largas placas amarillas ó verdosas formadas por hongos que están chupando las últimas gotas de savia de aquellos gigantes que agonizan.

De pronto el viejo Gómez dice, que no podemos seguir á caballo. Es forzoso continuar nuestra excursión á pié. El camino se hace intransitable para nuestras cabalgaduras.

Atamos los animales en los troncos de unos árboles, y emprendimos la marcha costeando la orilla de un arroyo encajonado entre dos enormes sierras. En la masa petrea que teníamos á la derecha, el viejo Gómez nos hace notar unas cavernas que son guaridas de leones. El joven García al oír esto, se puso lívido, pero el paisano cordobés le aseguró que no atacaban al hombre, añadiendo, que salían de noche únicamente, haciendo destrozos entre los rebaños de cabras, pero que se veían raramente de día.

Los leones de aquellos parajes no tienen ni el aspecto, ni la fiereza del león africano. Se trata del Puma Americano; animal que si bien es cierto, es feroz, nunca ataca, sino cuando se encuentra acorralado y obligado á la defensa. Los montañeses de aquellos lugares salen á cazarlos con grandes perros, como aquellos de los cuales hemos hablado.

Cinco ó seis de aquellos perros son necesarios para dominar á la fiera y es casi seguro que uno

ó dos salgan destripados por algún zarpazo.

Monsieur Duval, se interesaba vivamente en conocer las costumbres de nuestro león, porque según nos dijo, había hecho expediciones al Africa Central, cuando hizo su servicio en el ejército francés, y había sido sargento furrier en el cuerpo de Zuavos destacado en Orán.

— En una expedición que hicimos, nos decía monsieur Duval, tuve ocasión de matar un león. Fué un encuentro casual. Reconocimos su presencia guiados por la pista que había dejado en el terreno arenoso, y los mechones de crin que dejaba entre los árboles espinosos; al león le agrada frotarse la nuca contra el tronco de los árboles. Halla placer en afilar sus uñas contra ellos, imprimiendo así marcas visibles y profundas, sobre todo si ha elegido árboles de corteza blanda, que son los que prefiere. Creíamos estar aún lejos de él, cuando de súbito oímos un bramido que nos hizo detener de golpe; yo sentí pararse los pelos sobre mi cabeza: tuve miedo....; era una vergüenza que un zuavo tuviera miedo, pero no fué por mí....; era por mis compañeros.... A quince pasos delante de mí, entre los juncos veo un león; un soberbio león...., bramando con rabia; abriendo su enorme boca armada de cuatro afilados y gruesos colmillos...., se echa sobre las patas de atrás para saltarme encima. Yo, sin perder totalmente mi habitual sangre fría, le apunté con mi fusil Lebel entre

los dos omóplatos, tiro..., y el león cae muerto, fulminado, lo mismo que si hubiera sido una miserable liebre.

Le tiré en ese sitio porque había agachado la cabeza para saltarme encima.

Los compañeros corrieron hacia mí y me felicitaron; lo mismo hizo el capitán de mi compañía.

Pero no siempre se debe tirar al león en esa forma. El tiro en la nuca es excelente y tal vez el mejor de todos, estando el animal de frente; mas para uno que no tuviera mi práctica, fuera mejor tirarlo en el centro de los omóplatos; el proyectil rompe los dos huesos, y casi siempre rompe la columna vertebral que pasa por el medio; las patas de delante quedan paralizadas, y la fiera queda fuera de combate. Pero si se desvía, se expone el cazador á que dé un salto el animal, y á quedarse bajo las garras de la fiera, á pesar de tener esta una herida grave. Los animales feroces, deben ser abatidos del primer tiro ó al menos es necesario imposibilitarlos de todo movimiento. Para llegar á esto, es preciso tirarles de cerca; desde muy cerca para tener un tiro certero.

Con la espina dorsal rota, el animal queda á merced del cazador, que puede exterminarlo tranquilamente, pero sin acercarse á sus patas, porque un zarpazo podría abrir el vientre del imprudente que quisiera hacer esa hazaña. Creanmé,

segufa diciendo monsieur Duval, que el cazador de fieras siente una emoci3n profunda al encontrarse frente á frente con semejante animal, en aquellas soledades del Africa salvaje. ¡Se siente un escalofrío, cuando se tiene uno de esos animales á 15 ó 20 metros de la boca del cañ3n del fusil....! ¡Es una sensaci3n de estupor, cuando se le oye rugir al lado de uno, cuando este no lo espera....! ¿Y que no será, cuando de un brinco, pasa rozando al tirador que lo ha simplemente herido, lanzándole en la cara su aliento caliente?

A medida que monsieur Duval hablaba, acompañaba su narraci3n de gestos y expresiones, como si ya se hubiera encontrado frente á frente con la fiera. El paisano Gómez; sonreía maliciosamente. Yo por mi parte daba crédito á la palabra del caballero francés, sin echar en olvido que monsieur Duval, es natural de Marsella....

Seguíamos subiendo á duras penas entre piedras sueltas; que parecían los escalones derrumbados de alguna escalera petrea; empleábamos piés y manos, cogiéndonos de las ramas y las piedras. Un murmullo lejano parecido al redoble de un tambor, nos hizo comprender que estábamos cerca de la Cascada Grande, punto terminal de nuestra excursi3n.

Cruzamos cinco ó seis veces el arroyo por encima de las piedras que se encuentran en el medio de su curso, cuando de golpe se presentó á

nuestros ojos, una montaña con su pared vertical de unos quince metros de altura, de donde se precipita el agua estrangulada entre las rocas lanzando un gemido agónico.

El salto de aquella altura, forma torbellinos de espuma al caer, y reparte á los lados un fino rocío que vivifica las hierbas donde cae, y las gotas parecen diamantes que corren á lo largo de las hojas.

La piedra que recibe el choque del agua tiene la forma de un enorme embudo en que parecería que estuviera encerrada una materia ígnea que pusiera en ebullición al líquido.

Cuando la caída del arroyo recibe de frente los rayos solares, éstos le imprimen á sus aguas los colores del arco iris, destacándose sobre un fondo verde encerrado por paredes de piedra.

El agua como si se hubiera herido al caer desde aquella altura, se detiene un instante en aquel recipiente, y luego, después de un breve descanso, como si se hubiera repuesto del golpe recibido, vuelve á cobrar bríos y se endereza furiosa al través de las piedras, rabiando de dolor, mugiendo bravamente, llevando por delante todo lo que encuen'tra á su paso; salta furiosa por encima de los troncos de viejos árboles y de las piedras que le obstruyen su camino, levantando en cada choque una masa de agua que se abre en el aire como un abanico, azotando el pié de la montaña, como para vengarse del golpe recibido.

Treinta metros más adelante, el curso del arroyo se calma; empieza á hacer ondulaciones rápidas y elegantes, como si fuera una culebra que acaba de escapar contenta y ágil de un gran peligro.

A los lados de la cascada, los helechos dorados, entremezclados con plantas acuáticas, están desparramados por todas partes, suavemente rozados por el viento que los inclina con dulzura, como si fuera la caricia de un viejo amigo...

Nuestras máquinas fotográficas, funcionaron activamente. Combinábamos cuadros á cual más original, prefiriendo las instantáneas á toda velocidad, para no perder los detalles de las gotas del agua....

A la hora, emprendimos el regreso, contentos y satisfechos de haber admirado aquella naturaleza. Llegamos al sitio donde habíamos dejado nuestros caballos, volviendo á andar el mismo camino recorrido unas horas antes.

Nos recibieron en El Paraíso con gran algazara, dejando oír el "Polyphon Concert", una alegre marcha militar.

A penas me hube apeado, corrí al sitio donde acostumbraba dejar á mi Mario.... Hacía mucho tiempo que no me había ausentado de su lado tantas horas seguidas. Así es que cuando me divisó, saltó de su silla sin que Magdalena se lo pudiera impedir, y corriendo hacia mí, me es-

tiró de lejos sus bracitos, y lanzando un profundo suspiro, exclamó :

— ¡Papito...!

Lo alcé entre mis brazos y lo besé fuertemente.

— ¿Cómo pasó la mañana? pregunté á mi esposa.

— Divinamente.

— ¿Tosió mucho?

— Muy poco; dos ó tres veces nada más.

— ¿No ha devuelto el alimento?

— Nada; absolutamente nada. Y te aseguro que hoy se ha alimentado bastante, lo que no le impidió decirme hace un momento que tenía hambre. Lo que sí, que no puede vivir sin tí; me ha preguntado más de cuarenta veces adonde te habías ido; que cuando volverías, y por que no lo habías llevado contigo.

Yo me sonreía; estaba contento oyendo á Magdalena. Vea que la mejoría seguía en marcha.

La hora del almuerzo había llegado, y después de tomar con el niño las precauciones antisépticas habituales, nos sentamos á la mesa, viendo con placer, que Mario hacía honor á cada plato.

Durante el resto de ese día, tuvo muy pocos accesos de tos, y ninguno de ellos le hizo devolver los alimentos. Este dato era para mí de suma importancia. ¡Hacía tanto tiempo que no dejaba pasar un día sin vomitar!

Por fortuna, al día siguiente tampoco tuvo vómitos. La cesación de este síntoma, me llenó de esperanzas respecto á la evolución de la enfermedad.

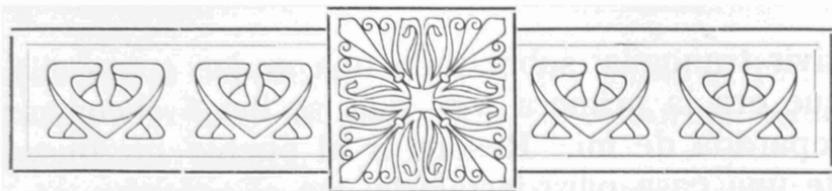
El intestino funcionaba como un reloj; y el apetito seguía siendo voraz.

Así continuó durante los días que permanecimos en El Paraíso. Los vómitos nunca jamás se reprodujeron. Desde entonces ya pude alimentarlo con más regularidad. Los ganglios del cuello disminuían rápidamente.

El estado general era notable.

¡El primer triunfo ya estaba asegurado, habíamos ganado la primera batalla!





## VI

# EN EL RANCHO

Me había ido tan bien en El Paraíso, que de buena gana hubiera dejado á mi hijo durante todo el tiempo de su cura, en aquel lugar. Pero mi esposa no quería quedar sola en aquel sitio, y á mi me era imposible prolongar mi ausencia de Buenos Aires, porque mis ocupaciones me lo impedían.

Yo le encontraba razón á Magdalena que deseaba vivir en la villa. Una mujer sola con su hijito enfermo, lejos de todo socorro, no podría

vivir tranquila; sobre todo una mujer como ella, que era la primera vez que se iba á encontrar separada de mí. Resolví ir al pueblo en busca de una casa para instalarla con el enfermo.

Muchas fueron las casas que me ofrecieron, pero ninguna me convenía. Y no se crea que yo era exigente, porque es imposible serlo en aquellas regiones donde no se puede pedir lo que no hay. Pero lo que yo pedía era una sola cosa, y si no la conseguía, estaba resuelto á trasladarme á otro punto. Quería una casa donde no hubieran habitado tuberculosos. En todas partes me decían que nunca había habido enfermos de ninguna clase; pero, por fortuna, ciertas personas que desde hace años viven en Alta Gracia, me dijeron lo contrario. Y al fin de cuentas resultaba que todas las casas que estaban desocupadas, cuál más, cuál menos, habían albergado á tuberculosos.

Después de mucho andar, supe de un rancho que le llamaban casa porque tenía techo de fierro, donde no había habido enfermos; aunque por el momento no estaba desocupado, dentro de pocos días lo estaría.

Prefería un rancho, á una casa infectada; me arreglé por el precio con el dueño, y le pedí que blanqueara las paredes con cal; y encargué al propietario que me avisara al Paraíso cuando estuviera listo el rancho.

Regresé al lado de los míos, y cuando le co-

muniqué á mi señora el trato que había cerrado, aunque no muy de su agrado, se conformó. ¡Qué más iba á hacer!

Mientras esperaba la noticia de aquel dueño de casa, encargué á Buenos Aires los muebles más indispensables.

Ocho días después, recibí la noticia de que *la casa*, estaba á mi disposición.

No habrán olvidado mis lectores que el viaje en *coche* de Alta Gracia al Paraíso, había sido bastante penoso.

Magdalena se decidió á efectuar el regreso á caballo, porque según ella, era preferible ir al paso, y no exponerse á volcar en un precipicio yendo en vehículo. En cuanto al nene, decidimos que yo lo llevaría á caballo delante de mí. No dejaba de comprender lo imprudente que era llevar al enfermo cabalgando tan largo trayecto.

Tomaría todas las precauciones para que Mario no se cansara.

Las valijas las traería el carrito del mesón.

Dos días después de haber recibido la noticia que la casa corría por mi cuenta y de haberseme comunicado que los muebles habían llegado, abandonamos El Paraíso. Salimos de la hostería bien temprano para aprovechar el fresco de la mañana y evitar el sol fuerte.

Durante las dos primeras leguas anduvimos al paso; pero desde La Falda, empezamos á galopar y como ni mi esposa ni el nene daban señales de

cansancio, y como por otra parte yo deseaba llegar pronto, nos lanzamos al galope tendido; por suerte el caballo que yo montaba, tenía muy buen andar, y Mario en vez de asustarse, se reía que era un contento. Tuve la precaución de llevar una sombrilla para ampararlo del sol, y naturalmente, mi posición era algo incómoda porque tenía mi mano derecha ocupada con las riendas para gobernar el caballo y la izquierda sostenía la sombrilla, mientras que mis brazos ayudados por mi antebrazo izquierdo sujetaban el cuerpecito de mi hijo, el cual apoyaba sus dos manecitas en la cabecera de los bastos apropiados para caballerías serranas.

Llegado que hubimos á nuestra nueva habitación en mucho menos tiempo del que habíamos calculado, la sorpresa de mi esposa fué grande al ver la nueva casa. Eran dos cuartos corridos con una cocinita al lado haciendo martillo con la *sala!* Los pisos eran de ladrillo mal cocido que se espolvoreaban al pisarlos y que con sus partículas coloreaban las orlas de los vestidos. El cielo raso era de tejuela y unos gruesos tirantes de algarrobo sostenían el techo de zinc. Las paredes eran de barro y la mano de cal que le habían dado, era tan mala que de trecho en trecho dejaba ver el material de que estaban constituidos los muros.

Las puertas estaban dispuestas de la manera más original.

Supóngase una puerta que daba á la calle y en frente de esta, otra que daba á un terreno baldío. Ninguna de las dos tenía vidrios; eran puertas hechas de cajones de embalar; de manera que para tener luz, había que abrir una de las puertas; y cuando había necesidad de cerrar las dos, nos quedábamos á oscuras. El otro cuarto, tenía una abertura cuadrada que daba á un hueco; á la tal abertura le llamaban la ventana.

Tal era la casa, en que mi esposa y mi hijo tenían que permanecer por mucho tiempo.

En fin, nos arreglamos como mejor pudimos; buscamos servicio, lo que en aquellos parajes si bien es cierto que vale muy poca cosa, en cambio no sabe hacer nada.

A nuestra llegada nos habían dicho que era fácil conseguir verduras, carne, leche y huevos.

Pero en esto nos engañaron como en muchas otras cosas.

Para conseguir la leche, había que pedirla por favor; y si era leche de cabra, el pedido tenía que hacerse con cuatro días de anticipación.

Los campos de aquellos lugares son muy pobres; y reducidas las partes cultivables. El agua es escasa y hay puntos en que se ha llegado á 80 metros de profundidad sin encontrarla. De esto se deduce la escasez de verdura y de forraje para los animales; y si á esto añadimos

el horror que tienen aquellos montañeses á arar la tierra disponible, se comprenderán las dificultades con que hay que luchar para conseguir legumbres y frutas, las que tienen que ser traídas del Pilar, de la estancia de mi colega, el Dr. Arraga ó de la capital de la provincia.

En ciertas épocas del año, los huevos no se consiguen ni por un ojo de la cara. Pero esto no me molestaba tanto, porque los mandaría de Buenos Aires; era la única manera de suplir la carencia de ellos, siendo uno de los alimentos que más conviene á los tísicos.

El pueblo y sus alrededores son pobres; el obrerío abunda y el desinterés es desconocido en aquellas montañas.

El forastero que llega con un enfermo, es una presa que dá buen rendimiento.

Las sirvientas, los peones y demás gente de trabajo, allá no se declaran en huelga, pero tienen una manera muy particular de dejar el conchavo. Voy á relatar un caso aunque sin importancia; pero que demostrará el modo como en aquellos lugares el servicio abandona la casa en que sirven:

Magdalena dijo un día á su cocinera que le preparara una yema mejida para el nene; y como la trajo con la leche cortada, es natural que la amonestara; la muchacha guardó silencio y á la noche después de cenar, se le presentó para decirle:

— *Señora, vengo á decirle que voy á descaan-*

sar, porque ya hacen *varioos* días que estoy *trabajando* y estoy *caansada*.

— Bueno muchacha puedes irte cuando quieras.

Le arregló la cuenta y quedó despachada.

En término general, las montañesas de Córdoba, nunca contestan categóricamente á lo que se les pregunta. Gozan de una circunspección cortés y de una reserva meticulosa con la cual se cubren cuando temen comprometerse.

Un día le habían traído á mi señora una manta de aquellas que se hacen en las sierras, teñida de vivos colores, en que predominaba el verde y el colorado. Ante la serrana que la trajo, criticó los colores chillones con que habían teñido la manta y la paisana contestaba:

— ¡Así será....!

— ¿Pero Vd. no ve que el color es muy chillón? decíale mi esposa:

— ¡Quien sabe! contestaba la cordobesa.

— ¡Hubiera podido teñirla con otros colores!

— ¡Tal vez....!

-- ¿No podrían hacerme otra de un solo color?

— ¡Puede ser....!

— ¡Yo necesito que me la hagan pronto!

— ¡Eso es....!

Imposible obtener otras respuestas: ¡quien sabe! ¡eso es! ¡puede ser! ¡tal vez! ¡así será!..... Pero nunca dijo ni *si* ni *no*. ¡Qué impaciencia le daba á Magdalena!

Conseguir el agua era todo un problema.

Había que ir á buscarla á una casa vecina que distaba cerca de 80 metros de nuestro rancho; advirtiéndome que no era empleada más que para lavar, pues las bebidas eran leche, cerveza y agua mineral.

Las personas que habitan en aquel pueblo no deberfan ingerir agua de aquellos pozos, sin hacerla hervir previamente. Debido á aquellas aguas he visto varios casos de enfermedades del tubo digestivo y no pocos casos de fiebre tifoidea.

Todas estas deficiencias podrían subsanarse á costa de ligeros sacrificios. Pero lo que no tenía disculpa posible, era la carencia de médicos en aquella población. Cuando pregunté quien era el médico para recomendarle mi familia, me contestaron que no había médico: yo me quedé aterrado. ¿Era posible que no hubiera un médico en aquella población? ¿Era posible que en aquel punto adonde van tantos enfermos de todas clases, no hubiera quien les diese un vistazo para enderezar el tratamiento de sus males, para detener en su comienzo cualquiera complicación que pudiera entorpecer el curso de la enfermedad?

No podía comprender como á nueve leguas de la capital de la provincia, no se encontraban los auxilios de la ciencia, y quedaban los pobres enfermos á merced de las curanderas que les ad-

ministraban yuyos, ó de alguna vieja explotadora de esas que curan con palabras mágicas á aquellos pobres montañeses, quienes consideran á esa gente con supersticiosa hechicería.

¿Que haría mi esposa si se empeoraba Mario?

¿Que haría ella si caía enferma?

Por más que reflexionase no hallaría modo de resolver el problema, sino llevando el enfermo á Córdoba ó haciendo venir un médico de esa capital. ¡Es terrible pero es así!

¡Cuántas cosas le faltaban á aquella villa para llegar á ser un punto ideal para los enfermos! Teníamos el aire puro, pero en cambio se carecía de muchos elementos que contribuyen poderosamente á las rápidas curaciones.

No existe una sola casa, cuya disposición esté de acuerdo con las reglas higiénicas para el tratamiento de la tuberculosis. Por eso fué una de mis primeras preocupaciones el edificar una casa de acuerdo con lo indicado por los higienistas, para rodear á Mario de todos los elementos que la ciencia aconseja en estos casos.

Mi enfermito estaba en condiciones excepcionales en cuanto á la vigilancia de su enfermedad. ¡Pero cuántos enfermos, no encuentran la mejoría deseada, porque ignoran lo que deben hacer! ¡Cuanto mejor es para el enfermo que al principio no puede ser vigilado, ir á un sanatorio! ¡Ya oigo las exclamaciones en contra del sanatorio!—No se crea que soy de aquellos que

creen que en el sanatorio curarán los enfermos irremisiblemente; no. El enfermo podrá curar en un sanatorio, como puede curar en cualquier otra parte. Pero en esos establecimientos aprenderán los detalles minuciosos de la cura al aire; le enseñarán á observar su temperatura continuamente, cómo debe dejar las ventanas abiertas ó cerradas durante la noche; cómo se le endurece su cuerpo para resistir á los bruscos cambios de temperatura. Es un espectáculo curioso ver los tísicos debajo de la galería, extendidos en sus *chaises longues*, á pesar del frío exterior. Cada uno tiene su escupidera á su lado, y les está prohibido escupir en el suelo ó en el pañuelo. Esa cura en el sanatorio es escrupulosamente vigilada por un médico que reside al lado de aquellos enfermos. Los enfermos aprenden también á tomar las precauciones necesarias para evitar el contagio de la tuberculosis; así sabrán evitar la transmisión de la enfermedad á sus parientes, á sus hijos, á sus amigos.

Sabrán que es preciso no escupir en el suelo ó en los pañuelos, pero sí en escupideras llenas de líquidos antisépticos. Aprenderán cuando tosen á no salpicar las personas que los rodean con salivas cargadas de bacilos tuberculosos.

El sanatorio es una escuela, en que el tuberculoso aprende á curarse y á no ser contagioso.

Existe la creencia de que el que vá á un sanatorio se contagia más; esto es un error. Es

allí donde hay menos peligro de contagio, porque todo se vigila, todo se observa y nada pasa inadvertido para el médico de esos establecimientos. El esputo cargado de bacilos, apenas sale de la boca del enfermo cae en el líquido microbicida, que destruye inmediatamente el agente contagioso de la enfermedad. Conozco un colega, propietario de un sanatorio en las sierras de Córdoba, que lleva á sus hijitos al establecimiento, dónde se encuentran en contacto con enfermos. Y sin embargo él no teme el contagio para aquellos seres que adora, debido á la severidad con que se toman todas las precauciones para que no se infecten.

Los enfermos pueden perfectamente curarse en cualquier punto, pero después de haber permanecido dos ó tres meses en aquella escuela para tuberculosos.

En el rancho seguí el mismo tratamiento que en El Paraíso. Mi hijo que era dócil, aceptaba el reposo forzado; yo siempre al lado de él, alegrándome sobremanera al ver la marcha de la enfermedad.

Su carácter iba cambiando; ya no era aquel niño triste y callado. Empezaba á observar cuanto le rodeaba, preguntándome *el porqué* de todo lo que le llamaba la atención. Mascullaba las palabras, barbotando entre ceceos. Sustituía una consonante suave y sibilante como la *s*, por otra dental y dura como la *t*.

Le hacía observar la naturaleza, lo que daba lugar á que á cada instante me interrogara sobre la utilidad ó el nombre de una piedra, ó un árbol, y ese pequeño cerebro quedaba reflexionando después de haber saciado su curiosidad.

Tenía preguntas curiosísimas: Un día señalándome un sauce me preguntó:

— *¡Papito...! ¿Tomo te llama ete albol?*

— Sauce llorón. Le respondí.

Y el nene reflexionando exclamó un largo:

— ¡Aaah!

Y al cabo de un rato de silencio añadió:

— *¿Y tomo lloran?*

Me sonreí, lo abracé y tuve que explicarle lo que eran las ramas péndulas.

Otro día estábamos con Magdalena al lado de nuestro querido enfermo, el cuál me pedía un petizo con una monturita, y me obligó á que tomara nota para que no me olvidase. Después que me hubo hecho el pedido, mi esposa me dijo:

— ¿No has notado Tatén, que Mario habla más claro que antes?

Y el niño contestó:

— *Ti. Ante hablaba un potito mat ocuro...*

¡Pobre hijito mío!... ¡Como se defendía contra la terrible enfermedad! ¡Qué bien luchaba ese organismo!

Por las tardes. salíamos á dar un corto paseo en un tñburi que debimos á la amabilidad de una

familia inglesa, solazábame al ver las cabalgatas recorrer el pueblo; formábanlas niñas cubiertas las cabezas con un sombrero riflero sujeto por un velo blanco, montadas en caballos mansos que aquellas manecitas gobernaban con suma elegancia.

¡Qué lindo efecto produce una hermosa mujer á caballo, cuando no está aprisionada en los negros y ceñidos trajes de Amazonas!

Nadie usa ese traje funerario en aquel pueblo.

La naturaleza en aquellas regiones invita á usar otros colores.

Evitaba siempre encontrarme con aquellas cabalgatas que recorrían apresuradamente el pueblo, levantando una enorme nube de polvo que irritaba los pulmones de mi enfermo. Está prohibido recorrer las calles al galope, y tal vez por esto; todos desean galopar.

Posiblemente que entre aquellas niñas, irían algunas tuberculosas; pero nadie cree que son enfermas. ¡Como que las apariencias engañan tanto....! Para citar un caso entre mil, recuerdo el siguiente: Un joven, que era enfermo y que hoy está casi curado, venía de cuando en cuando á visitarme, y como no me agradaba que permaneciera cerca de mi hijo, á penas llegaba á mi casa, le invitaba á pasear por el pueblo. Este joven era muy enamorado; una de aquellas tardes que habíamos salido á pasear juntos me dijo:

-- Ha llegado de Buenos Aires para quedarse aquí un año, una niña que es una pintura. Todas las tardes se sienta á la orilla del tajamar. ¿Quiere que vayamos?

— Vamos. Le dije.

Nos dirigimos á aquel sitio y efectivamente encontramos á la bonita niña.

Nos sentamos cerca de ella para observarla mejor. Lo primero que me llamó la atención fué una tosesita seca, que ella trataba de disimular. La respiración era anhelosa. Los hombros levantados, el pecho hundido. Tenía todo el aspecto de una tísica, y de una mala tísica; porque apenas había llegado, ya empezaba á cometer imprudencias haciendo largos paseos á pié recorriendo el pueblo, subiendo pendientes pronunciadas, exponiéndose al polvo que levantaban al pasar los caballos y carruajes.

Mi amigo me decía:

— ¿Ha observado que linda es?

Yo temía que esa niña oyera nuestra conversación y en vez de contestarle á la pregunta que acababa de hacerme le dije levantándome:

— Sigamos caminando ¿no le parece?

-- Bueno, me contestó un poco contrariado,

Y á los pocos metros el joven volvió á la carga:

— ¿Ha visto doctor que dientes blancos, se ha fijado en esos ojos grandes, negros; con esas pestañas tan largas? ¿Y los colores de esos pó-

mulos? ¿No ha notado esa hermosa cabellera...?

Yo guardaba silencio con gran extrañeza de aquel joven, que no llegaba á comprender mi mutismo. Y tuve razón para callarme, porque esa niña con gran sorpresa de todo el pueblo, se puso gravísima yendo á morir más tarde en Capilla del Monte.

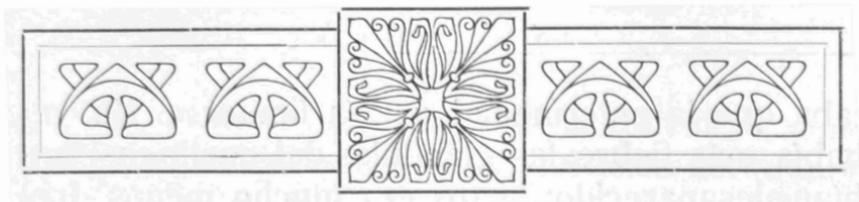
Pero mi joven amigo había perdido la chaveta é insistió tanto en que yo compartiera en aquel instante su opinión; que me obligó á decirle:

— Pero Vd. no, vé mi joven amigo, que esa niña está enferma.

— No diga doctor; repuso asombrado; ¿cómo puede estar enferma esa muchacha, con esos ojos tan vivos, y esos colores tan lindos?

-- Vea, amiguito, Vd. no puede tener la experiencia que yo tengo en estas cosas. Nunca se fie de las apariencias. Ya verá Vd. más tarde si le digo la verdad. ¿Vd. cree que estas niñas vienen á sepultarse aquí por nada? ¿Vd. cree que una niña que goza de buena salud vá á dejar los grandes centros de población para venir á pasar un año rodeada de piedras en vez de adoradores? ¡Pero mi amigo Vd. entonces no conoce el corazón femenino! Yo no le niego que es una mujer muy linda, muy esbelta, muy hermosa..., pero tenga cuidado con esa hermosura, porque esas pobres enfermas llevan en su cara, el sello de la belleza de la muerte!





## VII

# ¡¡ABANDONADOS!!

Un mes y medio quedé al lado de los míos, para enseñarle á mi esposa como debía cuidarse á un tuberculoso. Hubiera deseado permanecer al lado de mi hijo mucho tiempo, pero graves asuntos me obligaban á regresar á Buenos Aires. A medida que se acercaba el día de mi partida, sentía que mi corazón de padre se hincha- ba y se reblandecía; pero era forzoso abando- nar momentaneamente al enfermo. Vefía que seguía mejor; lo examinaba todos los días y no-

taba que la enfermedad querfa limitarse. Ya no habfa mäs fiebre; las gländulas del cuello casi habfan desaparecido; la tos era mucho menos frecuente é intensa. No me cansaba de explicarle á mi esposa todos los cuidados que debfa prodigarle al enfermito durante mi ausencia.

--- No debes separarte ni por un momento del nene, Magdalena. No te fies del servicio porque los sirvientes pudieran cometer un disparate que podria costarnos muchas lágrimas. No lo leves á casa de nadie. Tú no debes hacer otra cosa que cuidarlo, sin preocuparte del que dirán. Nos hemos propuesto salvar este hijo querido, y ahora que se le nota una franca mejorfa, no debes descuidarlo.

Ten mucho cuidado de no dejarlo ir al sol bajo ningun pretexto; el sol sobre su espalda podria congestionarle los pulmones, y estos enfermos nunca deben tener sus pulmones congestionados. Los días ventosos no lo saques afuera, porque las partículas de polvo que le entran por la nariz y por la boca podrian irritarle los bronquios. No lo dejes ir á la humedad, porque se podria resfriar y serfa este resfrío un latigazo para su mal.

¿Comprendes bien? Nada de tierra, nada de sol, nada de viento, nada de humedad.

— Comprendo Tatén.....

— Sobre todo que no corra, ni lo dejes que se agite. Reposo, reposo y reposo.

— ¡Pero es tan difícil tenerlo quieto!

— Si no fuera más que esta la dificultad contra la cual debieras luchar, la curación sería muy fácil.

Con el reposo se guardan las fuerzas que necesita el enfermo.

— Y ya ves lo que todos me dicen, que debo dejarlo correr, saltar, brincar, que esos ejercicios le darán más apetito.

— Lo contrario es la verdad. A aquellos enfermos que no tienen apetito y que les aconsejan caminar y hacer ejercicios al aire libre, los derribamos más pronto, porque queman las reservas que guardaba su organismo para luchar contra la infección. En estas cosas todo el mundo quiere dar consejos y todos creen saber; pero no te dejes llevar de ningún consejo. Los enfermos que no tienen apetito, es casi seguro que tienen fiebre. No extrañes oír decir que para dormir bien, estos enfermos deben hacer ejercicios, porque se duerme mejor cuando el cuerpo está cansado. Esto es otra barbaridad; no hay que tratar á un enfermo como si fuera una persona sana. El público cree que el tuberculoso no es un enfermo grave, porque no se muere en 8 ó diez días. Debes convencerte, Magdalena, de que la Tuberculosis es una enfermedad grave. Verás enfermos que son barridos en muy poco tiempo, y otras que arrastran su enfermedad durante largos años. Tenemos la desgracia de encontrarnos en presencia de una enfermedad muy traidora, de aque-

llas que dejan vivir un flacucho durante muchos años y en cambio un coloso, grueso, enorme, que parecería vender salud, puede ser derribado como el más delicado de los seres. Trayendo un ejemplo al caso. Te acordarás de aquel vasco que enterraron ayer; hacía 3 meses que estaba aquí y cuando llegó, nadie creía que estaba enfermo, según nos dijo Don Florencio; y cuando nosotros llegamos hace un mes y medio, tenía un aspecto de salud, que nadie hubiera dicho que su fin estaba próximo.

— A la verdad; todas las tardes pasaba por frente del hostel, y aquel hombre hercúleo no presentaba ninguna apariencia de enfermo.

— Eso es para que veas como las apariencias son engañosas. — No te olvides de dejar la ventana abierta durante todo el día, lo mismo que la puerta del cuarto. Durante la noche la ventana deberá permanecer abierta. Atiende bien á lo que te voy á decir respecto de la ventana abierta, porque es una arma de dos filos. Así, por ejemplo; si el tiempo está húmedo, no es necesario que la ventana permanezca abierta durante toda la noche, habría que temer que se resfriase ó que pescara algún empuje bronquial ó pulmonar; esto no quiere decir que deba respirar durante toda la noche el aire confinado de ese cuarto cerrado; para obviar este inconveniente dejarás entre-abierta la puerta del cuarto contiguo que dá al patio, de manera que el aire se renueve constantemente.

La oxigenación del aire puro, sin cesar renovado, es necesario al tuberculoso, porque obra como el tónico más poderoso, dándole energías y fuerzas á todo el organismo, preparándolo por fracciones, y sosteniendo todas las células de esas máquinas que funcionan mal, para que puedan soportar la inmensa lucha, la larga batalla, la interminable guerra entablada entre el pavoroso bacilo y los órganos de estos pobres seres.

— ¡Tatén!... Tu me hablas solamente de cuando el tiempo está húmedo; ¿y si hace mucho frío que hago?

— Aunque haga mucho frío tú dejas la ventana abierta; en estas alturas no hay que temerle al frío porque el tiempo es seco. El aire frío y seco no debe alarmarte, ni temas que sobrevenga el menor accidente á pesar de la baja temperatura.....

— ¿Debo abrigarlo más que de costumbre...?

— A eso voy. Te decía que la temperatura fría pero seca no le hacía daño, pero debe estar más abrigado. Porque si bien la sequedad del aire les impide sudar, en cambio, si no lo abrigaras, la sangre que corre por la piel se enfriaría demasiado y pudiera producir una congestión del pulmón ó una bronquitis. Conviene, pues, abrigarlo bien cuando la temperatura está fría. Así es que no debes olvidar que la aereación de los pulmones de nuestro hijo, debe hacerse noche y día. No se les puede prescribir á todos los en-

fermos el tratamiento irracional y brutal de tener la ventana abierta en medio de un temporal, por ejemplo.....

— ¿Y á que hora lo levanto?

— Puedes levantarlo á las 8 ú las 8 1⁄2 siempre después de haberle tomado la temperatura. Le desinfectas la boca como de costumbre; le haces lavar bien las manos, y lo desayunas. Terminado su desayuno, lo llevas á su *chaise longue* lo distraes para que quede tranquilo, á las 10 1⁄2 le puedes permitir que ande despacito sin correr, sin apresuramiento, por la quinta de Don Francisco, le llevas una sombrilla para evitarle el sol, y no le permitas que camine mucho. A las 11 ú 11 1⁄4 lo vuelves á acostar en la *chaise longue* hasta las 12 hora en que almorzará como de ordinario; no te olvides de darle sesos de cordero ó de cabrito; puré de arverjas, de lentejas que contienen mucho hierro, de habas, de judías, alimentos ricos en fosfatos que nos llegan directamente de la tierra. Papas en cualquier forma: en puré, fritas, hervidas, rellenas..... como quieras. Como bebida: leche. Nunca le permitas tomar alcohol de ninguna clase. La leche hervida debe ser su única bebida hasta nueva orden; cuando yo vuelva, veremos como está su estado general, y entonces veremos si podrá tomar un poco de cerveza ó vino con agua; pero por hora, no le permitas que tome ninguna bebida que contenga alcohol.

Desearía que después del almuerzo, hiciera una

siesta; aunque no fuera larga; una hora me bastaría; podría empezar la siesta, media hora después del almuerzo.

A las 4 1/2 p. m. le darás dos huevos y una taza de té con leche y pan con manteca; esta merienda la podrás variar dándole otros días sandwiches de jamón ó de queso, etc. Reposo hasta las 5. Ahora que los días son todavía largos, á las 5 lo llevarás á pasear en coche, hasta las 6 1/2. Evitarás que pasee por el pueblo, á fin de evitar la tierra. Tus paseos favoritos deben ser por los alrededores. Regresarás á la puesta del sol.

En la cena que tendrá lugar entre las 7 1/2 y 8 de la noche, podrá comer pescado, un huevo ó dos, jamón, arroz con leche, legumbres, un bife casi crudo. Lo acostarás á las 9 p. m.

En resumen: Nunca le des más de 4 á 5 huevos por día; nunca alcohol; que coma mazamorra, choclos, carne casi cruda, sesos, arverjas lentejas etc.

— ¿Y tú crees que aumentará pronto de peso?

— No te preocupes por el aumento de peso. No creas que basta que el peso aumente para que el enfermo mejore; es un error creer que el tuberculoso que engorda rápidamente es un tuberculoso que se cura pronto.

No es necesario absorber alimentos que hagan engrosar con rapidez: es preciso que ingiera alimentos que le den fuerzas. Es menester que engorde al mismo tiempo que su pulmón se cicatri-

za. Ya puede engordar el enfermo todo lo que quiera; ya puede aumentar de peso en pocos días, que no disfrutará de aquel aparente bienestar por mucho tiempo, si su lesión no empieza á mejorarse.

La sobrealimentación no debe ser inconveniente ni excesiva; muy al contrario, debe ser cuidadosamente seleccionada entre los alimentos de fácil digestión, y que por su calidad ó su cantidad, no irriten el tubo digestivo. Si el nene engorda rápidamente, no debes imaginarte que ya hemos triunfado. Pero en cambio un enflaquecimiento rápido y contínuo deberá alarmarnos.

— ¿Y como les oigo decir á todos, que se alimenten todo lo que puedan para curarse pronto?

— Los que sostienen ese disparate, cometen tantos errores, como palabras han empleado para decirlo. El tratamiento que le conviene á nuestro hijo puede no convenirle á otro enfermo. Ante todo el niño tuberculoso, no debe ni puede ser tratado como el adulto ó el viejo. No se puede tratar un niño que tiene su corazón sano, su hígado sano, su riñón sano, como se trata á un tuberculoso reumático ó cardiaco, alcohólico ó renal. El tratamiento del tuberculoso no es una rutina, es una arte.

Los medicamentos que se deben preparar para el tuberculoso no deben ser fabricados en la farmacia, sino en la cocina.

Antes de sentarlo á la mesa, le desinfectarás la boca y las manos.

— ¿Y como medicamentos?

— Los tuberculosos deben tomar muy pocos remedios..... ¿Has advertido que le embadurno de cuando en cuando el vértice del pulmón izquierdo.....

— Si..... con tintura de iodo!.....

— Muy bien!..... Tú harás lo mismo.

— Pero después de tres ó cuatro días de puesta consecutivamente la tintura de iodo, el pobrecito no puede resistir el dolor: se queja de que le pica, de que le arde, de que le quema....

— En ese caso interrumpes unos días.

— Y si la piel se pone lustrosa y seca ó si se pela, ¿le sigo poniendo?

— No; en ese caso no le pongas más. •

— ¿Y las inyecciones?

— Las inyecciones se las das de la manera siguiente:

Ante todo es preciso que desinfectes bien el sitio donde vas á introducir la aguja. La manera más rápida de hacerlo, es limpiando con un algodón embebido en alcohol, el sitio elegido, y luego con un pincelito ó con un hisopo mojado en Tintura de Iodo, pintas la piel, la que queda desinfectada como para no provocar una infección. Esa parte pintada, no debes tocarla, ni permitir que el nene la toque. Previamente en una cacerolita con agua fría, pones la jeringa y la aguja

haciendo hervir el todo, durante diez minutos. Desinfectas tus manos, pones la aguja en la jeringa y aspiras de la ampollita el Cacodilato de sodio. Para inyectar el líquido, echas un vistazo en el punto donde va á penetrar la aguja, si ahí encuentras una vena, que reconocerás por su color azulado, la evitas pinchando lejos de ella. Puedes elegir el muñón del hombro; mira....., te lo voy á explicar en mi brazo. — Puse al desnudo mi brazo, y le señalé lo que se llama en medicina la región deltoidea.—Aquí es donde debes hacer la inyección, le dije; observa esta raya azul: es una vena; la dejas de lado. Entre el pulgar por un lado y el índice acompañado del dedo mediano izquierdos por otro, tomas un pedazo de piel y lo levantas suavemente; en la base de este pliegue introduces la aguja paralelamente al brazo de modo que penetre entre la piel y las carnes; empujas el pistón suavemente para no introducir el líquido de golpe y para evitar que sea dolorosa. Concluida la inyección retiras la aguja de golpe, haciendo en ese sitio un ligero masaje.....

— Basta! basta! me dijo interrumpiéndome al mismo tiempo que extendía hacia mí su brazo con la mano abierta como para detener mi palabra. Si me explicas más me voy á marear. Todo lo he comprendido muy bien.....

— Espera que no he concluido.....

— ¡Todavía hay más! me dijo entre sorprendida y aburrida de tanta explicación.

— En los delaltes, le respondí, está el buen éxito... Falta tapar el agujerito que ha hecho la aguja en el punto de entrada, para lo cual tomas un poco de colodion iodoformado, que tienes ahí en ese baúl, y le pones una gota ó una pincelada, después soplas encima como si quisieras avivar unas brazas que se apagan....

— ¿Y para qué?

— Para que se evapore el éter que contiene el colodion y así se seca pronto, y queda una telita impermeable que protege al agujerito dejado por la aguja.

Magdalena quedó un momento reflexionando, y de pronto me dijo:

— Todo eso está muy lindo, pero yo no le doy ningún pinchazo á mi hijo.

— ¿Y por qué? le dije sorprendido.

— ¡Qué quieres! no me encuentro con fuerzas para ello.—Y después de una corta pausa añadió: —¿Y no podría darle las inyecciones alguna persona de las tantas que aquí saben hacerlo?

— ¡Ah no mi alma! exclamé, yo no confío el cuerpo de mi hijito á cualquiera para que lo infecte con un abceso ó un flemón. Tengo más confianza en ti que en ellos.

— ¡Démosle el Cacodilato por la boca!

— Si tu no te atreves á darle las inyecciones, no habrá otro remedio.

— ¿Y son indispensables las tales inyecciones?

— ¡Indispensables, indispensables.....! no diré

que sí; pero son excelentes para combatir las glándulas que tiene en el cuello. Ya ves que reducidas están; pero todavía no han desaparecido, y es preciso perseguirlas..... ya que es imposible darle inyecciones se lo daremos por gotas. Te mandaré todo de Buenos Aires, con las instrucciones escritas.

— Si; es mejor que lo tome por gotas, porque yo tengo miedo de darle pinchazos..... ¿Y no le ordenas otro remedio?

— Nada. Si estuviéramos en Europa, lo llevaría en la Bourboule para que bebiera el agua arsenical de aquella fuente..... Acuérdate bien de esto: La tuberculosis no quiere remedios.

Esto es lo que debes hacer por ahora con el enfermo. ¿Tendrás bastante energía para hacerlo?

— Si Tatén, puedes irte tranquilo, que cumpliré al pié de la letra las instrucciones que me dejas; pero te pido que hagas apurar la edificación de nuestra casita, porque en este rancho, me voy á morir de tristeza.

Era difícil que se hiciera una buena cura de aire, en aquel rancho que habitábamos. Conseguí un terreno alto, un poco retirado del centro del pueblo, con un soberbio panorama al frente. Antes de mi partida dejé todo arreglado para que se empezara la edificación en seguida.

El momento de abandonarlos se acercaba, y una profunda tristeza se apoderaba de mí. Contemplaba esos dos seres que quedaban solos; en

un pueblo en donde si se empeoraba mi hijo, ó se enfermase mi esposa, no tenían ningún recurso científico; quedaban abandonados á su buena fortuna, entre gente desconocida y sin un amigo de veras. ¡Solos, completamente solos!

Quedaba las horas enteras, sentado en el fondo del terreno que da á espaldas del rancho, pensando en esa mujer que quedaba sola por primera vez en su vida, teniendo por única compañera á su hijo enfermo..... ¿Qué harían los dos solitos?..... yo á doscientas leguas de ellos!!!... ¡Cuan-  
tas lágrimas brotaron de mis ojos! Al ver mi esposa que yo permanecía tanto tiempo en el mismo sitio, solo y pensativo, comprendió lo que pasaba por mí; veía la terrible lucha que sostenía mi alma,.... y vino en busca mía, sonriente, haciéndose la fuerte y dándome valor; yo trataba de disimular mis sufrimientos..... pero era inútil; las lágrimas podían más que yo.

— ¡No te pongas triste mi viejo! me decía; no tienes motivo para afligirte; tu sabes que vigilaré al nene día y noche; por ese lado puedes estar tranquilo.

— Ya lo sé; pero que quieres, le decía, yo nunca me he separado de ustedes, y me veo en la necesidad de hacerlo en estas circunstancias tan terribles; ¡como quieres que no me apene, dejándote sola con un hijo pequeño enfermo de tuberculosis!.....

— No te desesperes Tatén; nuestro hijo ha de

seguir mejor cada día; tú mismo dices que sigue mejor; y sin que tú me lo dijeras, yo lo veo. Mi ojo de madre no me engaña; y cuando esa opinión está acompañada de la opinión del médico, no puede quedar duda, de que la curación está en marcha..... Vén; añadió tomándome del brazo; vamos adonde está el nene, que no te vea llorar; sabes cuán inteligente es, y si ve que lagrimeas se pondrá muy triste; vén... Ten ánimo..... ¿No te dá vergüenza de que yo sea más fuerte que tú?

— ¡Ay, Magdalena! ¡Si supieras cuanto sufro!!

— ¿Y tu crees que yo también no sufro? ¿Si yo me abandonase en brazos de la desesperación; que sería de nosotros?

— ¡No se, lo que sería! Creo que me volvería loco!

— En fin, de algo han de servirte tus estudios, tu preparación científica,.... ¿de qué te sirve haber cursado filosofía, si no sabes aplicar prácticamente, tus conocimientos teóricos?

— Cuando el corazón de un padre está destrozado, le es imposible aplicar tus justas reflexiones. Yo pienso en muchas cosas, hija mía; pienso en si tu enfermas; pienso en si nuestro hijo se empeora; pienso en la soledad en que os dejo.....

— ¡Y si yo te dijera, me interrumpió, que yo quedo más intranquila por tí, que por mí!

¡Si yo te dijera, que siempre estaré sobresaltada por el temor de que te pase algo grave en Buenos Aires!

— ¿Y qué quieres que me pase? le dije cambiando de tono.

— ¡Pues..... cualquier accidente! por ejemplo: que te coja un tramwía eléctrico, un automóvil,... que te enfermes..... que se yo,... pueden pasarte tantas cosas.....!

— No seas loca; vamos, no pienses en tonterías.

— Eso es precisamente lo que te pido; que tú tampoco pienses en tonterías..... yo me quedo muy tranquila porque veo que Marito sigue mejor. Tengo una resignación á toda prueba. ¡Ya ves: me quedo sola! ¡sola con mi hijo enfermo! ¡Muy lejos de ti! ¡Entre gente desconocida!... . La voz de Magdalena iba tomando un timbre particular, y sus ojos se llenaban de lágrimas; se conocía que sufría horriblemente, pero hacía esfuerzos por no denunciarse, y se hacía la valiente para no afligirme. Luego prosiguió:— Mi pensamiento estará en tí continuamente, pero mis cuidados serán para tu Mario; para ese ser por quien sufrimos tanto. ¡Dios nos ha mandado este castigo para ponernos á prueba! ¡El sabrá por que lo hace y debemos soportar con resignación lo que él nos manda! ¡Y así como él ha permitido que se infecte, él permitirá que se cure.....! ¡Desecha esos negros pensamientos, alma mía! Ten confianza en Dios que el nos ayudará. Estoy segura de que cuando vuelvas, encontrarás á tu enfermito mejor..... Yo te prometo que lo cuidaré más que á mis ojos. Me transformaré en su sombra. No me separaré ni

un momento de su lado; unicamente lo dejaré media hora al cuidado del servicio, los días Domingos en que iré á oír misa. ¡Pediré de hinojos á la virgen, que gué tus pasos para el buen tratamiento que lo llevará á la curación, y la virgen oirá mis ruegos....., estoy segura de ello!.... Pero no te vayas triste; vete convencido de que Dios, ha de permitir que la ciencia triunfe del mal que aqueja á nuestro hijo.....!— Y Magdalena haciendo una brusca inflexión de voz, añadió: — ¡A la verdad que Vds. los médicos son ignorantes.....! ¿Para que se matarán estudiando tanto, si no saben curar una enfermedad.....? Y tú en vez de gimotear, ¿qué haces que no descubres un suero?—Yo la miré sonriendo, y ella continuó:—Ahora te ríes; sonríete así.....; eso es lo que me puede alegrar.

— ¡Oh mujer! ¡cuán buena eres, siempre me infundes valor! ¡cada vez que mi ánimo decae. tú me das nuevamente entereza....! Si te conozco, y te quiero mucho! — Magdalena se puso á llorar; proseguí:—¡Ahora eres tú quién lloras.....! ¡si eh!... pues, cuidadito con volverme á dictar lecciones de sentimentalismo.....

— ¡Pero Tatén, dices unas cosas.....!

— ¡Bueno, bueno, fuera ese corazón de mantequilla.....! A arreglar mi maleta para la marcha. ¡Vamos listo, listo que el tiempo pasa.....

La hora de la partida se acercaba..... Le dije á mi esposa, que aun contrariando el régi-

men que tenía impuesto el enfermo, quería que viniera á despedirme en la estación.

La misma mañana de mi partida, recogí esputos de mi enfermito, los que acondicioné de la mejor manera posible, para que pudieran ser examinados á mi llegada á Buenos Aires.... Podría olvidarme de mi sombrero, pero no de los esputos de mi hijo.

Media hora antes de la salida del tren, vino el carruaje á buscarnos; en él subimos, y en diez minutos estuvimos en la estación. Me senté en un banco que hay en el andén, puse á mi Mario sobre mis rodillas, le daba consejos, le decía que fuera obediente con la madre, que no corriese, que no fuera al sol, ni á la humedad...., el me miraba, se sonreía..., y á todo me decía que si.... ¡Pobrecito...!

La gente del pueblo ya empezaba á acudir y no faltaba quien se acercara á nosotros y me dijera:

—¿Está de viaje doctor?

— Así es señor.

— ¿Y va á *pegar* la vuelta pronto?

--- Lo ignoro señor, eso dependerá de mis ocupaciones.

Y dándome un apretón de manos añadía:—¡Bueno! ¡que lleve feliz viaje eh!

— ¡Gracias! — contestaba. En seguida llegaba otro hacia nosotros:

— ¿Conque en marcha doctor?

— Si Vd. no dispone otra cosal....

— Vd. se ha pasado su buena temporada!..... como unos dos meses.....

— Un mes y medio.

— Pero con resultado, doctor. Ya vé que bien está Don Mario. Ahora está grueso y fuerte..... ¿Y cuando regresa?

— Todavía no lo sé.....

— Tiene un lindo día para viajar..... pero ván á llevar mucha tierra.....

El silbato de la locomotora hizo oír su silbo estridente que nos anunciaba que dentro de cinco minutos el tren se pondría en marcha. La persona con quien estaba hablando se despidió de mí, y quedé al lado de mi hijito y de mi esposa á quien le hice las últimas recomendaciones. Ella me rogó que subiera al tren. Le observé que tenía tres minutos delante de mí; pero á sus ruegos consentí en tomar asiento en el wagón.

Me despedí de ella, diciéndole que tuviera ánimo y que me escribiera todos los correos.

—Vete tranquilo Tatén, me dijo, que yo te escribiré, dandote todos los detalles; y si algo grave me ocurriera á mí ó al nene, te pondría en seguida un telegrama.

—¡ Bueno hija!.....

Tomé al nene entre mis brazos, lo besé fuertemente, muy fuertemente, quedé contemplando esa cabecita....., las lágrimas corrían de mis ojos; él me miraba extrañado y me dijo:

— *¿Uté te vá papito?*

— ¡Si mi alma; pero pronto vuelvo!

-- *Venga eta noche eh!*

— Si ~~mi~~ querido.....

Ya no pude más.....Subí al wagón, asomé la cabeza por la ventanilla, mi esposa quedó frente á mí con el niño en los brazos, para que pudiera besarlo al partir el tren.

La pitada del guarda nos anunció que la hora de la salida había llegado. La locomotora silbó de nuevo.... Le di el beso de despedida á mi hijo adorado..... Mi esposa hacía esfuerzos para sonreír....; yo tenía un nudo en mi garganta que me impedía hablar.

Los pesados ejes del tren rechinaron y empezaron á rodar lentamente sobre los rieles..... yo seguía asomado á la ventanilla, con la cabeza vuelta hacia atrás, para mirar aquel grupo formado por aquellos seres queridos; pero aún alcancé á decirle á mi esposa:..... ¡Cúidalo mucho!... y las lágrimas rodaron copiosas por mis mejillas.... Saqué mi pañuelo, lo agité en el aire en señal de despedida, y ví á mi esposa que me contestaba agitando su sombrilla.....

El tren empezó á andar más de prisa....; yo todavía los veía....; los ví que se dirigían al carruaje....; alcancé á ver el breack que se ponía en movimiento para llevarlos de nuevo á nuestro pobre rancho donde iban á quedar solos.....; después no pude verlos más..... No podía separar mi mirada de aquel punto....., pero bien pronto

en el horizonte no vi más que la cadena de las sierras con sus cumbres sinuosas, y allá en la sierra grande se destacaban el gigante de Achala, y el punto culminante: El Champaquí con sus 2900 metros de altura!!! Allí en el suelo dejaba á Alta Gracia....., la cúpula de la Iglesia se destacaba entre aquellas casitas blancas como palomas.....; ahí cerquita....., á tres cuadras á la izquierda de aquella cúpula, está nuestro ranchito, ya debían haber llegado mis seres queridos.....; allí dejaba mi alma....; ¿qué sería de ellos en mi ausencia....? ¿Los encontraré bien á mi vuelta?.... Retiré la cabeza de la ventana, y me sepulté en hondas reflexiones.

¡Así, á fuerza de sufrir calmaba mi dolor..!

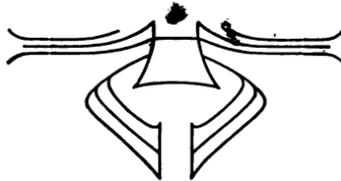
El tren ya iba con su marcha de 60 kilómetros por hora..... La ventanilla me atraía; quería volver á mirar, para dejar bien impreso en mi retina el panorama de aquel pueblecito donde dejaba la mitad de mi vida..... Miré, hice esfuerzos para distinguir algo....., pero todo fué inútil. No ví sino la naturaleza bruta, salvaje....., tan salvaje como la terrible enfermedad de mi pobre mi hijo....., ¡Pobrecito!

Hubiera deseado detener al tren y volverme al lado de ellos....; no me creía con fuerzas para sufrir esta separación.....; era demasiado cruel....; así como las lágrimas anublaban mis ojos...., ideas negras cruzaban por mi cerebro.....

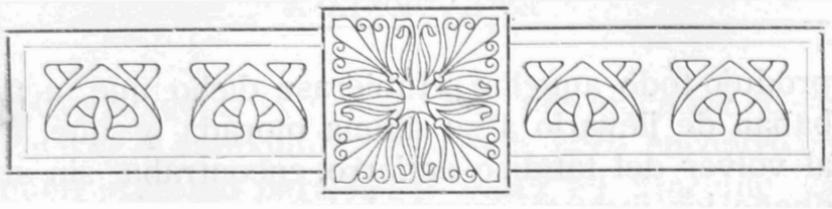
Me retiré por fin de aquella ventanilla, y levan-

tando el vidrio, la cerré... Yo estaba traspasado de dolor..... ¡Como se quieren los hijos, y sobre todo, si están enfermos! ¡Qué situación tan espantosa la mía..... ¡Con qué sobresalto continuo tenía que vivir, temiendo alguna noticia fatal..... ¡Oh! eso no era vida.....; es preferible un desenlace rápido, y no sostener durante años este dolor continuo.....

¿No es verdad, que es horrible?







## VIII

# CON MIS PADRES

Esa separación para mí fué terrible. No es decible cuanto sufrí en aquel largo viaje que me pareció interminable.

¡Qué soledad encontré en mi casa!  
¡... Solo...! ¡Me paseaba por los cuartos pensando en ellos, miraba los juguetes de mi hijo..., aquel velocípedo que dejó en un rincón del comedor, aquellos payasos de resorte que le arrancaban exclamaciones de sorpresa y júbilo...; todo estaba allí... La casa en silencio..., su camita demita desierta..., ¡oh! ¡qué impresión lúgubre me

produjo todo aquello! ¡Hubiérase dicho que acababan de llevarlo á su última morada y que, al al volver del fatídico entierro, encontraba sin su dueño los juguetes que lo habían entretenido durante sus últimos días!

¡Que ideas tan extravagantes y desatinadas cruzaban por mi cerebro!

¡Tonto de mi, me ponía á llorar como una criatura! ¡Me sentaba sobre la cama que había ocupado mi hijo, miraba todos los rincones del cuarto y lloraba desconsoladamente!

Mi mucamo, el fiel gallego Manuel, entraba y salía, observándome desde lejos, sin atreverse á dirigirme la palabra; veía mi aflicción y respetaba mi dolor; él ya sabía, porque se lo dije al entrar, que había dejado bien á Mario.

¡Cómo se alegró al saber que estaba mejor!

El pobre gallego quería mucho á mi hijo; él lo cuidaba, con él iba á pasear, le hacía todos los gustos; le consentía todos los caprichos, le sufría todos los gritos y todas las impertinencias propias de su edad. Manuel nunca se quejaba; siempre estaba contento y le hacían gracia las travesuras del niño.

¡Pobre Manuel! ¡Cuántas diabluras ha tenido que soportarle al enfermito...! ¡Manuel, aquí, Manuel, allá; Manuel arriba, Manuel, abajo! Manuel hacía de petizo, de clown, de mujer..., de todo por entretener al enfermo, cuando estaba sano.....

Como decía yo poco ha, mi mucamo no se atrevía á interrumpir mi dolor, pero encontró un buen pretexto para llegar hasta mí. Sin que yo se lo hubiera pedido, me trajo una taza de café con leche, que yo rechacé.

¿Por qué no la toma señor? me decía el buen gallego.

— No la apetezco.

— ¡Pero señor, tómela! yo mismo la he preparado; está calentita que dá gusto.

— No; no tengo ganas. Ya me desayuné en el restaurant del tren.—Y mudando de conversación continué.—¿Qué novedades han ocurrido durante mi ausencia.

— Ninguna, señor, unicamente los enfermos que venían por usted, y les contestaba que el Doctor estaba veraneando en Córdoba..... Encima del escritorio he puesto toda la correspondencia que han traído durante su ausencia.

Me dirigí al escritorio para leerla, y al poco rato volvía Manuel para decirme:

— Me había olvidado de decirle, que su señor padre, habló esta mañana por teléfono, preguntando si Vd. había llegado. Le contesté que no, pero que se le esperaba. A lo que me respondió: “Dígale á Tatén que lo esperamos para almorzar.”

— Habla por teléfono, y dile que no me esperen; que iré para cenar.

— ¡Vaya, señor, eso le servirá de distracción, le borrará un poco la pena que usted tiene....!

-- Tienes razón Manuel, iré. — Le contesté después de un momento de reflexión....., y vi en su cara que estaba contento al saber que iba á distraerme un poco al lado de mis padres.

¡Pobre Manuel! ¡cuantas cosas tengo que agradecerle por los cuidados que le ha prodigado á mi hijo, y por su fidelidad para conmigo! ¡Cómo trataba de consolarme á su modo! ¡Cuán justo es proteger á estos sirvientes abnegados! Ellos nos sirven, nos soportan nuestras majaderías y resabios de carácter; nada, pues, más justo que recompensarlos, como se lo merecen, cuando llega el momento oportuno.....

Cuando hube terminado la lectura de mi correspondencia, me mudé el traje de viaje, y me trasladé á casa de mis padres.

Estaban ansiosos por verme.

Mis pobres viejecitos, me abrazaron con toda la ternura de que son capaces.

Como es natural, la mayor parte de la conversación giró sobre mi Mario.

Durante el almuerzo, todos los comensales me acribillaban á preguntas, interrogándome respecto de las impresiones que traía de aquellas regiones.

Cuando, durante mi relato, la emoción me hacía temblar la voz, mi santa madre lagrimeaba acompañándome en mi dolor, mientras que mi padre me interrumpía:

— No te apenes, me decía, Marito se curará; pero hay que tener paciencia.

— ¡Las penas no hacen más que avivar las fuerzas!

— Es cierto papá, le contestaba yo; ¡pero llega un momento, en que uno cae agotado, jadeante, casi desesperado!

El que no pasa por el *Via Crucis* por que estoy pasando con el peso enorme de un hijo tuberculoso, no aprecia debidamente los esfuerzos y la paciencia que son precisos tener para sobre llevar esta lucha incesante.

¡Pero me resigno á soportarlo todo! Siempre he hecho el sacrificio de mi persona para el bien de mi hijo. ¡Y si no hubiera tenido para él el amor que le tengo, no lo hubiera llevado á las sierras!.... pero se encuentra tan bien allá, que prefiero sufrir la separación, con tal que se mejore. Yo me resigno con mi suerte y me someto, como siempre me he sometido á los que mi corazón ama....

— Mi querido hijo, repuso mi padre, no ignoro que siempre has conservado gran cariño y respeto á tus padres. Y por eso no quería que dejases de venir hoy á almorzar con nosotros. En medio de tus preocupaciones, y por ser día de tu llegada, habrás echado en olvido que hoy cumplo años....

— A la verdad, que no me acordaba....

— Es para mí, agregó mi padre, una gran dicha el tenerte á mi lado.

El corazón paterno se ablanda á medida que se acerca á la eternidad; se adhiere con fuerza; se arraiga á los retoños que deja..... Hoy tengo un año más, es decir, un año menos que pasar sobre esta tierra.

Mi cerebro en vez de reblandecerse, está más firme, más sensato; pero el alma desborda, se entenece.....,—en ese momento me levanté y fui á besarlo en la frente; él con su brazo me rodeó el cuello y continuó: — Y deposito en cada una de tus mejillas, los besos más tiernos que puede dar un padre.

Volví á tomar asiento, gozoso de la encantadora escena que acababa de desarrollarse en aquel ambiente de amor y de respeto. Era el primer bálsamo que caía sobre mi corazón desde hacía mucho tiempo.

La conversación siguió desenvolviéndose sobre varios tópicos, hasta que volvió á hablarse de Alta Gracia. Mi madre dirigiéndose á mi, me preguntó:

— ¿Cuándo piensas volver á las sierras?

— No lo sé mamá; pudiera ser mañana, como dentro de ocho días,... un mes...., dos meses...., no lo sé.

— ¡Pero no es vivir el hacer una vida así!

— ¡Y que quieres! suponte que se empeore Mario, y en ese caso, por necesidad, abandonaría

todos mis quehaceres, y volaría á su lado.

— ¡Pero no debes llavar las cosas á ese extremo! Marito ahora sigue bien, y debes estar más tranquilo.

— Es cierto lo que tu dices mamá. Pero como padece de una enfermedad tan larga y tan llena de peripecias, no es de extrañar que pudiera agravarse en cualquier momento.

— Tengo el presentimiento de que ese niño vá á seguir mejor cada día.

— ¡Dios te oiga!

Mi padre terció en el diálogo que yo sostenía con mi viejecita, y prorrumpió:

— Sin que tu me dijeras la marcha de la enfermedad de tu hijo, por tu correspondencia yo estaba al corriente de como seguía. Tus primeras cartas, eran indecisas; tu espíritu estaba intranquilo, pero después leía tus últimas cartas, en las que reflejabas el estado de tu ánimo; se veía que tenías más esperanzas.

Me has escrito en el idioma de Cervantes algunas cartas, y otras en el idioma de Boileau. Tú, que has estudiado tanto la gramática castellana como la francesa, y que conoces las reglas gramaticales, no sabes escribir ni en castellano ni en francés. No es posible que sepas escribir estos idiomas porque no los has estudiado bastante.

Acuérdate de aquella crítica francesa:

*Il faut être ignorant comme un maître d'école*

Pour se vanter de dire une seule parole  
 Que quelqu'un ici bas, n'ait pu dire avant nous,  
 C'est imiter quelqu'un, que de planter des choux.

Esta crítica es absolutamente justa. Un profesor, puede conocer todas las reglas del acuerdo de los participios, todas las reglas de la sintáxis, como el viejo Garalde, y ser un ignorante como él, y además *pretencioso*; porque esa gente que reprocha con acritud la falta de un acento, peca en sus construcciones, pobres y huecas de buen sentido, en cuya elaboración emplean una fraseología huera, aunque rimbombante y campanuda. Para llegar á escribir un idioma, es preciso leer á los puristas; acostumbrarse á su manera de expresión, á fin de evitar los hiatos, la cacofonías, los pleonasmos, las repeticiones inútiles de palabras: las *ies*, los *peros*, los *entonces*, etc., etc.

En nuestra naciente escuela, podría citarte algunos autores que figuran como modelos de escritores.

En sus *Estudios y Artículos Literarios* así como en su *Teoría literaria*, Calixto Oyuela ha hecho la crítica de la literatura y ha sentado reglas para expresarse bien.

Después de almorzar busca en mi biblioteca; «Mis Montañas» de Joaquín V. González; «El casamiento de Laucha» de Roberto J. Payró. «Hojas al Viento» de Guido Spano, «Redención» de Angel de Estrada. Las «Odas de Horacio» de Osvaldo Magnasco. — ¡Magnasco es un purista de ver-

dad! Con razón se le cita como modelo. Busca las obras de Goyena, Mitre, etc., etc. Toma nota de ellas; lee una á tu gusto, busca los "Artículos literarios" de Oyuela, léelos primero, á fin de poder apreciar y analizar los otros.

— Tendrás razón papá; pero tú sabes que yo no tengo tiempo de leer novelas, ni poesías, Apenas me queda tiempo para estar al corriente de los últimos progresos de la medicina, y para ello tengo que leer las revistas que me llegan de Europa.

— Las obras de ciencia pura, son demasiadas abstractas para que pueda cultivarse en ellas la literatura florida.

Los novelistas, los poetas buscan las bellezas del lenguaje, quieren atraer, fascinar con las galas y encantos de la dicción selecta y armoniosa.

Los torneos literarios han premiado muchas obras cuyo mérito consiste en ser fantasías bien desarrolladas.

Esas novelas, no son el fiel reflejo del pensamiento de un pueblo; pero el novelista, el poeta hallan en esas composiciones la ocasión de exponer bellísimos estudios de costumbres, donde la vida está pintada con vivos colores. En esas obras se ensalza la moral, interpretando de la mejor manera posible las pasiones humanas, y se anatematiza la crápula, las perfidias, las combinaciones lentamente estudiadas que no se desatan sino en el momento psicológico. Estos autores

hacen lo que el anatomista sobre el cadáver: la patología del alma, y del corazón humano.

Es increíble ver á que punto, Leopoldo Lugones, Angel Estrada y su escuela han sondado, comprendido todas las vicisitudes, y las torpezas de la humanidad.

Nosotros, médicos, comprendemos los dolores, los males que sufren los enfermos, confiados á nuestro cuidado, y debemos también darnos cuenta de que se puede igualmente sentir los que el alma sufre, describirlos, pintarlos, en fin hacer de ellos fotografías impresionantes.

El vulgo cree que el personaje que está en acción, es casi siempre el autor mismo; mientras que el autor, no es más que el narrador que describe los episodios de las clínicas á las cuales ha asistido; que siente los desgarramientos del yo íntimo, y tiene por enfermos á la sociedad.

— Agradezco, la interesante lección que acabas de darme, pero francamente, en vez de ir después de almorzar en busca de aquellas obras que acabas de mencionarme, prefiero ir á hacer examinar los esputos de mi hijo, para saber si aun contienen bacilos de Koch.

— Lo uno no quita lo otro.

— Te equivocas papá, el dolor que me produce la enfermedad de mi hijo, no me permite ocuparme en otra cosa. Si me dijeras que Roux, Marmorek, Behring, Kitasato ó algún otro han dado á luz algo nuevo sobre la tuberculización

pulmonar, entonces si que leería con avidez sus producciones.

¡Y con qué placer haría anotaciones al márgen de un libro de esa clase! ¡Cómo pondría en práctica lo cierto y lógico que aconsejara la tal obra! ¡Pero novelas....., poesías....., no. No tengo tiempo para ello...

Mi padre quedó un momento pensativo, y después de una breve reflexión, continuó lentamente, y recalcando mucho sus palabras:

— Hijo mío; dijo, el tiempo pasa..... Y yo le interrumpí:

— Y la eternidad se acerca.—Los ojos de mi padre me miraron fijamente, y luego con la sonrisa en los labios exclamó:

— ¡Acabas de decir un absurdo! Lo que es eterno, añadió, está como Quevedo: ni vá, ni viene, ni está quedo.

Todos refmos la ocurrencia.

El almuerzo había llegado á su término, y yo me preparaba para abandonar la casa paterna para dirigirme al Laboratorio de la Asistencia Pública.

Al despedirme de mi padre, me dijo para consolarme, que creía que no se encontrarían bacilos de Koch en el nuevo examen.

— ¡Bastante se lo he pedido á Dios, y estoy seguro que El me otorgará esa dicha! repuse.

— ¡Pero hijo, como te has atrasado en las montañas!

— ¿Por qué papá?

— ¡Pues toma, porque acabas de decir otro absurdo! Me dices que le has pedido algo al Ser Supremo, con la convicción de obtenerlo; y naturalmente que tú no tienes el don de hacer que Dios te conceda cuanto le pidas; pues si así fuera, serías el más feliz de los mortales.





## IX

# LA PRIMERA VISITA

Los mismos médicos que habían encontrado los bacilos de Koch, volvieron á examinar los esputos que acababa de traer.

¡Con qué emoción volví á entrar en aquel Laboratorio donde hacía poco más de un mes y medio había recibido la triste noticia de la presencia de bacilos de Koch en los esputos de mi hijo!

En la primera preparación no se encontraron bacilos; hicieron una segunda y una tercera y

siempre con resultado negativa. En fin se hizo una cuarta y tampoco se pudo ver nada. Badía, Greslebin, Fernández, todos miraron las cuatro preparaciones, y no se pudo apercibir un solo bacilo de Koch.

— ¡Parece mentira, les decía yo, que no haya bacilos de la tuberculosis!

— No se encuentra ninguno, me respondía el Dr. Badía; y dirigiéndose al Dr. Greslebin le preguntó:—¿Vd. ha encontrado algo doctor?

— No doctor, le contestó Greslebin, no puedo hallar, por más que busco.

Yo estaba loco de alegría. De taciturno y sombrío que estaba hacía un momento, me había vuelto locuaz y bromista.

— Se lo voy á comunicar á la madre; dije dirigiéndome al Dr. Badía.

— No doctor Tatén; no le comunique nada al respecto, no vaya á ser cosa, que por no encontrar bacilos en los esputos, vaya á descuidar al enfermo. Creo que sería más prudente, que Vd. le dijera que del examen de los esputos, se desprende que el enfermito está en vías de curación.

— Tiene Vd. razón, le dije, y así lo haré.

Después de recibir las felicitaciones de todos ellos, me retiré de la Asistencia Pública y corrí á dar la buena nueva á mis padres. Mi padre me recordó lo que me había dicho, de que no se encontrarían bacilos, lo cual le dió motivo para

hacerme una larga disertación filosófica acompañada de reproches por mi carácter tan aprehensivo.

¡Qué me importaban, todas las reprimendas de mi amado padre, cuando me constaba que mi hijo seguía mejor!

A pesar de los consejos que me dió el doctor Badía, de no decirle nada á mi esposa, no pude contenerme, y, si bien es cierto que no le puse un telegrama, pues tal era mi intención, le escribí una larga carta, en la cual le decía, que no se habían encontrado bacilos de Koch, pero que esto no quería decir que nuestro hijo estuviese curado. De manera que todas las precauciones debían seguirse tomando con más tesón aun que antes; porque el nene cobraría pronto bríos y daría mucho trabajo el tenerlo en reposo.

Día por medio recibía carta de mi esposa, comunicándome el estado de mi hijo; por ellas veía que mi idolatrado enfermo seguía mejor, y que iba recuperando las fuerzas perdidas.

A los cuarenta días, no pude soportar más aquella separación, y resolví hacerles la primera visita.

El estado de mi ánimo se había modificado favorablemente desde que conocía la mejoría de mi hijo. Pero aun estaba muy lejos de conseguir la tranquilidad que tanta falta me hacía, para poder dedicarme de lleno á mis ocupaciones.

Solamente los que han pasado por estos amar-

gos trances, pueden comprender el estado de tensión nerviosa en que se vive, estando lejos de sus enfermos queridos. Siempre se imagina uno, lo peor de lo más malo. ¡Con qué impaciencia se espera la hora de la llegada del cartero! ¡Y con qué mezcla de alegría y de temor se abren las cartas! ¡Cuántas emociones de todos los matices, se experimentan, cuando se está á la expectativa de la marcha tan larga de una enfermedad, como la tuberculosis!

¡Esa separación de cuarenta días fué para mí un siglo! No podía resistir al deseo de volverlos á ver; de oír de sus propios labios, las penurias que debían haber pasado durante mi ausencia! ¡Quería examinar de nuevo á mi Mario para conocer si la ausencia de bacilos, marchaba á la par de la lesión pulmonar, ó si era una tregua de esta en aquel organismo, para recrudecer después.

Me puse en viaje, lleno de esperanzas; no había duda de que lo encontraría mejor.

¡Con qué placer hice esa primera visita!

¡Que diferente fué este viaje, de aquel que había hecho tres meses antes! Ahora todo me llamaba la atención. Mientras que en aquel entonces....!

.....  
.....

Después de haber arreglado mis equipajes en el camarote, fuí á tomar asiento en el comedor

del tren y me puse á ojear los diarios de la tarde, hasta que llegó la hora de cenar.

Después de comer, pasé á mi camarote, pero no pude conciliar el sueño durante toda la noche, debido á que mi compañero que ocupaba la cama alta, roncaba como un bendito.

Cuando me levanté á la mañana siguiente acabábamos de pasar la estación "Tío Pujio".

La locomotora devoraba con igual velocidad la campiña verdosa y los trigales dorados; pasamos envueltos en una nube de polvo delante de un pueblecito en cuya estación se encontraba reunida mucha gente, esperando el tren local que venía atrás del nuestro.

Seguimos nuestra carrera á prisa, y al pasar el tren, envolvió en su humo, la cara de un paisano que se encontraba cerca de la vía, al parecer atontado, al contemplar como aquel convoy se deslizaba sobre los rieles. ¡Pobre gauchol no comprendía aun el empuje del descubrimiento de Stephenson; apreciaba tanto lo que se ofrecía á sus ojos, como lo pudieran entender sus tiernos corderos que acurrucados en el borde de un charco de agua, levantaban primero curiosamente la cabeza al ruido tronitoso de los wago-nes, y huían después espantados para detener su carrera al poco andar, mirando de nuevo al ferrocarril que iba devorando la distancia.

Así pasamos las últimas estaciones del camino: Lozada, Alto de Fierro, después de la cual pa-

samos delante de una calera y el tren se detuvo finalmente en Alta Gracia.

¡Con qué alegría volví á ver á mis seres queridos!

¡Con qué satisfacción contemplé aquel hijo enfermo, que había creído perdido!

El estado general de Mario había mejorado notablemente; más tarde verá el estado local de su lesión.

Mi esposa empezó por darme detalles minuciosos de todo lo que había notado en el nene.

— Aquí hay varios enfermos que te esperan para que los veas. Me dijo Magdalena.

— Yo no he venido para ver enfermos, exceptuando á éste, repuse señalando á mi hijito, que me miró sonriendo.

— Tú sabes, añadió mi esposa, lo que son estos pueblecitos de campo. Es preciso ser condescendiente....

— ¿Todavía no tienen médico en el pueblo?

— ¡Quien quieres que venga á este pobre pueblo....! No te niegues; estos pobres enfermos, están abandonados, sin saber lo que tienen que hacer.

— Bueno; pero el día de hoy, quiero pasarlo al lado de Vds., y mañana empezaré á visitar los enfermos que me han llamado. ¡Creo que es justo....!

— ¿Y vienes por muchos días?

— Por cuatro días solamente.

— ¡Tan poco....!

— ¡Y que quieres! me es imposible abandonar mi clientela.

Nos sentamos á la mesa. Observaba el apetito de Mario.

— ¿El nene come siempre así? le pregunté á Magdalena.

— Siempre come muy bien; á cada rato pide de comer.

— Es muy buen signo.

— ¿Que te parece su estado general?

— Muy bueno, pero mañana antes de levantarlo lo voy á examinar, y entonces podré decirte como se encuentra. En estos enfermos, no hay que fiarse de las apariencias. ¿Y la tos como vá?

— Ya te lo he dicho en mis cartas; la tos ha disminuido muchísimo; solo tose un poco cuando se acuesta. Durante el día apenas se le oye.

— ¿Has tomado religiosamente la temperatura...?

— Tres veces al día. Ahí he guardado, añadió señalando un baúl, el cuadro térmico, y he anotado hasta las horas en que le colocaba el termómetro. Nunca le he notado fiebre.

— ¿Estás bien segura Magdalena de lo que me dices?

— ¡Cómo quieres que te engañe!

— ¿Sigue sudando de noche?

— ¡Ah, eso sí! Los sudores siempre siguen, aunque no tan copiosos como antes....

Dos palmadas en la puerta que daba á la calle nós hizo volver la cabeza hacia aquel lugar; ví á un muchachote alto, delgado, con su chambergó en la mano, quien después de darnos las buenas tardes, preguntó en nombre del mayor Cantos, como había llegado el doctor, y que le mandaba una cartita.

Tomé la carta, la leí, y en ella me pedía que tuviese la fineza de hacerle una visita como médico y como amigo.

Le contesté que iría al día siguiente por la mañana. El muchacho se retiró y yo me levanté de la mesa para quemar la carta y el sobre, después de lo cual me desinfecté las manos.

Toda carta que me llegaba de personas á quien no conocía corría la misma suerte. Tomaba esas precauciones, porque hay que temer sobre todo en aquellos parajes, el contagio de la Tuberculosis, y en cuanto cabe, debía evitar, destruyendo por el fuego, todo papel que pudiera ser manoseado por mi hijo. Era uno de los tantos medios de hacer que todos en la casa tuviesen horror á cuanto pudiera ser motivo de contagio.

Volvimos á reanudar nuestra conversación, y mi esposa continuó:

.....Como te decía, el nene no suda como antes. Además he notado que el apetito vá en aumento cada día, á tal punto que me resisto á darle todo el alimento que me pide por el temor de una indigestión.

— ¿Lo has pesado?

— Hoy lo he pesado en la balanza de la estación.

— ¿Ha aumentado de peso?

— En Buenos Aires tu recordarás que lo pesamos antes de salir, y la balanza marcó 17 kilos; y hoy pesa 20 kilos. ¿Te parece poco?

— Me parece mucho. Porque una criatura de esta edad, no hubiera debido aumentar más de dos á dos kilos y medio. Poco importaría que aumentase de peso rápidamente, si el estado general y local no mejoraran paralelamente.

— Estoy deseando que lo auscultes, para saber como lo encuentras.

— Lo voy á examinar mañana antes de levantarlo de la cama..... Hubo una pausa.....—Antes que me olvide, continuó mi esposa, debo de advertirte que el albañil me dijo ayer que esta tarde vendría, para arreglar contigo la disposición de los techos de la casa que has mandado construir.

— ¿Pero aquí no hay constructores de obras...; arquitectos....?

— Mi esposa se echó á reír, dándome á comprender lo pueril de mi pregunta; y yo proseguí:— Podría haberlos!

— ¡Qué quieres que haya aquí, en estas alturas! Aquí no hay más que piedras y mucho aire, como á tí te gusta.

— Para eso hemos traído á Mario; para que respire estos aires.

— ¡Ah! ¡pero yo no puedo habituarme á vivir separada de tí!

— ¡Pero mujer! Es preciso que tengas paciencia; ya véas como el enfermo mejora; no debes desesperarte, al contrario; debes poner todas tus fuerzas para contribuir á la curación de esta criatura....

— ¡Curar....! dijo suspirando.

— Si curar.

— Don Gonzalo me dijo, que nadie curaba de esta enfermedad.

— ¿Quién es, ese sabio don Gonzalo?

— Un señor del Rosario, que está aquí enfermo de tuberculosis.

— ¡Escucha Magdalena...! Los tuberculosos que se cuidan y siguen los consejos de quien los atiende, si su organismo es aún resistente, se sanan. Los tuberculosos que están gastados por los vicios ó por la edad, y que se encuentran sin resistencia orgánica, no curan en ninguna parte, ni en ningún clima..... No creo que este sea nuestro caso.... Ya verás más adelante, cuando tengas la oportunidad de observar más de cerca á esta población, ya verás te repito, cuantos enfermos se van curados.

— Si; pero mayor es el número de los que se mueren.

— La tuberculosis puede matar un enfermo, como puede matarlo una pulmonía, una fiebre tifoidea ó una escarlatina. Hay formas de tuber-

culosis que son mortales desde el principio de su evolución. He visto morir bacilosos en quince días. Conozco enfermos desde que yo era estudiante de medicina, y que aún arrastran su enfermedad no teniendo miras de terminarse la vida de esos enfermos, si no viene otra enfermedad en ayuda del bacilo de Koch. Entre estos dos extremos, puedes colocar todos los que te plazca. Así es que el enfermo, puede ser liquidado en pocos días, ó vivir tuberculoso durante toda su existencia muriendo de otra cosa. Ahora si pasamos á la otra clase de enfermos, es decir, á los curables, se observa que pueden curar en poco tiempo ó pueden tardar dos ó más años.

El toque de alarma para el tuberculoso suena una sola vez; y aquél que no quiere hacer caso de él, difícilmente llegará á sanar.

En cuanto nosotros advertimos las primeras llamaradas del incendio que empezaba á quemar el organismo de nuestro hijo, corrimos á apagarlo. Otros, se dejan estar; no creen en la gravedad de la enfermedad, y después que los pulmones están invadidos, quieren poner en juego todos los recursos de la ciencia; recursos entonces estériles, porque ni los medicamentos, ni el clima, ni nada los curará.

¿Así es, que tienes esperanza en que Mario se sanará?

— Tengo muchas esperanzas en que llegará á curar, salvo el caso que estallara una forma mi-

liar; es decir de esas formas que llaman galopantes, ó una complicación cerebral....

— ¡Qué impaciencia me dá al oír á ustedes los médicos, hablar de esa manera!

— ¿De qué manera?

— ¡Pues de esa; de que se curará si no viene una forma tal ó cual, ó una complicación acabada en *itis*....

— Hablas con el dolor de madre, y respeto tu dolor. Pero yo como médico debo decirte la verdad. El médico no es un adivino.....

— ¡Pero en fin! ¿Para qué les sirve á ustedes el estudiar tanto, si después de examinar durante días y días un enfermo, no saben si vá á curar?

— Los que no conocen la medicina, usan el mismo lenguaje que acabas de emplear. No se dán cuenta de que no se trata de una ciencia exacta. Exigen de ella más de lo que puede dar.

Existen enfermedades cuyos síntomas pueden ser muy benignos en un enfermo, y muy graves en otro.

Es incomprensible para el vulgo, como una pulmonía pueda ser benigna para un niño y gravísima para un hombre de más de cincuenta años. El niño tiene sus órganos sanos; en cambio el anciano tiene un corazón gastado; sus arterias ruedan bajo el dedo que las comprime como si fueran gruesos piolines; y en estas condiciones se encuentran también aquellos enfermos adultos

pero cuya vida desordenada á hecho de ellos viejos prematuros.

— Y; ¿cómo oigo decir á cada rato que el hijo de fulano y el de zutano se han muerto de pulmonía?

— Dicen de pulmonía, porque el público comprende mejor lo que es esa enfermedad y no la bronco-neumonía.

— Sin embargo, ahí tienes el niño de Gutiérrez: tuvo sarampión, pero sobrevino una complicación pulmonar y tres días después murió. ¿Y á ti mismo no te parece raro ese desenlace?

— Lo que me hubiera parecido raro es que hubiese curado.

— ¿Cómo así?

— Las complicaciones bronco-pulmonares en la primera infancia consecutivas á un sarampión son casi siempre mortales.....

Mientras sosteníamos esta conversación, Mario se había ido á dormir la siesta.

Nuestra charla fué interrumpida por la llegada del maestro albañil, con el cuál me entretuve un buen rato, indicándole lo que deseaba y en la forma que quería los ángulos de los cuartos, la altura y los techos de mi casa, y quedó convenido que al día siguiente yo iría á la obra, que según lo estipulado debía estar concluida en dos meses.

Al día siguiente apenas Mario hubo abierto los ojos, lo examiné. Todavía persistía una ligera

bronquitis de rales gruesos, que desaparecían haciendo toser al niño, lo que me permitía darme exacta cuenta del estado de sus pulmones.

El pulmón derecho respiraba normalmente y no percibía ningún ruido anormal. En cambio en el vértice del pulmón izquierdo, la respiración era sibilante; silba que se extendía á todo el pulmón, pero que era más pronunciada en la parte anterior. No había crujidos ni crepitaciones.

El proceso de cicatrización ya había empezado.

De muy buena gana le hubiera hecho en ese vértice una fuerte revulsión con puntas de fuego, pero no teniendo el termocauterio de Paquelin, tuve que conformarme con hacerle embrocaciones de Tintura de Iodo, repitiendo las pinceladas durante los días que permanecí á su lado.

Los ganglios del cuello estaban reducidísimos, habiendo desaparecido lo que se llama en medicina la respiración de Schmidt y las placas de Guéneau de Mussy, que son signos ciertos de la adenopatía traqueo-brónquica.

La mejoría que se notaba en mi hijo, era á todos luces notable. Todos los síntomas iban desapareciendo paulatinamente. Ya no había vómitos. No se encontraban bacilos de Koch en los esputos. La inflamación de los ganglios había casi desaparecido. La fiebre había cesado por completo. El apetito era voraz. El estado general, admirable. El peso había aumentado.

¿Qué más se podía exigir en tres meses de tratamiento?

Concluido el examen abracé á mi hijito. Mi esposa que esperaba impaciente que terminase el estudio de aquel organismo, se acercó de mi preguntándome:

— ¿Cómo lo encuentras?

— Muy bien.

— ¿No me engañas?

— No Magdalena, no te engaño. El nene no puede seguir mejor.

Abrazó á su hijo; y las lágrimas del placer asomaron á sus ojos.

La pobre madre, loca de alegría, en su delirio llamaba á su Mario: ¡Angell! ¡Tesoro! ¡Amor! y mil otras cosas.....

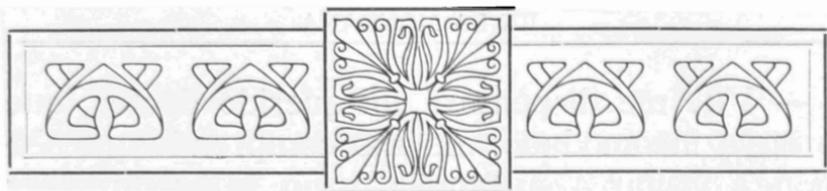
Un rayo de sol penetró por la ventana, inundando de luz y de alegría aquel cuadro admirable, que me hizo trocar el aspecto severo del médico, por el jovial del padre que está contento.

Yo también me sentía emocionado.

Me retiré al cuarto contiguo, para que no vieran las lágrimas rodar temblando sobre mis mejillas, y poder tranquilamente en el santuario de mi corazón elevar mi pensamiento á Dios para agradecerle su ayuda.

---





## X

# EL MAYOR CANTOS

Al día siguiente de mi llegada, fui á visitar al mayor Cantos, como se lo había prometido.

El mismo salió á recibirme. Era un hombre más bien alto, bien plantado, tez mate; un grueso bigote negro cubría el labio superior; vestía de civil, pero, por su manera de caminar, su desenvoltura, su marcialidad en el saludo, su saco de grano de oro, color gris plomo y completamente abrochado, se denunciaba el tipo de nuestro militar de línea.... Me esperaba..... vino hacia mí tendiéndome la mano, y me saludó amablemente.

— Vd. me dispensará, mi querido doctor, que lo haya incomodado, me dijo; comprendo que Vd. viene á visitar á su familia, y no le ha de hacer muy feliz el que lo saquen del lado de los suyos, después de tan larga separación. ¿Pero qué hacer, mi doctor, aquí abandonados, sin médico;... en cuanto viene uno de Vds. de Buenos Aires lo aprovechamos..... ¡Pase, doctor, pase!

Me señaló una puerta abierta, que daba entrada á un pequeño comedor, coquetamente amueblado; en la pared colgaba una panoplia con armas de la edad media, en un ángulo había unos trofeos de fusiles, en que se veía un chasse-pot, un remington y un viejo fusil de chispa; en otro de los ángulos, otros trofeos de fusiles modernos hacían notar la diferencia del adelanto y perfeccionamiento de las armas; ahí se destacaban un Máuser, un Manlincher y un Martini Reed. En el tercer ángulo había una mesa de trinchar estilo inglés y por último, en el otro rincón, un escritorio sobre el cual podían verse varios libros militarmente ordenados. Una mesa de comedor, un aparador y varias sillas completaban el mobiliario.

Tomé asiento en una silla que me fué indicada.

— Permítame su sombrero. Me dijo estirando su brazo hacia el objeto que acababa de nombrar, y que yo había conservado entre mis manos.

— No se moleste, repuse. A lo cual añadió insistiendo nuevamente:

— Permítame doctor.... Lo tomó, y fué á colocarlo sobre el mármol del aparador, después vino á sentarse á la cabecera de la mesa y continuó:—Ante todo, mi doctor, le ruego que me hable con toda confianza; deseo ser su amigo y le pido que Vd. me trate como á tal. Todo lo que pueda necesitar mándemelo á pedir: caballos, carruajes, peones....., en fin, todo lo pongo á su disposición; quiero y necesito ser su amigo.

Agradecí debidamente ofrecimiento tan espontáneo.

— Cuando Vd. efectuó su primer viaje á estas alturas, dijo el mayor, tuve muchos deseos de incomodarlo para que me examinara; pero no me atreví á llamarlo porque sabía que toda su atención estaba concretada en su hijo. Pero ahora que he sabido que está mejor, he creído que podría dedicarme un momento.

-- Estoy á sus órdenes, le contesté.

— ¡Gracias! repuso el militar haciendo una inclinación con la cabeza, y añadió: Vd. no puede imaginarse por las penurias que he pasado durante el curso de mi larga enfermedad.... Hace seis años que estoy enfermo.... Yo me confieso enfermo.... y me cuido. Como remedios, estoy tomando unos sellos de fosfato de cal; creosota para combatir la tos; vaporizaciones de eucaliptol y al acostarme una inyección de cacodilato de sodio. Como de cuando en cuando tengo fiebre, entonces la combato con la antipirina.

Interrumpiéndole le pregunté:

—¿Quiere decirme como empezó su enfermedad?

— Yo estaba de servicio en la frontera del Sud, me contestó, y enfermé de Influenza. Me quedó una tos gruesa que me obligó á recurrir al médico de mi regimiento, y este me dijo que no era nada.....; un simple resfrío. Viendo que no mejoraba de la tos y que por las tardes tenía fiebre, pedí permiso al Ministerio de la Guerra para regresar á Buenos Aires y hacerme asistir. Conseguido el permiso, y estando de viaje hacia la Capital Federal, tuve que detenerme en Bahía Blanca para tomar el tren al día siguiente. No sé si fué por la agitación del viaje que tuve que hacer á caballo desde la frontera hasta Bahía Blanca, ó por la comida del hostel ó por que, el hecho fué que esa noche tuve un vómito de sangre. Al día siguiente me era imposible seguir mi viaje; figúrese que tuve 40° grados de fiebre. Quedé en asistencia diez días, después de los cuales pude continuar mi viaje.

Quando llegué á Buenos Aires tuve otro vómito de sangre. Me puse en tratamiento, y mejoré mucho; pero la tos nunca se me iba. Quando me sentí fuerte, volví al ejército.... Vd. no ha de ignorar lo que es el servicio de las armas y sobre todo en aquella época en que estábamos abocados á una guerra con Chile..... A los seis meses de haber vuelto al servicio, una noche que estaba franco, tuve un nuevo vómito de san-

gre al salir del teatro. A raíz de este último accidente, el médico que me asistía me mandó al Paraguay donde permanecí cinco meses.

— ¿Le probó bien el Paraguay? pregunté.

— No señor; es decir ni bien, ni mal. Durante aquellos cinco meses, es cierto que no tuve hemorragias, pero la tos no me abandonaba, sobre todo de noche. Un médico de allí me recetó unas píldoras para calmar la tos. Resolví volver á Buenos Aires y los médicos después de varias consultas que hicieron, resolvieron mandarme á la sierras de Córdoba. Un cuñado mío me aconsejó también que viniera adonde Vd. me encuentra....

— Ya veo mayor, repuse, que su enfermedad ha empezado hace mucho tiempo.

— Vea doctor, ¿sabe Vd. lo que me ha salvado?... mi estómago. Aquí me vé Vd. grueso y con un estómago de fierro.

— Es muy posible.... Voy á examinarlo....

Era un enfermo que tenía una enorme caverna en el vértice del pulmón derecho y el vértice del otro pulmón estaba infiltrado. Sin embargo con esos pulmones todavía podría prolongar por muchos años su vida; eran lesiones que habían avanzado muy lentamente y si este enfermo hubiera sido bien dirigido en el tratamiento, no hubiera llegado al estado en que se encontraba. En aquel momento en que tuvo su primer vómito de sangre, fué cuando se le hubiera debido man-

dar á la montaña. Este señor tenía una forma de tuberculosis crónica, y estas son las más fácilmente curables.

Por desgracia no solo era un tuberculoso pulmonar, sino que existían otras clases de lesiones producidas un poco por su edad y mucho por los medicamentos que había ingerido sin ningún método, y que le habían hecho más mal que bien. Su corazón funcionaba mal y el estado de sus arterias esclerosadas hacían de él un enfermo incurable. La circulación de su sangre no se efectuaba bien; los labios eran violáceos lo mismo que el pabellón de las orejas. El abuso que había hecho de los remedios, del tabaco y un poco del alcohol, lo habían llevado á ese estado.

Ya no se trataba unicamente de un tuberculoso sino también de un arterio-escleroso.

Yo hacía estas reflexiones, mientras el enfermo se vestía después del examen efectuado, y, tomando asiento nuevamente en la cabecera de la mesa, me dijo:

— ¿Y cómo me encuentra doctor?... como observó que yo había quedado pensativo, añadió: dígamele francamente, porque soy hombre á quien no lo asusta una sentencia de muerte.

— Las voces que corren en el pueblo, repuse lentamente, me habían hecho un cuadro de su enfermedad mucho más grave de lo que realmente es. Si bien es cierto que Vd. está muy lejos de ser considerado como un caso curado, en cam-

bio el estado de sus pulmones no es tan grave como lo había creído antes de examinarlos. Pero ahora, puedo decirle, que con un régimen severo y sabiendo dosificar los medicamentos, podrá llegar á la curación lenta pero seguramente.

— Los remedios que tomo doctor, los distribuyo de tal manera, que no dejo pasar dos horas sin que mi cuerpo esté bajo la acción de la creosota, del fosfato de cal, del eucalipto, del cacodilato de sodio ó de la antipirina.

— No alcanzo á comprender, como su organismo puede soportar tantas drogas.

Quedó mirándome estupefacto de mi declaración; hice como el que no había advertido esa sorpresa y continué:

— La Tuberculosis es enemiga de los remedios; y á fé mía que Vd. se está medicinando demasiado.....

—Le observo, doctor, que es un médico quien me ha sometido á ese tratamiento. Dijo interrumpiéndome.

— Desgraciadamente hay médicos bastante débiles para dejarse influir y suggestionar por enfermos alocados, dispuestos á aceptar todos los falsos específicos anunciados en la 4ª página de los diarios políticos y muchas veces en los de medicina. Siempre habrá médicos condescendientes que le permitan al enfermo elegir el específico salvador y arrojarse sobre él como si fuera una panacea, capaz de curarle en un decir Jesús

todos los síntomas que presentan los enfermos atacados de este mal. Los bacilosos quieren curar pronto, y en poco tiempo, pero sin hacer ningún sacrificio.

La cura es larga, muy larga; se necesita más paciencia que medicamentos.

Esta enfermedad, no se cura con una medicación continua é intensiva. Con esos tratamientos podrá Vd. mejorar momentáneamente; llegar á una apariencia engañadora de una falsa mejoría, pero pronto toda esa remisión del mal, se disipará.

— Pero..., todos los médicos están de acuerdo en recetar la creosota.

— ¡Según...! ¿Cuanto tiempo hace que Vd. toma la creosota?

— ¡Oh... hace muchos meses!

Toda medicación intensiva y prolongada en la tuberculosis, deja de ser un medicamento para pasar á la categoría de veneno. Desconfíe, mi estimado mayor, de los medicamentos, sobre todo de los nuevos medicamentos. Todos los días encontrará Vd. anunciado un nuevo remedio que cura la tuberculosis, y, sin embargo, todavía no se ha hallado el específico milagroso.

La creosota le secará los bronquios, pero es un medicamento que no tiene tanta inteligencia como para secar únicamente los bronquios y, por consiguiente, le secará otros órganos; sobre todo sus arterias y sus riñones. Lo mismo le diré del

fosfato de cal; calcifica el pulmón pero hace lo mismo con los demás órganos; y Vd. comprenderá que si su riñón participa de esa calcificación, funcionará mal y los venenos formados en el interior de su organismo no podrán ser eliminados por la orina, porque el riñón habrá sido alterado en su estructura por una medicación intensiva que habrá hecho de ese órgano un lugar de menor resistencia.

Tampoco las fumigaciones ó las inhalaciones de eucalipto desinfectarán sus pulmones. Es preciso no conocer la forma de su tuberculosis para darle ese tratamiento, que no hará más que irritar la laringe, la traquea y los bronquios, provocándole congestiones que Vd. no necesita.

En cuanto á las inyecciones de cacodilato de sodio no debe Vd. inyectarse esa preparación cuando tenga fiebre; es preciso no aumentar las combustiones.

La antipirina de la cual Vd. me habló, es un mal antitérmico para el tuberculoso. La antipirina es cierto que le bajará la temperatura, pero le provocará sudores....., y los tuberculosos no deben sudar. De manera que una medicación que provoca un síntoma que debe ser evitado, es una mala medicación. Por consiguiente no provoque esos sudores que sabemos cuando empiezan pero que ignoramos cuando acaban.

Vd. debe cuidar el corazón, las arterias, el hígado, los intestinos; el riñón, el estómago. Todos

sus órganos deben estar en buenas condiciones para la lucha contra el mal; no debe castigarlos ni cansarlos con medicamentos que los irritan.

El reposo, la alimentación bien dirigida, y este clima son sus mejores remedios.

Abandone toda esa farmacia que le hace más mal que bien, y verá como recupera sus fuerzas y se siente mejor.

— Vd. me permitirá que le diga, que yo experimento que esos remedios me hacen bien.

— No lo crea; le hacen mal. Vd. no está preparado para comprender la acción nefasta que tienen esos medicamentos sobre su organismo. La cura que Vd. debe hacer, es la cura higiénica cuyo agente principal es el reposo. Los medicamentos activos dados en pequeñas dosis durante un corto tiempo pueden concurrir á ese resultado. Pero administrados en fuertes dosis y durante largo tiempo, lejos de dar un empuje á la vida celular, impiden su funcionamiento y se convierten en venenos que añaden sus efectos funestos á los producidos por los venenos microbianos.

En cambio, el reposo, moderando los esfuerzos y el trabajo de las células, le permitirán recuperar las fuerzas agotadas.

— Yo hago vida de reposo, mi doctor. A lo cual le contesté:

— Vd. lo cree así, y sin embargo á mi no me parece. Vd. vive agitado; pues me han dicho que está haciendo construir una casa con todo el con-

fort posible. Vd. lucha continuamente con los operarios; discutiendo con ellos, se agita, vá al rayo del sol...

— Pero siempre con el quitasol abierto.....

— Para Vd. ese quitasol es un peligro, porque no le impide estar durante largo tiempo recibiendo el reflejo de los rayos solares.

Por otra parte, Vd. vive encerrado en sus cuartos, lo cual es un grave error. El aire y la alimentación intensiva bajo un pequeño volumen activarán la nutrición reparadora de todas las partes de su organismo. La cura higiénica es el verdadero contraveneno del envenenamiento tuberculoso. Esa cura higiénica, no me cansaré de repetírselo, está fundada en tres agentes curativos indispensables: el reposo, aire puro, y alimentación apropiada; y todo ello rodeado de múltiples precauciones saludables.

Es muy simple, y sin embargo es muy difícil hacerle seguir al enfermo las prescripciones minuciosas de esta cura, y decidirlo á aceptar este único tratamiento.

— ¡Pero doctor, si Vd. me suprime los medicamentos, si Vd. no me dá nada, nunca podré curar!!

Me sonreí y le dije:

— ¡Cómo! ¿Vd. llama nada: al reposo reparador de su organismo gastado? ¿á la aereación continua y no interrumpida que obra como un bálsamo sobre sus pulmones oxigenándolos y

dándoles vida nueva? ¿A la alimentación intensiva y poco voluminosa que renovará continuamente las células gastadas?.... El mayor Cantos movía de manera casi imperceptible la cabeza con signos de negación..... No me importaba.... continué:—Ya veo que Vd. no cree que esos son verdaderos medicamentos; dirían que Vd. necesita venenos ó por lo menos una substancia curadora capaz de dejarlo como nuevo en ocho días. Diríase que Vd. está impresionado por los cuentos de curaciones imaginarias y milagrosas, obtenidas por el sinnúmero de drogas propuestas á la esperanza y á la credulidad de los enfermos de su clase. La cura higiénica emplea pocas veces medicamentos activos. Debe ser seguida durante mucho tiempo, y por eso no está al alcance de los tuberculosos pobres ó ricos. Los pobres carecen del dinero necesario para vivir sin hacer nada; y los ricos abusan de su dinero para divertirse y cansarse....

— Yo me encuentro en un término medio.

Repuso el mayor.

— Perfectamente. Vd. es de los llamados á curar.

Me miró fijamente y tomándome la mano, me preguntó sonriendo como quien no cree en la contestación:

— ¿Me dice Vd. la verdad?

— Toda la verdad, repliqué. Hizo un movimiento de cabeza acompañado de una triste sonrisa

como el que está convencido de lo contrario... Y tenía razón. No era el pulmón lo que concluía con la vida de ese militar, era su corazón, sus riñones. Yo tenía la obligación de engañarle, de esconderle la verdad, puesto que me encontraba impotente para devolverle la salud, pero tenía el deber de prolongar esa vida, la cual podía luchar mucho tiempo. Y proseguí: — Vd. llegará á curar lentamente porque no ha empezado la cura higiénica completa desde el principio de su enfermedad. Vd. ha pasado varios años en la indisciplina y ahora es necesario mucho tiempo para recuperar lo perdido:

— ¿Cuanto tiempo le parece que necesitaré para curarme?

— Esa es una pregunta de difícil contestación.... El tratamiento precoz y racional, no solamente es económico, sino también infalible.... Vd. ha tenido verdadera suerte al no estar enterrado, siendo así que ha arrastrado el principio de su enfermedad cometiendo las peores imprudencias.

— ¿Y qué me aconseja, doctor?

— Ante todo, no debe tomar ningún medicamento. Suprimir el tabaco....

— ¡Caramba!

— Nada de exclamaciones....

— Pero, mi querido doctor, si Vd. me prohíbe el cigarro, me saca la única distracción que tengo. ¡Concédame fumar.... no sea tan exigente....!

— Nada...! hágase Vd. cuenta que es una orden

de su superior, la cual Vd. no puede discutir, sino acatarla sin chistar, como cumple á todo militar que ha jurado obediencia.

— Pero me voy á morir de aburrimiento!

— No se va á morir ni de su enfermedad, ni de aburrimiento. Vd. buscará la distracción en la lectura de los diarios, en novelas, en las obras militares sin prolongar el estudio; lea libros de balística, tácticas extranjeras etc., lea, pero no estudie. Escriba, distráigase con juegos de dominó, ajedrez etc. Yo no le prohibo dar su vueltecita en carruaje, con la condición de que Vd. no haga ningún esfuerzo,... en fin, ya vé Vd. que no necesita del tabaco para distraerse.

— Vd. me ha retirado los medicamentos....

— Si mayor.....

— ¿Y si tengo fiebre que hago?

— Cuando tenga fiebre, no debe caminar, ni salir en carruaje. Podrá tomar un poco de quinina en pequeñas dosis: 20 ó 30 centigramos, unas dos horas antes de que se presente el acceso febril. Pero debe convencerse que no habrá hecho más que retroceder la hora de la aparición de la fiebre. El mejor antitérmico de esta enfermedad, es el reposo.

— ¡Así es que la antipirina debo suprimirla completamente!

— Completamente. No debe Vd. emplear ni la Antipirina, ni la Fenacetina, ni el Piramidon, ni la Antifebrina, ni la Aspirina, ni la Criogenina...

en fin ningún antitérmico á excepción de la Quina.

— Y cuando me ataca la tos que parece que me ahogo, ¿puedo tomar un poco de morfina ó láudano?

— No señor. Con un corazón como el suyo, y los riñones en el estado en que Vd. los tiene, no debe emplear los opiáceos.

— ¡Así es que no encuentra sanos mi corazón ni mis riñones!

— No le diré que están enfermos, pero su funcionamiento no es completamente normal, y es preciso entonces evitarles todo medicamento que pueda concluir por alterarlos.

— Es que hay momentos, en que la tos me cansa tanto que debo tomar algo para calmarla, porque me impide hasta dormir.

— Pues bien; en esos casos, y solamente por excepción podrá Vd. recurrir á la dionina en dosis de 0.01 centígramo. Pero ya le repito, que por excepción.

— ¿Y si me resfrío que debo tomar?

— Si es un simple resfrío de cabeza, lo que llamamos los médicos Coriza, puede tomar un rapé compuesto de una parte de Mentol y 10 gramos de subnitrato de bismuto y almidón. Y si tuviera más tos que la de costumbre hágase preparar unas pildoritas que contengan cada una ocho centígramos de Benzoato de sodio y dos centígramos de Trementina, y puede tomar dos de estas

pildoritas antes de cada comida. Total cuatro por día.

Estos remedios no tienen la pretensión de curar la tuberculosis y por eso son útiles á los tuberculosos.

— ¿Y sobre la espalda y el pecho no debo ponerme nada?

— Puede de cuando en cuando aplicarse unas pinceladas de Tintura de Iodo.....

— Yo suelo respirar los vapores de Tintura de Iodo, porque me han dicho que eran desinfectantes.

— No lo vuelva á repetir, porque los vapores de Iodo que Vd. hace penetrar dentro de sus vías respiratorias, le irritará los bronquios y le provocará accesos de tos, y Vd. no necesita irritar sus bronquios.... Como le decía, puede hacerse aplicar embrocaciones de tintura de Iodo, pero trate de que no le produzcan una acción cáustica hasta el extremo de formarle una llaga.

— Es decir que si tengo un vómito de sangre, tampoco debo tomar ningún remedio?

— La hemoptísis, quiero decir, el vómito de sangre, es un accidente evitable; es debido casi siempre á imprudencias cometidas por los enfermos. Un tuberculoso que no hace ningún exceso de marcha, de alimentación, de ascensiones á las montañas, de charla, que no toma baños de sol, ni comete otra clase de excesos, no debe tener hemoptísis. Se ha dicho que al llegar á las altu-

ras en estos climas secos y tónicos, los tuberculosos estaban predispuestos á las hemoptísis. Lo que hay de verdad en esto, es que en estos climas en que los enfermos vienen á admirar esta naturaleza sublime, están inclinados á caminar, á hacer excursiones bajo un sol abrasador, á fatigarse y por fin á congestionar sus pulmones. Pero si son prudentes, si se cuidan, nunca tienen hemoptísis en estos climas secos y tónicos. En cuanto á los climas húmedos los tuberculosos tienen menos hemoptísis que en las alturas, porque el mal tiempo les impide cometer imprudencias, como lo hacen en el clima de altitud.

— Suponga doctor, que yo cometa una imprudencia y tuviere una hemoptísis?

— Es que yo supongo que Vd. será juicioso y no hará ninguna imprudencia.

— Bueno, pero suponga que la haga.

— En ese caso, deberá guardar el reposo más absoluto, no hablar, guardar cama, hacerse colocar varias almohadas de manera que su pecho esté levantado. Tomar cada hora una cucharadita de la siguiente preparación: Ergotina 1 gramo. Infusión de Ipeca 80 gramos. Jarabe de diacodio 20 gramos. Ventosas.

— ¿Y para el método de vida que debo seguir que indicaciones me dá?

— Vea. Por de pronto debe cesar toda preocupación fija. Así pues, debe Vd. abandonar la la vigilancia personal del edificio que está ha-

ciendo construir. Debe levantarse entre las 7 1/2 y las 8 en verano y entre las 8 1/2 y las 9 en invierno.

En seguida tomará el desayuno.

— ¿No le parecería bien que hiciera gimnasia respiratoria?

— La gimnasia respiratoria es muy buena, pero no en su caso, porque es necesario no agitar su corazón bajo ningún pretexto. Podrá pasearse por estos corredores, le dije señalando los amplios corredores que había frente al comedor, entre 10 y 10 1/2 de la mañana. Luego descansará ahí mismo una hora antes del almuerzo. Durante este reposo, se acostará en una *chaise longue* ó sentado en un sillón y tendrá la precaución en invierno de cubrirse los pies y las piernas con una manta, además puede leer mientras está sentado.

Después del almuerzo quedará sentado durante media hora y en seguida dormirá una siesta de dos horas en la galería ó en un cuarto en que la ventana permanecerá abierta. A las 4 1/2 hará una merienda. A las 5 1/2 podrá salir en carruaje hasta las 7, en verano. En invierno si el tiempo es seco, y lo es durante todo el invierno en estas alturas, saldrá en carruaje de 4 á 5. Al regresar del paseo podrá leer ó escribir ó distraerse en algún juego que no lo canse: Barajas, ajedrez, etc. De 7 1/2 á 8 la comida en invierno, y de 8 á 8 1/2 en verano. Se acostará de 9 á 9 1/2

permaneciendo la ventana de su cuarto abierta durante toda la noche si el tiempo es seco. Si el tiempo es húmedo, abrirá la ventana del cuarto contiguo al suyo, y si hiciera mucha humedad pondrá en su cuarto una taza de cal viva. En cambio, si el tiempo fuera muy seco, hará hervir en su aposento un poco de agua para humedecer la atmósfera.

— ¿Y en cuanto al alimento?

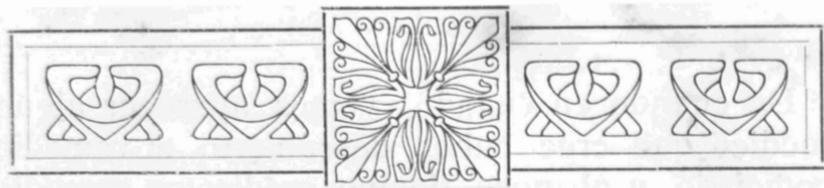
— De eso hablaremos en otra conferencia que tendré con Vd.; ya es hora de retirarme; le dije mirando mi rejoy; y, levantándome, tomé mi sombrero de encima del aparador.

— ¿Y me dá Vd. alguna esperanza, repuso el militar estrechándome la mano, de que podré dentro de unos dos ó tres años volver al servicio é incorporarme á mi regimiento?

— Mi querido mayor, le dije ya en el umbral de la puerta, para Vd. el escalafón está cerrado. ¡Los laureles de los militares atacados de tuberculosis, están cortados para siempre!







## XI

# LA SEGUNDA CONFERENCIA

Había prometido al mayor Cantos que le haría una nueva visita para explicarle el régimen alimenticio que debiera seguir.

Dos días después de la primera visita en la que hablamos largamente respecto de los medicamentos, se verificaba la segunda conferencia.

Ya hemos visto en el capítulo anterior, la creencia errónea que tiene el público respecto de los medicamentos que curan la tuberculosis.

Todavía no se conoce el remedio que cure esta enfermedad, á la manera como el suero antidiftérico cura la difteria.

De cuando en cuando, vemos aparecer algún médico que cree haber descubierto el remedio codiciado, y al poco tiempo médico y remedio caen en el olvido.

Los pretendidos antisépticos, tales como el Iodoformo, la Creosota, el Guayacol, etc., los tónicos como el Arsénico, han hecho su época. Ninguno de ellos cura la tuberculosis. Pero eso no quiere decir que deben ser rechazados en absoluto, porque, habilmente empleados, obran como adyuvantes del tratamiento en los climas de altitud... Ignoraba si el mayor Cantos seguiría mis consejos, pero yo creí cumplir con mi deber de médico, al suprimirle toda aquella farmacia que no hacía más que envenenarlo lentamente.

Toca hoy hablar del régimen alimenticio. Sabía de antemano que el enfermo refutaría muchas de mis indicaciones; pero, eso poco me importaba, lo convencería despacio, aunque difícilmente después de sus lecturas de autores que tratan de esa enfermedad y de haber adquirido ideas falsas, porque es imposible que quien no conoce la anatomía y la fisiología, pueda comprender la clínica.

Ya debía conocer como funcionaba aquel estómago que el había calificado de hierro.....

Llegado que hube á la casa del militar, y previos los saludos de estilo, tomamos asiento en el mismo sitio donde discurrió nuestra primera entrevista y se entabló el siguiente diálogo:

— He empezado á hacer lo que Vd. me ha aconsejado, dijo el mayor.

— El bien será para Vd., repuse.

— Después que Vd. se retiró, estuve largo tiempo reflexionando sobre sus palabras, y veo que está Vd. en desacuerdo con casi todos los autores que yo leo....

Esta frase del mayor, picó un poco mi amor propio; mas no le interrumpí....., dejé que continuase.

— Pero ya que ha sido Vd. tan amable al explicarme el porqué no le agrada que use los remedios que tomo, desearía que me dijera, si el régimen alimenticio que estoy siguiendo, está de acuerdo con mi enfermedad. Yo siempre he tenido buen apetito, y como de todo. Algunas veces estoy un poco inapetente, pero eso es debido al clima, ciertos días en que hace mucho calor, ó que no hago un poco de ejercicio, porque Vd. comprenderá, que si estoy sentado todo el día sin caminar, sin moverme, es imposible que tenga el mismo apetito que cuando salgo á tomar aire!

— ¿Y su intestino, como funciona? le pregunté.

— ¡Vea doctor...! me dijo haciendo una arruga en su entrecejo, al mismo tiempo que con la mano hacía un gesto como para llamar la atención á su respuesta.—Hasta hace un mes...., yo andaba perfectamente; pero desde entonces, de cuando en cuando tengo diarrea.

— ¿Y que hace para detener esa diarrea? Le interrumpí.

— Tomo, añadió, unas 15 ó 20 gotas de láudano, y con eso queda cortada, pero á los dos ó tres días me vuelve. Y á pesar de eso, Vd. me vé que estoy grueso. ¡Pero es que yo como mucho! Hago la verdadera sobrealimentación.... Cuánto cree Vd. que yo peso?

— ¡Pesará 70 kilos...!

— ¡Asombresé doctor!... ¡84 kilos!

— Es mucho peso; contesté.

— Y yo creo, continuó, que con este peso, no debo de temer nada.

— ¡No lo crea...! Es un error creer que el tuberculoso que aumenta de peso, es un tuberculoso que está sanando. Los enfermos de su categoría deben engrosar es cierto, pero sus lesiones pulmonares deben también mejorar al mismo tiempo.

Hay enfermos que permanecen delgados durante todo el tiempo de su cura, y sólo llegan á engordar después que sus lesiones han cicatrizado.

Es mala práctica comer de todo. Es preciso absorber los alimentos que dán fuerzas y no grasa.

La sobrealimentación no debe ser una brutalidad impuesta á los enfermos; al contrario, deben elegirse los alimentos facilmente digeribles, incapaces de congestionar el tubo digestivo por su peso ó por su volumen exagerado. La alimenta-

ción debe ser intensiva, pero en un pequeño volumen. Los aumentos de peso rápido son casi siempre pasajeros, y no producen efectos laudables. No hay que creer que la batalla está ganada porque el enfermo engorda; pero en cambio hay que temer lo peor de lo más malo, si el enfermo enflaquece sensible y gradualmente.

No todos los enfermos deben sobrealimentarse. La alimentación responde á indicaciones múltiples, de acuerdo con el temperamento de los enfermos.

Ya le he dicho á Usted, que no debía abusar de los medicamentos, y ahora le digo, que tampoco debe abusar de los alimentos. Lo que es bueno para otro, puede ser malo para Vd. El estado de sus órganos no le permite hacer gran acopio de alimentos....

— Y sin embargo doctor, me interrumpió el mayor, aquí hay un alemancito, que vive en un rancho al lado del correo, y come como un sañaón; figúrese que toma diez y ocho huevos por día y medio kilo de carne cruda, además de las comidas que hace por día. Es un joven que come cada 3 horas, y lo hace cada vez copiosamente.

— Ese enfermo, le contesté, podrá hacerlo, pero usted, no. ¿Qué edad tiene ese enfermo?

— Ese joven, tendrá... dijo reflexionando..., de 24 á 26 años.

— Y usted mayor, ¿cuantos tiene?

— Yo..., ¡sabe que no recuerdo! exclamó al-

go confuso; y sonriendo, añadió....:—espérese es fácil sacar la cuenta.... nací en el 58... estamos en el 906... de manera que tengo....., tengo..., añadió haciendo el cálculo en alta voz; ¡del 58 al 60, dos...., al 900... 42.... y 6... 48 años!

— Ya vé la diferencia; le dije; si sus arterias y su corazón han luchado 24 años más que los de ese joven, es natural que éstos, por ser más jóvenes, funcionen mejor que los suyos. Además usted me cita el ejemplo de un sajón, pero nosotros los latinos somos diferentes, no podemos soportar la cantidad de alimentos que ellos ingieren. Generalmente los alemanes son grandes comilones; beben dos litros de cerveza en cada comida, pero nosotros no podemos soportar esas grandes cantidades sobre todo en invierno. De manera que Vd. no debe tomar como ejemplo lo que los otros hacen.

— ¡Pero como todo el mundo dice que es preciso comer mucho, yo comía! y los médicos que me han visto en Buenos Aires lo que más me recomendaron es que comiera mucho.

— Yo respeto la opinión de mis colegas; pero viéndolo á Vd. y habiéndome dado cuenta del estado de sus órganos, no puedo compartir la misma opinión.

— Yo no exagero mi alimentación. Mi comida consiste en pollo, carne de vaca, huévos ó lecitina, sardinas, verduras, las que se pueden conseguir aquí, leche, dulce, chocolate y frutas.

— ¿Vd. toma carne cruda?

— Si doctor; un bife crudo por la mañana y

otro por la tarde. Raspo la carne y con esa papilla preparo varios sandwiches y los como sin inconveniente. En esa forma podría tomar mucha carne cruda, pero temo que me haga mal.

— Y tiene usted razón. No es necesario ingerir grandes cantidades de carne cruda. Los experimentos hechos con perros alimentados exclusivamente con carne cruda, es cierto que los han vuelto refractarios á la tuberculosis; pero para llegar á ese mismo resultado en el ser humano, este debería tomar una gran cantidad de carne cruda, y esas dosis considerables traerían inconvenientes graves, sobre todo, en un enfermo como Vd. y así mucho me temo que sus riñones no soporten semejante tratamiento. Los niños soportan bien la carne cruda en grandes dosis, porque tienen riñones sanos, riñones jóvenes, que no han sido gastados por el alcohol, y por el sin número de drogas que la industria moderna añade á todas las bebidas, por todos los venenos que nuestra civilización nos prodiga y cuyo estipendio hace ciegos y sordos á los gobiernos.

Los perros tampoco conocen esos venenos y sus riñones pueden soportar kilogramos de carne cruda. Y por último, el estómago del perro no es el estómago del hombre. Creo que las causas de sus descomposturas intestinales responden á fermentaciones debidas al exceso de alimentación. Y así en vez de tomar láudano para detener ó neutralizar esos accidentes, suprima la carne cru-

da por dos ó tres días, manténgase á dieta láctea por 24 horas, y verá como todo entra en orden sin necesidad de paralizar sus intestinos con opiáceos que repercuten sobre su corazón y sus riñones.

— De modo, pues, que usted encuentra que la cantidad de carne cruda que absorbo por día, es suficiente, y no debo aumentar la cantidad; ¿no es así?

— Exactamente, repuse.

— ¿Y no le parece preferible la carne de pollo, á la carne de vaca?

— Es un error creer que el pollo pueda ser superior á la buena y sana carne roja; un bife magro, ó una costilla, es más facilmente digerible que cualquier pollo. Y lo que le digo del pollo, lo puedo decir también de otras aves, y del pescado. Esto es en tesis general; pero para Vd. que es un arterio escleroso, es preferible que no coma mucha carne.

— ¿Y los huevos?

— ¿Cuántos huevos come Vd. por día? le pregunté.

— Según doctor; generalmente como de 10 á 12 diariamente pero hay días en que me canso de ellos y entonces los reemplazo por la Lecitina, tomando de 15 á 20 píldoras por día.

— No, mayor, repuse, no crea que son necesarios de 10 á 12 huevos por día para poder nutrirse; y en cuanto á la Lecitina, lamento que la haya empleado.

— ¿Y por qué doctor?

— Porque se ha creído que la Lecitina contenida en el amarillo del huevo, podría reemplazar las bases orgánicas fosfatadas, como sucedería también en los sesos y en el caviar, pero no sucede así.

— Sin embargo, me interrumpió, los experimentos hechos en los laboratorios así lo han demostrado. Y á propósito ahí tengo; en corroboración de lo que digo, aquel folleto. Añadió señalándome varios libros y papeles que había sobre el escritorio.

— En los laboratorios, le contesté, se ha operado con Lecitina recién preparada; pero las guardadas en conserva, son malas porque no se mantienen bien. La Lecitina es una sustancia expuesta de suyo á transformaciones químicas, por lo cual una vez aislada, se corrompe con demasiada facilidad y pierde su eficacia para poder ser administrada corrientemente. Además, el tomar de 15 á 20 píldoras por día, es ingerir cotidianamente alrededor de dos gramos de Lecitina; y, como cada huevo contiene un gramo y medio de Lecitina, tomando usted 6 huevos diarios vendría á tomar 9 gramos de Lecitina.

¿No cree usted además que es más preferible tomar 6 huevos que contienen 9 gramos de Lecitina, que ingerir noventa píldoras de 0.10 centígramos cada una para que la misma dosis sea

ingerida? ¿Y no vé Vd. ahora que las 20 píldoras, no representan casi nada como nutrición?

— Tiene Vd. razón, doctor.

— También le había dicho en mi visita anterior, que abandonara los sellos de fosfato de cal, porque prefiero que usted tome esta sustancia no sacada del tarro de la botica, sino hallada en la propia naturaleza. Prefiero que usted tome leche fosfatada.

— ¿Y cómo procurármela?

— Muy sencillamente ¿Usted tiene cabras ó vacas?

— Si doctor.

— Pues bien, añadí, podrá procurarse la leche fosfatada, dando á una vaca 100 gramos de fosfato de cal del comercio ó bien 20 gramos á una cabra. La leche de vaca, se fosfata más facilmente que la leche de cabra.

— ¿Y el caldo doctor? me preguntó de pronto, como quien olvida un punto importante.

— No le conviene tomar mucho caldo. No es un alimento; con decirle que la leche de vaca es diez veces más nutritiva que el caldo, ya podrá imaginarse el débil papel nutritivo que desempeña. Ahora usted comprenderá el profundo error de muchas personas que prefieren el caldo á la leche.

El caldo es útil, porque ayuda la digestión; sin embargo, contiene muchas sales de potasa, que pasan demasiado pronto al organismo, y pueden

obrar como venenos para las células. Así es que se debe tomar, no como un alimento cual se tomaría la leche por ejemplo, sino en pequeñas cantidades como si se tomase un pequeño medicamento para ayudar la digestión. Mucho más preferible es para usted tomar alimentos que contengan sales de potasa que lleguen á distribuirse lentamente en todo su organismo. Le aconsejaría que comiera papas; 300 á 600 gramos de papas por día, le activaría el funcionamiento de sus arterias y venas, sobre todo á usted que es arterio escleroso.

Hice una pausa, durante la cual quedó el mayor Cantos mirándome fijamente, y al cabo de unos segundos exclamó:

— ¡Tiene bemoles la medicina! ¡Y tan fácil que parece!

— Es fácil, repuse, para quien no la conoce; pero créame que es una de las ciencias más difíciles y más oscuras, y que muy pocos la comprenden.

— Lo creo mi doctor, lo creo. Añadió moviendo la cabeza en señal de afirmación..... Quedó pensativo, con los ojos fijos sobre la mesa, y después de un instante irguió su cabeza y añadió: ¿podré tomar rábanos con sal?

— Puede tomarlos en poca cantidad; en cuanto á la sal, trate de suprimirla cuanto le sea posible. Temo que su riñón elimine muy mal el cloruro de sodio, cosa que debería verificarse con

un análisis de la orina. La retención de esta sal absorbida en gran cantidad podría alterar sus funciones digestivas.

Cuando en un tuberculoso la cantidad de cloruros eliminados por el riñón, que casi siempre es poca, llega á ser normal, es ya un indicio de que el enfermo está en excelentes condiciones para poder curar.

— No sabe Vd. cuanto le agradezco, doctor, todos los consejos que me ha dado, y permítame que le haga la última pregunta.

— Hágala sin temor de incomodarme.

— ¡Gracias mi amigo! me dijo estrechando entre sus dos manos, la izquierda mfa. Deseo, añadió, que me dicte el régimen alimenticio que me conviene.

— No tengo inconveniente, le dije, pero le advierto que es un régimen para Vd.; porque para otro enfermo, podría variar según el estado del paciente.

Tomará como desayuno una taza grande de chocolate hecho con leche, ó bien café ó té con leche; tomará este desayuno lentamente, con un poco de pan bien cocido, y sin manteca. A la hora del almuerzo, dos costillas ó un bife casi crudos; si es posible un pescado hervido ó un cuarto de pollo; papas en puré ó hervidas, arroz, fideos, macarrones; como bebida, leche. A las 4 ó 5 de la tarde tomará una merienda compuesta de dos huevos y un vaso de leche. Para la co-

mida tomará 3 huevos y una costilla, y verduras. Al acostarse una yema mejida.

— ¿Y si tengo fiebre debo alimentarme como de costumbre?

— No señor; cuando tenga fiebre, es preciso disminuir el alimento, y no volver á la alimentación habitual hasta que el termómetro esté por debajo de 37. 5...

En ese momento un sirviente abrió la puerta del comedor y apareció trayendo un frasco que contenía una víbora conservada dentro de un líquido incoloro. Cerró la puerta y dirigiéndose al militar le preguntó:

— ¿Se puede señor? Por la manera de llegar hasta la presencia de su amo, de dirigirle la palabra, y de pararse ante él, me hizo pensar que aquel hombre debía ser el asistente del mayor. Este le contestó:

-- ¿Qué hay?

— Aquí le manda don Ruperto, dijo el criado, este frasco con una víbora, y me encargó le dijera que esta es la víbora de la cruz que usted le había pedido, y que él la había puesto en aguardiente como Vd. le explicó.

— ¡Ah, si....! contestó el mayor, y dirigiéndose á mi añadió: Es una víbora de la cruz que le encargué á un paisano de aquí para conservarla en alcohol.... Yo hago colección de ofidios y así se conservan muy bien.

Y volviéndose al sirviente añadió:— Déjala ahí.

Y le señaló la mesa de trinchar. El sirviente obedeció y se retiró en seguida. El mayor continuó hablando conmigo y me dijo:

— ¡Doctor! usted me ha trastornado todas las ideas que tenía respecto del tratamiento de mi enfermedad. Y le advierto que yo he leído mucho el mal que me aqueja. Y ahí tiene Vd. tres grandes obras, que tratan de la tuberculosis, me decía señalando el escritorio, esas obras yo me las he aprendido de memoria, y advierto que en muchos puntos sus autores están en completo desacuerdo con Vd.

— Escuche señor mayor, díjele en un tono entre sonriente y de reproche. ¿Me permite que use con usted un lenguaje severo.

— Puede usted hacerlo.

— Pues bien; continué, usted es un hombre inteligente y que ha leído mucho, y por eso cree que con la lectura de esas obras ya conoce su enfermedad y la manera de tratarla; y es exigir demasiado, el querer que su inteligencia pueda superar á la experiencia de sus médicos. Vd. cree conocer su enfermedad....., y usted no la conoce.

— Creí que conocía mi enfermedad y el modo de tratarla, pero le confieso ingenuamente que no me creía tan ignorante á ese respecto. Ahora veo que lo ignoro casi todo, y con los consejos que acabo de oír de usted, veo que el tratamiento de la tuberculosis se reduce á muy poca cosa...

— A muy poca cosa dé farmacia, le interrumpí.

— ¡Y á mucho de higiene!

— Eso es.

El mayor tocó un timbre, y el sirviente acudió al llamado.

— Ordene señor; le dijo el criado que quedó cuadrado en el umbral de la puerta.

— Tráenos dos copas y la botella de vermouth. Yo lo interrumpí, para decirle que no se incomodara porque no acostumbraba tomar alcoholes.

— Por una vez, me contestó, no le puede hacer mal. Y dirigiéndose al sirviente repuso con tono severo: — vaya y traiga lo que le he dicho.

El criado cumplió la orden recibida, y un momento después regresaba, trayendo en una bandeja dos copas, una botella de vermouth y un sifón de soda, que colocó sobre la mesa, y se retiró en seguida.

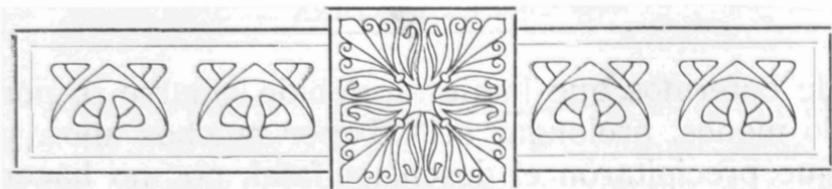
El mayor no hacía caso de mis protestas é insistió en servir las dos copas de vermouth..... ¡Nada de extraño que aquel hombre estuviera tan mal de sus arterias....!

— Antes de retirarme, le dije, le daré á usted el último consejo: No tome alcoholes de ninguna clase. Los enfermos como Vd. deben abstenerse de bebidas alcohólicas, porque no pueden soportarlas, y desgraciadamente tienen tendencia á abusar de ellas porque fomentan momentáneamente las ilusiones y desvaneos.

— Yo tomo tan sólo un poquito de vermouth, y á veces biter, pero sin excederme....

— Es que, repuse, no debe tomar ninguna bebida que contenga alcohol... Y Vd. mismo lo acaba de decir, hace un momento á propósito de esa víbora de la cruz: el alcohol conserva la muerte y yo le añado, que es cierto que conserva lo que está muerto, pero ¡tenga cuidado! porque mata lo que está vivo...





## XII

# LOS SUICIDIOS

Mi primera visita fué corta, y regresé á Buenos Aires cuatro días después de mi segunda entrevista con el mayor Cantos.

No dejaba pasar dos meses, sin que hiciera un viaje á Alta Gracia, y durante los días que permanecía en aquella villa, pude ver y observar los disparates que hacen los tuberculosos.

Muchos de los enfermos que llegan á las montañas para curarse, se mueren por culpa de ellos mismos.

Son innumerables los casos que podría citar,

de enfermos que hubieran debido sanarse ó, por lo menos, prolongar su vida por muchos años, y que precipitaron el desenlace fatal, por no hacer caso á las instrucciones que les habían dictado los hombres de ciencia.

Es raro que el enfermo que llega por primera vez á aquellas alturas, siga el tratamiento de reposo, que seguramente le ha de haber ordenado su médico. Me refiero, como es natural, á los verdaderos enfermos y no á aquellos predisuestos, que nunca han tenido ninguna lesión.

Es una regla invariable, que apenas llegado el enfermo, en vez de permanecer tranquilo para descansar del viaje, se apresura á hacer una pequeña excursión á los alrededores de la villa. Y si alguno quedase en reposo, no falta alguien: un vecino, el dueño de la hostería, alguna vieja comadre ó cualquier entrometido, que le aconseje ir á tomar aire.

— Vaya, le dicen, al tajamar; es un lindo paseo, aquí cerquita no más; ya verá como eso le vá á hacer bien; dé una vuelta por el pueblo, costeano el arroyo y verá que lindas vistas; vaya á pié; el día es muy lindo; no se quede entre las casas; salga á tomar aire, eso le hará venir lindos colores y volverá con hambre.....

¡Cuántas barbaridades le dicen que haga ese enfermo.....!El pobre se encamina adonde le han dicho aquellos ignorantes; con gasto evidente de las pocas fuerzas que traía.

Allá vá aquel pobre tuberculoso en dirección del arroyo, fatigándose con el continuo subir y bajar cuestras. El panorama que tiene á su frente, lo embelesa, lo contempla extasiado; una sonrisa de satisfacción le hace cambiar la expresión de su fisonomía; si lo acompañan parientes ó allegados, al ver ese cambio repentino en el enfermo querido, á quien cuidan con tanta solicitud, se tornan radiantes de alegría, por haber visto asomar la sonrisa que hacía tanto tiempo había desaparecido..... Aquellos pobres seres creen que es la reacción que empieza; para ellos ha bastado la llegada á la montaña, y ver la satisfacción del enfermo al contemplar aquellos paisajes, para creer en la mejoría rápida.

En esas condiciones la curación será imposible. Dificilmente podrá curar un enfermo á quien se le trata así desde su llegada al clima de altitud. Ese bienestar aparente no tardará en disiparse. Las congestiones del pulmón pronto aparecerán de una manera brusca, tal vez esa misma noche ó al día siguiente.

Otras veces, el enfermo se considera muy bueno, y no tiene inconveniente en formar parte de una cabalgata, bajo un sol mortífero, agitándose, con el subir y bajar de su cabalgadura, gastando una fuerza que le es necesaria, para luchar contra el debilitamiento incesante ocasionado por la enfermedad. Regresa de ese paseo, sin apetito, cansado, tosiendo más que de costumbre, la res-

piración es anhelosa, y entonces no habría que extrañar que en esas condiciones apareciera una hemoptísis ó esputos sanguinolentos; esos vómitos de sangre que tanto alarman á los enfermos.

Recuerdo el caso de un joven, de gallarda presencia, que se había empeñado en acompañarnos á una excursión que hicimos hasta el término de la Sierra Chica, para contemplar el aspecto grandioso de la Sierra Grande. A uno de la profesión no le quedaba duda del estado delicado en que se encontraba el enfermo, á pesar de que el aspecto exterior engañaba á cualquiera que no fuese médico. Estaba contento, alegre, se multiplicaba en ser agradable á todos nosotros.

Le aconsejé que se quedara tranquilo; que no nos siguiera; porque podría hacerle mal ese paseo.... No hizo caso de mis consejos; me respondió que se sentía muy bien, que el andar á caballo le sentaba porque respiraba el aire á pulmón lleno. En fin me hizo una larga disertación sobre lo bien que estaba.

Volví á insistir, pero todo fué en vano.

Tan sólo pude conseguir que llevara una sombrilla para preservarse de los rayos solares..... Esa misma noche tuvo un vómito de sangre.... Esto le sirvió de lección para que se cuidara seriamente.

Este mismo joven, seis meses después, como

se sentía bien por haber realmente mejorado, me consultó si podía aceptar un puesto en la comisión de extinción de la langosta. Le hice comprender que ese puesto lo fatigaría, y que perdería lo que había ganado. No me hizo caso. Fué á ocupar su puesto que le obligaba á galopar al rayo del sol. Me decía que era poco trabajo....; una vez por semana...., y que eso lo entretenía; que no podía estar sin hacer nada.... En fin tampoco en esta ocasión pude conseguir que permaneciera tranquilo.

Un año después estaba enterrado.

Una señorita inglesa que decía haber ido á las sierras, porque era débil...., pero que nunca había tenido nada en los pulmones...(?)..., tenía el prurito de aceptar todas las invitaciones que le brindaban, y por consiguiente, no dejaba paseo á caballo aunque lloviera, hiciera viento, ó el sol estuviera en toda su fuerza. Una de las señoritas que veranean en aquel pueblo, tuvo la ocurrencia de convidar á todas sus amigas para ir á la estación á la hora de la llegada del tren. Esto no hubiera sido nada, si se hubieran dado cita en la misma estación; pero lo original fué, que habían alquilado un carro tirado por bueyes, y todas debían ir en él.

Hicieron el paseo, dando 5 ó 6 veces la vuelta del pueblo, cantando en coro á desgañitarse, todas ellas muy contentas, las mamás más contentas aun porque veían que sus hijas causaban la

admiración de todos. ¡Y había que oír las exclamaciones de aquellas buenas señoras lisonjeándose el oído unas á otras, respecto de la belleza de cada una de sus hijas.

— ¡Que bien vá Mariquita! decía la una.

— ¡No me diga misia Concepción; la que vá preciosa es su hija! contestaba la otra.

— ¿Y que me dice doña Ruperta de Zulemita? ... ¡que moza se ha puesto!

— ¡Vean que ramo de flores! exclamaba una buena mamá que quería quedar bien con todas sus amigas;-- ¡á cual vá mejor ataviada, y á cual más linda...!

En aquel carro iban nueve señoritas, y entre ellas, cuatro eran tuberculosas....

La misma tarde del paseo, la señorita inglesa, se quejó de un fuerte dolor de cabeza. Naturalmente que atribuyeron esa cefalalgia, al solazo que había recibido. Esa misma noche, tuvo un vómito de sangre con 40° de fiebre....

¡Ese era el resultado del paseo!

De noche en vez de acostarse temprano, lo hacen tarde; doce de la noche es la hora habitual, y para pasar un rato, se reúnen en casa de una tuberculosa para oír el gramófono y ahí se instalan en rueda alrededor de una mesa, y mientras se oye á Carusso ó á Tamagno, se entabla una larga conversación, que es interrumpida de cuando en cuando por un golpe de tos.... Y ellos creen que así llegarán á curarse.

¿Y que diré de los paseos á la tarde en coche descubierto, envuelto en una nube de polvo?

¡Cuántas pobres enfermas que llegan de los grandes centros de población como ser: Buenos Aires, Rosario y Córdoba, vienen cargadas de pretensiones ridículas!

Cuando salen en carruaje, van estiradas, frunciendo los labios, mirando de soslayo y como si el cielo les perteneciera.... ¡Pobrecitas, cuán caro pagan en poco tiempo su orgullo tan mal fundado! Y lo que es peor es que se encuentra un padre, una madre ó un marido que les permiten llevar esa vida, que las conduce á pasos agigantados á la muerte. No tienen valor ni fuerza de voluntad para impedir que esos enfermos no precipiten su desenlace fatal.

¡Cuántas niñas y jóvenes que se encuentran en las sierras en busca de salud, en vez de cuidarse, asisten á los bailes!

No debe irse á aquellos pueblecitos para hacer aparato de ostentación. No deben ir los tuberculosos para aprender á bailar, á saludar, á adelantar un pié, ni á lucir los vestidos de cola..., que arrastran millares de microbios; pero á la vanidad femenina poco le importa todo eso con tal que á la pollera se le impriman pliegues majestuosos, cuando no coquetones y llamativos.

¡Hay que ver esas pobres tuberculosas como se desesperan por llamar la atención!

¡Es digno de observar como las menos buscan

á las más! ¡Como se inquietan por saber en que momento preciso la familia de X. ha bajado del tren! ¡Si fulana ha saludado secamente á zutana! ¡Si la de N. ha sonreído al saludar á la de Mengano!

Esos datos son muy interesantes para aquellas tuberculosas, y les quitan la tranquilidad.

Algunas se desesperan por ser las primeras invitadas á una cabalgata, á una reunión, á una fiesta, á un baile.

Quieren ser las primeras en pisar el salón, que suele ser una sala de billar ó un comedor transformado en salón de baile.

Entran resplandecientes de alegría, pero con la pequeña fiebre tuberculosa encima; y, como no tienen un paje palatino que les sostenga la cola de sus vestidos, arrástranlos barriendo y agitando los bacilos de Koch con el rodado de la cola; y, como consecuencia, aspiran durante varias horas ese polvo saturado de gérmenes nocivos.

¡Qué les importa, desde que ellas se lucen, mientras que las demás vienen entrando después, sin cola que arrastrar ni lucir! Pero de pronto hay otra que también llega con cola..., y como si se tratara de una usurpación atroz, empiezan las medias palabras y la chismografía. Las miradas se cruzan y una sonrisa despreciativa é insolente acompañada de una ojeada de arriba abajo sobre el traje de la recién llegada, pone de

relieve el corazón que debe estar tan enfermo, como el pulmón de estas tísicas presumidas.

En vez de bailar deberían reflexionar sobre su enfermedad.

No solamente las mujeres, sino hasta los hombres pretenden convertir aquella villa en punto aristocrático, queriendo usar el frac para reuniones que deberían ser meramente familiares. Aquel traje de rigurosa etiqueta, está fuera de lugar en aquel punto.

El deber del médico es evitar que los enfermos vayan á esas reuniones, y debe conseguirlo valiéndose de explicaciones precisas, con raciocinios claros, convenciéndolos de que el tratamiento higiénico, será el único que los curará. El reposo, el aire puro y la alimentación bien dirigidos, serán los tres factores principales, y sin los cuales no llegarán á curarse.

Suprimiendo los placeres mundanos á esos enfermos, se les destruye una causa de profundo debilitamiento del organismo.

Comprendo que el médico debe luchar con muchas dificultades y no pocas críticas de parte de ciertos enfermos y, sobre todo, de los curables. Esto no debe detener el esfuerzo del médico. Es preciso atender al enfermo, y obligarlo sin cesar á que tenga siempre presentes los consejos y prescripciones que se le han indicado.

El enfermo que quiere curar, debe obedecer ciegamente á quien lo cuida.

Los tuberculosos no son perseverantes.

Quieren curar, pero con poco trabajo. Luchan con cosas desconocidas; no pueden comprender cuan frágil es su organismo, puesto que les es desconocida la medicina.

La curación se consigue con paciencia y perseverancia. Cuando la voluntad desfallece, cuando las ilusiones ruedan y se derrumban por cualquier alerta, habrá que contener esa imaginación exitada y obligarla á una inacción forzada.

Los tuberculosos, sobre todo los principiantes que se encuentran lejos de la dirección de su médico, como sucede en todos los que van á Alta Gracia, pues sabemos que allí no hay médicos que pudieran variar el régimen según la marcha de la enfermedad, están expuestos á dejarse arrastrar por las conveniencias sociales. El menor signo feliz que aparece en el curso de su mal, les hace abandonar todas las precauciones, y todos los consejos de su médico. El enfermo se cree curado y no tiene inconveniente en hacer toda clase de desarreglos, como los que acabo de citar.

Nada de extraño entonces que una recaída no tarde en llegar. Entonces llega el momento de la desesperación; y si bien algunas veces esto es una advertencia feliz porque le ha hecho ver al enfermo que aun no está curado, otras veces la recaída es terrible y la muerte se lleva en pocos días un ser que aparentemente estaba bien, pero que cometía toda clase de desarreglos.

He aquí un ejemplo de esta fatalidad:

Este caso ha consternado á toda la villa de Alta Gracia y á los amigos de la encantadora víctima. Se trata de una niña á la cual su médico, hombre inteligente y de profundo saber, le había aconsejado hacer una estada de algunos meses en las sierras de Córdoba, á raíz de una fuerte bronquitis y sobre todo por haber tenido un vómito de sangre. Me consta que le habían recomendado que no cometiera imprudencias y se le aconsejó el reposo, la sobrealimentación y el aire puro. La lesión pulmonar, ya había casi desaparecido, y se encontraba en un estado floreciente de resistencia orgánica.

Mujer hermosa, joven, con todas las ilusiones de su edad, poco caso hacía de los consejos que había recibido de su médico. Si éste, la había mandado para cuidarse, tenía motivos muy serios para hacerlo; pero ella fué desobediente, no tuvo suficiente fuerza para cumplir las prescripciones que llevaba; asistía á todas las cabalgatas, á todas las reuniones, á todos los bailes. Se vanagloriaba de que no tosía, que estaba fuerte....; pero su médico insistía en que permaneciera en las sierras.

Tres días antes del carnaval, trabajaba mañana y tarde para arreglarse un traje de fantasía; consiguió terminarlo dándose mucha pena porque allá faltan las cosas más indispensables para completar el adorno del vestido que ella lució.

Encima de la tarea que le produjo la costura, á la noche no dejaba de concurrir á los bailes, de donde no se retiraba sino á las 3 ó 4 de la mañana. Llegó el carnaval y ella concurreó al corso y respiró el polvo de la tierra durante 3 horas seguidas; y luego cenaba y después se vestía para concurrir de nuevo al baile. Hay que advertir que era ella quien guiaba el carruaje.

En medio de esa agitación se le pasaron los días de carnaval, hasta que llegó la noche en que tuvo lugar el baile de fantasía.

Esta niña, aparentemente sana, pero que fué á las sierras para tonificar su organismo y no para cansarse y hacer todo lo contrario de lo que aconseja la ciencia, tenía que caer.

A los pocos días de haber terminado las fiestas del carnaval, una tarde se sintió con dolor de cabeza; un dolor de cabeza intenso, tenaz, que no le dejaba un momento de reposo. Nada la calmaba. La familia se decidió á darle un sello de Antipirina, nunca supe que dosis, pero me figuro que sería de 0.50 centigramos. Pocas horas después de tomar el sello aparecieron vómitos; que con la cefalalgia, la tenían desesperada. Sin auxilio médico en aquel pueblo, era cosa de volverse loco, y las más extravagantes opiniones se echaron á rodar sobre la causa de la enfermedad.

La enferma fué traída á Buenos Aires en un estado lamentable. Y á los pocos días de llegar

á la gran ciudad, se moría de tuberculosis meningea.

En otra ocasión fué consultado por un joven tuberculoso, estudiante de derecho; joven acostumbrado al estudio, conocía algo de higiene, elementos de anatomía y fisiología; eso me facilitaba la tarea de persuadirlo y convencerlo; pues aquellos otros enfermos cuya ignorancia les hace creer que saben tratar su enfermedad y que pueden conocerla tan bien como el médico que los está asistiendo, son irreducibles.

Observé al joven estudiante durante ocho días, y si bien la lesión pulmonar no se manifestaba por lo que llamamos en medicina la auscultación, es decir, aplicando el oído sobre el pecho y la espalda para sorprender los ruidos anormales del pulmón, en cambio la enfermedad se manifestaba por pequeñas elevaciones de temperatura. Estaba aburrido del tratamiento que le había impuesto el médico de su familia, y deseaba abandonar esa vida de inacción, que tanto le mortificaba. Después de uno de los exámenes que le hice, como notaba que le cambiaba muy poca cosa al tratamiento que seguía, me dijo:

— ¿Me encuentra bien doctor?

-- Bastante bien mi amigo.

— ¡Supongo entonces, que podré montar á caballo y hacer algunas excursiones entre las montañas! Porque créame, doctor, que aquí solo, me aburro atrocemente. Y no es de un día que es-

toy soportando esta vida, hace 6 meses. Es cierto que me han convidado para ir á bailes, á recibos, á fiestas, pero no he aceptado ninguna invitación; he permanecido tranquilo, cuidándome, porque deseo curar.

-- ¿Y que diferencia nota desde que Vd. llegó, al día de hoy?

— ¡Oh muy diferente! Cuando yo llegué tenía la respiración anhelosa, me cansaba por cualquier esfuerzo, y durante el primer mes tenía fiebre todos los días.

— ¿De manera que Vd. está satisfecho de la marcha de su enfermedad?

— ¡Como no doctor!

Pues bien; si Vd. ha mejorado mucho en el espacio de seis meses, Vd. estará completamente curado dentro de otros seis meses. La cura de estas enfermedades, debe ser continuada durante largo tiempo. No cometa las imprudencias que Vd. observará á cada rato. Los enfermos de su temple, son los que curan con más facilidad, que aquellos que no hacen caso de los consejos que se les dá. Tenga paciencia y perseverancia en los momentos, en que su voluntad desfallezca. Siga escrupulosamente lo que le ha instituido su médico; comprendo que el tratamiento es largo, pero la curación es una buena recompensa. No crea todavía en su curación completa creyéndose Vd. curado; una recaída no tardaría en llegar y se perdería en pocos días

lo que ha ganado en seis meses. Renuncie á la vida activa ó agradable; es la única manera de conseguir su curación definitiva.

— ¿Le parece doctor, que sería malo si tomara un poco de creosota?

— No tome ningún medicamento. Aire, reposo y alimentación es lo que Vd. necesita.

— Pero supongo que Vd. me permitirá dar algunos paseos cortos.

— Si señor, puede Vd. hacerlo por la mañana, á pié, sin fatigarse, llevando una sombrilla para librarse de los rayos solares, eligiendo los días serenos, sin viento ni polvo; vaya por caminos llanos, sin pendientes ni asperezas, y descanse frecuentemente tras alguna gruesa piedra, ó al pié de un árbol, siempre en un sitio defendido de los rayos del sol.

Después del corto descanso, prosiga su camino y como á la hora regresa Vd. á su casa, sin haberse cansado.

Otras veces podrá salir en carruaje, pero raramente á caballo y en este caso nunca andará sino al paso ó al trotecito corto.

Nunca acepte cabalgatas; por la tierra que levantan los caballos; y ha de saber, que el polvo es un irritante por excelencia de las vías respiratorias; y que en estos pueblos, es muy peligroso absorber esos polvos que están llenos de bacilos.

Huya de las personas que tosen, aunque no

tengan más que un simple resfrío. Ese resfrío que no parece nada, puede contagiárselo á Vd., y ser el punto de partida de una bronquitis febril; fiebre que á Vd. no le conviene de ningún modo.

De esta manera le hablé á aquel joven que prometió sería juicioso y obediente. Ese enfermo á los ocho meses ya no tenía más fiebre y actualmente se encuentra completamente restablecido, después de haber pasado un año y medio en el clima de altitud.

Si en vez de haberse cuidado como lo hizo, hubiera hecho una vida rodeada de placeres y atormentado por las exigencias sociales, hubiera seguido el mismo camino de muchos enfermos que en vez de ir á curarse, van á suicidarse.

En vez de ir á cansarse, y á hacer vida social, los enfermos procederían mejor y más cuerda-mente apartándose de toda reunión y dando paseos cortos, siempre que no tengan fiebre, yendo á sentarse sobre la hierba tupida y blanda en medio de los helechos dentellados. Deben ir despacio, costean- do el borde de los arroyos que marchan encajonados entre altas piedras, y detenerse allí contemplando aquellos inmensos nogales, y aquellas higueras corpulentas que parecen puestas en aquellos lugares para convidar al transeunte tuberculoso á que se detenga y descanse bajo la protección de la sombra que proyectan sus anchas hojas nerviosas.

Los tuberculosos pueden ir á visitar las ruinas de los viejos monumentos de la época colonial; á contemplar aquel ruinoso edificio que se encuentra frente á la iglesia; á visitar la casa que albergó al virrey Liniers.

Esta melancolía impuesta por el espectáculo de las ruinas de las obras humanas, es rápidamente disipada por la contemplación de una huerta que se encuentra á pocos pasos de allí, y es una rareza haber conseguido en aquel sitio algunos árboles frutales, que dan uvas deliciosas, duraznos aromáticos é higos sabrosos.

En los días muy serenos y bien secos, podrán ir á los alrededores de la cruz, y allí sentarse á la sombra de los árboles, y mientras se hacen servir leche de cabra en su vaso, admirarán á su alrededor sobre el camino que conduce del tajar al Primer Paredón, á aquellos niños ingleses que se pasean montados sobre mulitas serranas no más altas que los perros daneses. Las chiquillas con sus soleras blancas que les cubre la cabeza de donde parten mechones de pelos ensortijados color de oro, corren presurosas atrás de una mariposa, luciendo sus cachetes rojos como la grana.

Para el tuberculoso todo debe ser tranquilidad; y escribiéndole con frecuencia los ausentes, el enfermo se siente feliz.

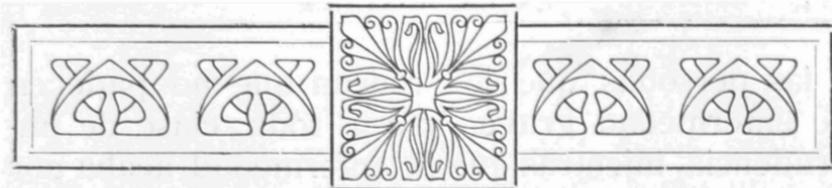
Debe respetársele, tratarlo con ternura, asociarse á sus arranques de alegría para aumentar su satisfacción íntima.

Debe evitársele todo lo que sea ostentación; necesita la calma, la dicha en su hogar, no tiene que vivir para el aparato y la gloria. La paz de su corazón y de su conciencia deben bastarle para su felicidad.

Debe hacer los ejercicios con mesura para que sean saludables. El cambio del carbono con el oxígeno se verifica mejor, la sangre se vivifica, se colorea, y lleva en su torrente todas las riquezas que le roba á la atmósfera, y así disipa las congestiones pulmonares y lucha ventajosamente contra los bacilos á quienes extenúa y vence por completo.

Tales son mis impresiones y mis más ardientes deseos, para la dicha de aquellos enfermos.





### XIII

## ESCONDEN LA VERDAD

Es raro que los enfermos tuberculosos que llegan á aquéllas alturas, confiesen la clase de enfermedad que los aqueja.

Si se les pregunta por qué han venido á las sierras, nunca dicen la verdad. Unos sostienen que ha sido porque son débiles; otros porque padecen de los nervios; otros porque sufren del estómago.... y así sucesivamente.

Por desgracia todos estos enfermos son temibles; porque negando su mal, exponen al contagio á los demás; y por otra parte para hacer ver

á las personas que los rodean que no padecen de enfermedad grave, hacen toda clase de imprudencia, mientras que la enfermedad acaba por derrumbarlos.

Conocí á un señor, que decía ser neurasténico, á quien los médicos habían mandado á las sierras para que cambiara de aire y corrigiera un estado dispéptico de cuyo mal hacía seis meses, que venía padeciendo.

Este enfermo, era bastante afónico. No me atrevía á preguntarle la causa de su ronquera, y preferí esperar una oportunidad para hacer caer la conversación sobre ese tópicó.

La ocasión no se hizo esperar, y la conversación giró sobre un tema muy á propósito: los grandes cantantes.

¡Gayarre, oh Gayarre! me decía ese señor, no he oído en mi vida una voz más pura, más suave que la de mi paisano;—y añadió como si hiciera un aparte,—porque Vd. ha de saber que yo también soy español,—y prosiguió:—¿Y que me dice Vd. de la Patti? ¡que jilguero! ¿Y de la Barrientos? aquello es un canario con sus gorjeos y todo. Nada. Las mejores voces del mundo, las ha producido España.....

... ¡No dirá Vd. eso para disculpar su voz bastante ronca....? Le dije sonriendo.

Y él me contestó:

— ¿Y sabe Vd. por qué tengo la voz, así apagada?... Pues, por el tabaco. Yo fumo mucho,

sabe Vd.;—y señalándome su cigarrillo añadió:— y el tabaco con que están hechos estos pitillos, sabe Vd.; es tan suave, que yo me fumo un kilo largo por día.

— ¿No le irrita los bronquios, el fumar tanto?

— ¡Cal no crea Vd....; me fumo tres cajetillas de estos pitillos por día..., y como si nó.

— Pero el humo le hace toser.

— ¡Vamos; no gaste Vd. bromas doctor! —me dijo sonriendo;—si la tos que tengo, añadió, no es tos que me viene del pulmón; no señor....; esto me viene de la garganta; es una carraspera vieja, que es, como si no la tuviera.... Si no fuera por mi estómago, yo sería un hombre sano. Ya me vé Vd. así... tan flacucho... y que parece que no valgo nada..., pues no señor....; es todo al contrario. Aquí donde Vd. me vé, yo ando á caballo, voy al sol, á la lluvia, al frío, al viento..... y nada..... siempre estoy vendiendo salud.

— ¿Y cómo está Vd. tan delgado?

— Pues toma; porque hay días que no pruebo ni la gracia de Dios.... Mi estómago no me lo permite.

— ¿Y á Vd. le han examinado la garganta?

— ¿Que si me han examinado la garganta?..... ¡vaya! figúrese Vd., que me han tenido por espacio de una hora en un cuarto oscuro; el médico se había colocado un espejo redondo en la frente, con una lámpara me iluminaba la gargar-

ta y me metió unos fierros y un espejito en el fondo, que dijo que era para mirarme las cuerdas vocales....; ¡y vamos que me tuvo mucho tiempo! Y después de todo eso, hasta me revisó el pecho y la espalda.... y me encontró bueno.

— ¡Pero algo debió encontrar, si Vd. está roncol

— Nada señor, nada....; es decir, miento; algo encontré.... si señor; le mentiría si le dijera que nada.—Y con un gesto de desprecio que se lo hubiera envidiado el mejor actor, añadió:—¡Pero tan poca cosa...., tan insignificante.... que.... vamos.... ni.... ni vale la pena de mencionarlo!

— ¿Y que le dijo que hiciera?

— ¡Huy, es cosa de nunca acabar! que fumigaciones, que tópicos, que gárgaras; que no saliera al viento, ni á la humedad, ni al polvo, que no fumara.... ¡Mire Vd. que privarme á mí el tabaco....; á mí!.... vamos.... que no puede ser; no señor; primero me muero. Podré abandonar cualquier vicio; pero el tabaco, no señor. ¡Mire Vd. que es tener guasa el querer que no fume!

— ¡Pero! ¿Por qué no reemplaza el tabaco por una boquilla con alquitrán ó alcanfor ú otra sustancia aromática que le haga la ilusión de que fuma?

Y dándome una palmada sobre la rodilla exclamó sonriendo:

— ¡Pero que chirigotero que es Vd. doctor..! ¿Cree Vd. que voy á darle un timo á mi paladar? ¡Pues...., no señor...!

.....  
Y este simpático enfermo se moría algunos meses después, de tuberculosis laríngea y pulmonar. ¡Que lástima!

Otro caso.

Se trataba de una niña, que se apresuró á decir á toda la gente, que había venido á las sierras, porque su mamá estaba un poco delicada del hígado, y le habían aconsejado los médicos, que hiciera una estada en un clima de altitud.

No pasó mucho tiempo sin que solicitaran mi presencia á la cabecera de la cama de aquella señora, por una descompostura, según decían que le acababa de dar. La examiné, y en aquel momento padecía de una fuerte neuralgia que le tomaba la mitad de la cara.

Concluida mi visita, me disponía á retirarme, cuando aquella niña salió afuera del cuarto, ignoro con qué objeto.

El día estaba lluvioso. Al despedirme de la enferma, me rogó que esperara un momento el regreso de su hija, y añadió:

— Sin duda habrá ido á tomar su remedio, porque donde Vd. la vé, que parece tan fuerte y tan rosada, ha estado muy delicada todo el invierno. ¡Y si viera que tos tenía...,—la señorita entró en aquel momento, y la madre en tono de reproche le dijo:—¡Cómo cruzas el patio lloviendo hija; después vas á toser toda la noche!

— ¡Ave María mamá....!

— Si hija, si; no cometas imprudencias.... Te esperaba para que el doctor te explicara como debía tomar unos sellos que me acaba de recetar, porque con el dolor de cabeza que tengo, yo no lo voy á recordar.

Después que le hube explicado lo que me pedía, la señorita me dijo:

— ¡Tengo una curiosidad doctor, y desearía que me sacara de ella!

— Vd. dirá.

— ¿Le parece que á mi me sentaría mejor el guayacol que la creosota?

— Señorita; su pregunta me sorprende, yo ignoro si usted está enferma, así es que no puedo decirle si le conviene más, el un medicamento que el otro.

— ¡Vea doctor; el médico es un confesor...!

— Así es....

— Y aquí en este pueblo, todos creen que la enferma es mamá; he hecho creer, que hemos venido por una enfermedad de mamá, cuando en realidad la enferma soy yo..... Quedó un momento pensativa, como si se hubiera arrepentido de la confesión que acababa de hacer y añadió: — Pero ahora yo estoy muy bien; no me siento nada; duermo como un lirón, como de todo, ya casi no toso,.... ¿No le parece que estoy bien?

— No te fíes, hija....;—interrumpió la madre,— ¿por qué no aprovechas para que te examine el doctor?

— ¡Qué ocurrencia mamá! — Y dirigiéndose á mí continuó: — ¿Vd. cree que es necesario examinarme el pecho para saber como estoy?

— Lamento decirle, que no poseo el dón de adivinar. Le contesté.

— Aprovecha hija, insistió la madre, que el doctor está aquí; mañana se va á Buenos Aires, y quien sabe cuando vuelve.

— Ya que usted se empeña mamá, lo voy á hacer, pero ya verá como no me va á encontrar nada.....

La ausculté, la percutí, aprecié las vibraciones torácicas, y encontré que el vértice del pulmón derecho estaba tomado, y el vértice del izquierdo respiraba con mucha dureza.

Indudablemente que se trataba de una tuberculosa. Ella lo sabía pero se creía curada ó próxima á serlo, y no quería que nadie supiera su enfermedad.

— Vd. debe toser por la mañana al levantarse? le dije.

— Es cierto doctor, toso un poco.

— Y también por la noche al acostarse, ¿no es verdad?

— Si...., si.... un poco.

— Durante el día toserá usted menos.

— Efectivamente, hay días que no toso casi nada durante el día. Otros días toso un poco más; sobre todo cuando el tiempo está húmedo.

— ¿Nunca tiene fiebre?

— Jamás. me noto fiebre.

— ¿Y usted se coloca el termómetro para saber si tiene fiebre?

— No doctor, pero yo me conozco, cuando estoy con fiebre.....

— ¿De que medio se vale para saberlo?

— Por el calor de la piel. •

— Eso no basta, señorita. Es preciso tener su termómetro y colocárselo por la mañana, por la tarde y por la noche.

— ¿Tres veces por día?

— Tres veces.

— ¿Y quien va á aguantar eso?

— Toda persona que quiere curarse.

— ¿Pero... Vd..... no me cree curada?

— No señorita.

— ¡Has visto hija...! exclamó la madre.

La niña hizo una mueca de disgusto por la opinión que yo acababa de dar. Pero si se lo dije así, rudamente, era para que se cuidara, y no se forjara ilusiones con las curas rápidas de esta enfermedad.

Conozco á una señorita que hace dos años que permanece en la sierras, por.... nada. Lo que ha tenido según ella, ha sido una pulmonía, pero los médicos le aconsejaron que fuera á las sierras para cambiar de aire. Los que nos ocupamos de medicina, demasiado sabemos que la convalecencia de una pulmonía no dura dos años.... Pero de buena fuente he sabido que no ha habido

tal pulmonía, sino una pleuresía de origen tuberculoso.

Sería tarea interminable el citar todos los enfermos que niegan su tuberculosis. Ellos saben que son enfermos, pero esconden la verdad, por el temor de que la sociedad los rechace. De ahí dos errores: el primero, que no pueden cuidarse como deberían hacerlo y prefieren exhibirse para hacer ver que son sanos, no siéndolo; el segundo que exponen á los no enfermos al contagio, lo cual es un crimen.

He conocido personas, que han ido á contagiarse en aquellos lugares, por haber vivido en común con tuberculosos que negaban serlo. Esta clase de enfermos que niegan su enfermedad, son muy peligrosos y por desgracia, abundan.

Son seres incapaces del menor agradecimiento. Si tosen en presencia de otras personas, dicen que se han resfriado, y acusan de ello al clima, á la naturaleza, á la sirvienta que dejó entrea-bierta una puerta. Acusan á todo..., á los seres y á los elementos, cuando en rigor deberían acusarse á si mismos, porque, queriendo esconder su estado, cometen imprudencias de todo género, so pretexto de tener una salud floreciente. Estos enfermos se empeoran por su obstinación é inconciencias y seguramente no curarán porque no quieren escuchar ningún consejo... ni aun del padre, de la madre, ó hermana quienes les aconsejan, les suplican, que no se agiten, que no ha-

gan ejercicios violentos...; que no vayan á los bailes, ni á cabalgatas; que les ruegan permanezcan tranquilos haciendo una vida contemplativa.

La familia que acompaña al enfermo, lleva instrucciones precisas de su médico y para evitarle á aquel la tristeza y el aburrimiento, le invitan para dar una vuelta en carruaje, despacio sin fatigarse..., para admirar el aspecto variado de una naturaleza alegre y luminosa, quieren llevarlo á contemplar aquellas verdes montañas...; á oír las modulaciones tristes, ó los alegres gorjeos de los pájaros..., á admirar aquí el arroyo encajonado que corre á prisa luchando incesantemente con las piedras y los árboles; allá el arroyuelo que, como una arteria, viene á desembocar en aquel grueso aneurisma que llaman: "El Tajamar".

Todo eso quieren hacerle ver, y para ello toman las debidas precauciones; quieren prepararlo suavemente á un régimen que lo ha de conducir á la curación, haciéndole olvidar la enfermedad; le quieren hacer pensar en la vida un poco animal al principio pero dulcemente humana después.

Pero ellos no hacen caso; buscan todos los medios para contrariar á los seres que los quieren; en general, no aman á nadie, se adoran á sí mismos, y quieren que todo el mundo los admire; por eso quieren concurrir á todas las fiestas, para lucirse, para hacerse notar. Dicen que no están

enfermos, que no tienen casi nada, que sus médicos han exagerado el mal y que sus padres los han creído..... Esos enfermos en sus ridículas pretensiones se creen capaces de curarse ellos solos. Si alguien les dá un consejo, lo toman á mal y lo primero que le dicen:— ¡Pero señor, si yo no estoy enfermo!.... Y siguen desobedeciendo á todos, saben que les acarrearán desagrados á la familia, al médico, á sus íntimos; todo les es indiferente. Conocen mejor su enfermedad que todos los médicos que los han examinado... ¡Pobres fatuos! ¡Pobres orgullosos! No conocen nada; no saben nada; sino hacer mal á los demás.

Se ríen de las personas que los tratan con cariño, hasta el momento en que la fiebre, ó un vómito de sangre los deja aterrados, yertos.

De esa clase de enfermos no hay que esperar ningún agradecimiento. Si se reponen del accidente sufrido, dicen que no ha sido nada, que se les ha alarmado sin razón; y aun confesándose enfermos siguen escupiendo por todas partes, salpicando con su saliva infectada á las personas con quienes hablan; si alguien toma alguna precaución para preservarse del mal, se mofan de él, y lo tildan de timorato. Pueden ver morir probablemente contagiadas por ellos mismos á las personas que los cuidan, que los rodean, que les hacen pasar la vida menos triste, esos enfermos no sienten ningún remordimiento perdiéndolas..... Ellos quedan, y eso les basta...

En cambio, ¡qué simpáticas saben inspirar los buenos tuberculosos, que confiesan su mal! Con que placer se les vé tomar todas las precauciones para curarse y evitar el contagio á los demás! ¡Con qué satisfacción se les oye hablar con otra persona, guardando una respetable distancia para no echarle la saliva ó el estornudo encima! ¡Con qué educación si la tos los ataca, van á espectorar á cierta distancia dentro de una escupidera que contenga una fuerte solución antiséptica! ¡Con qué entusiasmo, el médico guía á esos enfermos para que lleguen á su curación, infundiéndoles valor, y levantando su espíritu! ¡Con qué delicadeza vuelven la cabeza para no respirar encima de la de su médico cuando éste los ausculta para descubrir el avance de la cicatrización pulmonar que indicará su curación definitiva! ¡Con qué dulzura aceptan el no respirar sobre la cara de su médico, cuando éste ausculta aquellos corazones tuberculosos que laten apresuradamente y á veces en desorden, como queriendo revolucionarse contra el ataque intempestivo que, por contragolpe de los pulmones reciben!

Ya saben que el tratamiento es largo; pero no por eso desmayan; son perseverantes, tenaces, de una tenacidad diamantina; y por eso llegan á curar.

¡Qué simpáticos y meritorios son esos tuberculosos que han cumplido al pié de la letra las indicaciones de su médico! ¡Cómo han perseverado

en el régimen que se les ha impuesto, permaneciendo días enteros en el más absoluto reposo, acostados en su *chaise longue*, casi en mutismo absoluto! ¡Y que alegría cuando terminadas las fiebres, se les permite hacer los primeros paseos, y sienten la vigorización, de su organismo! ¡Es el caso del pájaro prisionero á quien se le dá la libertad y bate alegre las alas en el espacio inmenso!

Todo el mundo está gozoso de verlos, renacer á la vida. Permanecen escrupulosos, pusilánimes, hacen visitas cortas. Si se les ofrece una copa de cualquier cosa, la rechazan por no poner sus labios en utensillos que no sean de su uso personal; nunca escupen en el suelo; cuidan de no besar á nadie; se confiesan enfermos, y evitan ser contagiosos.

¡Con qué tranquilidad de espíritu se reciben las visitas de esos enfermos! ¡Cómo es dulce tratarlos con cariño, y cómo ellos lo saben agradecer!

El físico debe amar las plantas, las montañas, las aguas, el sol, el aire. Debe amar con el amor filial ó fraternal, pero le está prohibido por ley de conciencia y de humanidad, amar con el corazón de esposo. Todavía es muy frágil para ello, pero llegará el momento en que podrá hacerlo. ¡Dejadlo seguir el camino emprendido, y llegará á tiempo.

No se crea que serán seres inútiles; no; llega-

rá el momento en que serán buenos esposos y ciudadanos útiles.

No hay que contar con la buena fé de las familias, cuando se quiere saber la verdad en vista de la tuberculosis. Casi siempre negarán. Y aun personas respetables y muy dignas de consideración, en estos casos esconden la verdad sin ningún escrúpulo.

El terror que inspira la tuberculosis, hace que se rechace de todas partes á esos enfermos, como si fueran parias; y nada más injusto y cruel que ese rechazo absoluto, porque hay una categoría de enfermos que no deben ser rechazados; ellos mismos evitarán el peligro para los demás.

Ahora bien, cuando por el contrario, se trata de aquellos enfermos que esconden la verdad exponiendo la salud de todas las personas que los rodean, entonces es cuando se deben tomar todas las precauciones, porque se tendrá un enemigo que va á tratar á todos sin consideración, sin anunciar que penetra en nuestro hogar con un puñal escondido. ¡Es la víbora que emponzoña! Tal es el tuberculoso malo, del cual no hay que esperar nada bueno. ¡Dejémosle que se cure á su manera.....!

¡Ya sabe más que nosotros.....!

Así como la familia y los que cuidan al enfermo deben emplear toda su autoridad y vigor para los tuberculosos que pueden curar, así deben ser indulgentes y débiles para con aquéllos que no

tienen remedio, tratándolos con ternura, preparándolos á una conclusión suave, llena de ilusiones, acariciándoles el oído con buenas palabras, haciéndoles ver esa pequeña luz de esperanza que nunca se apaga, porque los infiltrados de este mal no se rinden cuenta de su estado.

Con toda ternura se debe también tratar al viejo tuberculoso; el pobre, por más que haga, es casi seguro que no curará, pero podrá vivir mucho tiempo, estirando su vida durante años, cuidándose, confesando su enfermedad, no para que huyan de él como alguien pudiera creerlo, sino para que lo cuiden. Si ese viejo se enfermó cuando era joven y en aquel entonces no pudo curarse, ahora menos que antes podrá hacerlo, porque ya no tiene la edad en que podía contar con todas sus fuerzas. Si la enfermedad lo ha atacado en la vejez, no habrá nada que esperar de estos enfermos, porque negarán siempre su enfermedad. Ellos nunca dirán que son tuberculosos: serán asmáticos, estarán resfriados, será un catarro crónico, será todo lo que Vds. quieran pero jamás lo que son.....

¡Pobres viejecitos, hay que acompañarlos con cariño hasta su último suspiro! Niegan, ¡pero que importa! Ya no tienen las locas exigencias de la juventud; de noche no concurren á los bailes, ni á reuniones; no pueden ir á infectar á nadie, porque su mal y su edad, no les permiten salir. Las personas que los rodean, deben tomar sus precau-

ciones, para que no infecten á los que directamente los cuidan. El viejecito tuberculoso será incurable, porque su riñón ya no le acompaña; su corazón después de haber funcionado durante tantos años regularmente como la máquina de un reloj, empieza á andar mal, á pesar del aceite que se le pone. El hígado ha aumentado de volumen, lo cual es de un pronóstico severo cuando el corazón no marcha bien. Sus arterias están esclerosadas, duras, resistentes, espesas; se les vé latir abajo de la piel, en las sienes, en el cuello etc. En fin, es toda una máquina deteriorada. El engranaje rechina por todas partes. Imposible que funcione bien.

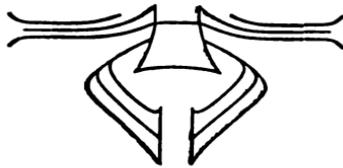
Existe otra categoría de tuberculosos que nunca niegan la enfermedad que tienen; enfermos de talento, espíritus privilegiados que llegan á la celebridad. ¡Y de que manera se confiesan enfermos....! ¡Que triste es ver la debilidad de aquellos organismos, en que solamente el cerebro vive fuerte hasta en los últimos momentos!

Filósofos, poetas, sabios, músicos.... de todo ha caído bajo el azote de la terrible enfermedad.

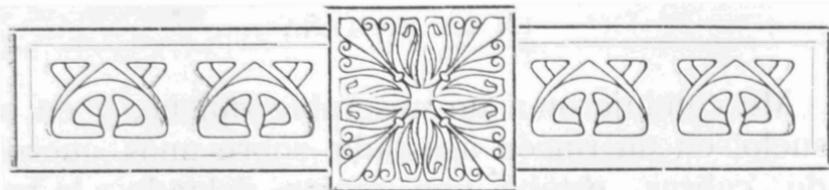
¡Cuantos, cuantos han sucumbido! Los grandes cerebros no debieran tener ese fin prematuro. Dejan cada uno en su esfera, una gloria alrededor de su nombre y una estela luminosa de su paso.

¡Esos privilegiados se marchan hacia las esferas superiores admirados y respetados; mientras que en este bajo mundo, sus rivales quieren hacer

jirones la obra magistral por aquellos dejada y se precipitan sobre ella como una jauría hambrienta, para arrebatarnos un pedazo, de aquella gloria!







## XIV

# DE TODO UN POCO

Si se da oídos á aquellos montañeses, allí no existen enfermedades, á excepción de la tuberculosis, que es traída por enfermos provenientes de otras partes. Esta afirmación no es completamente exacta:

Un día, me solicitaron para que visitara á una pobre mujer que, según la persona que vino á buscarme, padecía de un empacho de higos hacía dos meses, y perdía sangre.

Con aquellos datos, ya se puede uno imaginar como habría yo quedado enterado de la historia de la enfermedad!

Me condujeron á un miserable rancho, y en el suelo, en un rincón acostada sobre unos cueros de cabras, estaba una mujer delgada, la tez de color amarillo pajizo, y tendríá unos 55 años de edad.

Por sus contestaciones á las preguntas que le dirigí, me dí cuenta de que existía una lesión en los órganos del vientre.

Ninguna comodidad tenía para poder examinarla; no había en aquel rancho, ni un baúl, ni una silla, ni una mesa. Absolutamente nada.

Al ver aquella pobre mujer en esa situación, me produjo un sentimiento de conmiseración, lo que me obligó á arreglarme como pude para estudiar su organismo, hasta saber de lo que padecía.

Había una muchacha de unos 20 años que la acompañaba en ese momento, la cual me dijo que era su hija.

— Necesito examinar á esta señora, le dije á la hija que permanecía en pié en el medio del rancho.

— Como Vd. mande señor, repuso ella.

— ¿Vd. no tiene un catre, una mesa, un banco...?

— ¡Soy muy pobre señor! ¡nada puedo ofrecerle!

Quedé un momento pensativo, sin saber que partido tomar. De pronto se me ocurrió una idea...

— ¿En su casa hay un par de sillas? Le pregunté á la muchacha.

— Si señor; tengo dos que son las únicas que he conservado,..... para servirle á usted.

— ¿Son altas y fuertes?

— Así es..., son linditas; son de aquellas que el almacenero don Payo las llama de Hiena.....

— ¿Sillas de qué...? dije interrumpiéndola.

— De Hiena, señor. Me contestó con toda tranquilidad. El cuadro que presenciaba, y la misión que desempeñaba en aquel momento, me impidieron bromear, y continué:

— ¿Su cuarto tiene ventana?

— Si señor.

— ¿La ventana es alta?

— Parece que si, señor.

— Vamos á verla. Le dije súbitamente.

Nos encaminamos á otro rancho que quedaba á unos pasos de allí. La paisana me miraba con sus grandes ojos negros, dibujándose en su cara una expresión de extrañeza y curiosidad, como diciendo: — ¿Y este que vá á hacer? Entré en el otro rancho, y ví las dos sillas de Viena, que no tenían de austriacas sino la mitad, porque la otra mitad era criolla, por haber sido reemplazada la esterilla por un pedazo de cuero de vaca. Pero en fin, para el uso que yo me proponía hacer de ellas, eran excelentes.

Observé la ventana y ví que tenía postigos desarmables. No necesitaba más.

La persona que vino en mi busca, resultó ser el marido de esta mujer; él había quedado en la

puerta del rancho de su suegra. Le hice señas de que se acercara. Le pedí que sacara un postigo, lo que ejecutó maquinalmente, sin imaginarse, en que pararían todas estas cosas. Hice cargar por el hombre el postigo y las dos sillas, y nos volvimos al rancho de la enferma.

Coloqué el postigo sobre el respaldar de las sillas é hicimos acostar la enferma, sobre aquella mesa improvisada para exámenes ginecológicos, la que resultó ser excelente hasta para efectuar una intervención.

Como también necesitaba para explorar cuidadosamente, que la pelvis de la pobre enferma estuviera un poco alta, le pedí al yerno que me trajera los bastos de su recado, los que colocándolos debajo de la cadera, quedó esta levantada.

Era un verdadero examen de guerra, hecho en el campo de batalla.

El yerno se retiró y quedé solo con la enferma y su hija.

¡Qué lejos me encontraba de mi sala del hospital, donde se tiene todo listo, todo al alcance de la mano, con enfermeras prácticas y practicantes excelentes y estudiosos...!

Me lavé las manos lo mejor que pude, porque no había que contar con cepillo de manos ni desinfectantes, y examiné á la enferma.

La exploración fué corta.

No viviría mucho tiempo; estaba irremisiblemente perdida. No cabía ni la esperanza de poderla

operar con buen resultado. Todo estaba invadido y lleno de adherencias.

Se trataba de un cáncer en la matriz.

Me interesé por aquella desgraciada mujer, y conseguí que fuera trasladada al Hospital de Córdoba, donde falleció tres meses después.

Otra vez me llamaron para ver una criatura nacida hacía 8 días. La madre me dijo que la chica estaba enferma porque no le habían dado aceite de castor con jarabe de achicoria, para purgarla en el momento de nacer. Esa criatura se moría de erisipela, que había tenido por punto de partida la herida umbilical, donde le habían puesto un trapo sucio, que originó la infección.

No solamente hay cáncer y erisipela, he observado, que abundan los enfermos del corazón. He visto casos de varicelas, varioloides, viruela, fiebre tifoidea la cual hace estragos terribles, sarampión..., y á que citar más....! Allá se encuentra de todo, como en todas partes.

He visto evolucionar el sarampión con complicaciones muy graves.

Recuerdo el caso,—que es una severa enseñanza para las madres, - de una niñita, que hoy es el encanto de sus padres, éstos habían ido á veranear á aquellas montañas, donde la hijita adquirió el sarampión; tuve la oportunidad de ver á la criatura y les indiqué lo que tenían que hacer; mas como regresaba á Buenos Aires al día siguiente, les aconseje que si la enfermita no seguía bien,

era preferible que la llevaran á Córdoba ó que regresaran á Buenos Aires donde ellos estaban radicados. Desgraciadamente la enfermita empeoró, y la llevaron á Córdoba donde después de una asidua asistencia pudo sanar; y, no bien repuesta todavía, volvieron á Alta Gracia hasta que terminado el verano, regresaron á la Capital Federal.

Un día ví entrar en mi consultorio á esta familia y me dijo la madre:

— Deseo, doctor, que usted me dé su opinión, sobre el estado de esta criatura. ¿Vd. se acordará de nosotros? Fué el señor doctor...., añadió señalándome...., quien vió esta chica, cuando tuvo sarampión.....

— Ah!.... si señora...., ya recuerdo. Fué en Alta Gracia ¿no es verdad?

— Si señor.... Pues bien. La niña se empeoró, y como usted bien sabe que allí no hay médicos, la llevé á Córdoba, donde la tuve á la muerte. Me la asistió el doctor..... quedó un momento reflexionando, y no encontrando el nombre que buscaba, dirigiéndose á su marido le preguntó:—¿Te acuerdas del nombre del doctor que asistió á la nena en Córdoba?—Y el marido repuso:

— No lo recuerdo.—La señora continuó:

— Bueno, ya me acordaré....., lo tenía en la punta de la lengua..... Como le decía, la tuve muy grave; yo creí que se me moría. Por fin, después de muchos contratiempos la pudimos salvar. Pero desde entonces, esta criatura no ha

seguido bien. Se resfría con mucha facilidad, tose con frecuencia, no tiene apetito, está desganada.... en fin, doctor, ya no vivo tranquila y deseo que Vd. le haga un examen muy serio y me diga lo que le encuentra.

— Señora, le advierto que yo no me dedico á enfermedades de niños, pero ya que usted se empeña, la voy á complacer.... ¿Habría indiscreción en saber quién es el médico de esta nenita?

— Vea, doctor, desde que estuvo enferma en Córdoba, usted es el primer médico que aquí la ve; pero habitualmente el médico de la nena es el doctor Angel Centeno....

— ¡Pero señora! Siendo el doctor Centeno el médico habitual de esta nena, ¿cómo usted no la ha llevado á que él la examinara? Usted no debe ignorar que la opinión de Centeno sería en este caso de mucho peso, y por cierto mucho más exacta, que la mía.

— Tendrá usted razón, doctor; pero como sabemos que su hijito ha estado tan grave, y ahora está tan bien, yo desearía conocer simplemente su opinión.

— Si es así señora, voy á acceder á su pedido....

Examiné á la enfermita, y encontré que el vértice del pulmón izquierdo respiraba muy mal, oyéndose unos pequeños crujidos acompañados de otros fenómenos en las bases de ambos pulmones, todo lo cual me hizo sospechar una tuberculosis en su principio.

Mientras le colocaba el termómetro á la criatura, continué interrogando á la madre:

— ¿Podría decirme señora, adonde llevaron á la criatura después que el médico de Córdoba la dió de alta?

— Volvimos á Alta Gracia.

— ¿Y la criatura, siguió tosiendo en las sierras?

— Desde que tuvo el sarampión siempre siguió tosiendo.

— ¿Y de eso, hará unos cinco meses, no?

— Cinco meses y medio.

— ¿Y en la montaña la sacaban á pasear todos los días?

— Cómo no, doctor, todos los días la sacábamos á caminar por el arroyo, por el tajamar, y cuando el tiempo no era bueno....

— La interrumpo señora. ¿Qué casas frecuentaba esta niña?

— Muy pocas, ¡oh! ¡por eso no! porque no la dejábamos separar de nosotros. La nena siempre ha salido ó conmigo ó con su padre. Donde íbamos con más frecuencia era á la casa de una amiga que hace bastante tiempo que está allá porque es delicada del pecho. Aquí alguien nos dijo, que era tuberculosa, pero yo no lo creo, porque ella está muy bien, muy rosada, nunca siente nada,.....—el esposo la interrumpió:

— Algo ha de tener, porque á ella no le gusta estar en las sierras, y hace unos ocho meses que está allí;... y recuerdo que una tarde que

estábamos de visita en su casa, tosió mucho y echó un poco de sangre que yo la ví...

— ¡Bueno! le interrumpió la esposa, ¡pero eso fué debido al esfuerzo que hizo al toser!

¡Si es una mujer más sana que un roble y más colorada que un tomate...! ¡Conque yo no me explico, doctor, como mi nena, ha ido á contagiarse de Sarampión allá, donde dicen que no hay enfermedades.

Sin contestar á la madre, retiré el termómetro que aun conservaba la enfermita, y miré la columna mercurial, que marcaba 37. 4.

La madre me seguía con la mirada, y viendo que yo guardaba silencio me dijo:

— ¿Hay fiebre?

— No diré que hay fiebre señora, pero hay un poquito de calentura..., casi nada.

— ¡No será nada! ¿no es verdad, doctor?

— No lo creo señora, pero es bueno tomar las precauciones necesarias para combatir ese estado general; la niña está un poco débil, hay un poquito de bronquitis, y es necesario cuidarla muy seriamente, porque así como se complicó el sarampión, esto también podría complicarse, y adquirir esta nena, una enfermedad muy grave. Yo soy de opinión que usted debe volver á la montaña con su hijita, y hacerle seguir un tratamiento muy severo.

Esta niña va á recuperar la salud; pero habrá que rodearla de muy serios cuidados.

No deje de verlo al doctor Centeno, y él le dirá el tratamiento que deberá seguir su nena.

.....  
 La pobre criatura era tuberculosa. Tuberculosis contagiada allá en las sierras, por frecuentar personas atacadas del terrible mal. Seguramente que habrá recibido besos sobre los labios, besos que debían ir cargados de bacilos de Koch. Esta enfermita acababa de pasar por una muy seria complicación pulmonar, y no estando aun repuesta, la habían llevado á casas de tuberculosos, que quien sabe donde expectoraban, y que le cubrían los labios de saliva impregnada de bacilos.

Hace poco tiempo, he tenido gran placer al saber que esa nena, fué á asistirse á Santa María, y que, habiéndose detenido la enfermedad está actualmente casi completamente curada.

Otra de las enfermedades que causa estragos, es la fiebre tifoidea. Los ejemplos que podría citar son muchos. Recuerdo de uno en que el dianóstico era tan claro que podría haber servido de caso típico para una descripción didáctica. Aconsejé á aquella pobre familia, que llevaran al enfermo al hospital de Córdoba, les expliqué que se trataba de una enfermedad muy larga y muy grave. Pero mi consejo sirvió para que me hicieran una terrible censura. La madre del enfermo, una vieja serrana, al día siguiente decía á quien quería oirla:

-- ¡Qué se ha pensao este dotor porteño! ¡Es-

tá fresco que voy á dejar que lleven á mi hijo al hospital de Córdoba, pá que me lo maten! ¡Si lo que tiene mi hijo es un vaso de agua fría que se lá pasmao en la barriga! ¡Si en quantito venga la médica misia Gertrudis, ya verá como le hace parar los huesos de punta con unos yuyitos é la sierral.....

La médica, era una vieja, curandera.

Diez días después aquel pobre muchacho estaba en el cementerio.

La ignorancia de aquella gente es tal, que no conciben como un tuberculoso pueda enfermarse de otra cosa. No quieren comprender que el baciloso durante el curso de su mal, pueda adquirir cualquier otra enfermedad.

No olvidaré el caso de un joven que soportaba muy bien sus pequeñas lesiones pulmonares, las que estaban en vía de curación. Enfermó de algo que allí lo atribuían á un empeoramiento de su tísis. Me rogaron que lo viese, y así lo hice. Este joven vivía solo. Había una buena mujer que le preparaba el alimento y le arreglaba el cuarto.

A la verdad que es triste estar enfermo y vivir solo en aquellas regiones! Cuando el enfermo marcha bien, y no vienen complicaciones, todo va á pedir de boca. Pero un mozo solo, lejos de la familia, donde no encuentra á nadie que lo cuide con cariño, y donde todo lo que le hacen es por el interés, donde nadie lo cuida de noche, donde no lo comprenden, donde no tiene ninguna persona de

ciencia que lo vigile, ese enfermo debe sufrir mucho tanto moral como físicamente. Esto le ocurría á aquel desgraciado joven .

Lo cuidaban con buenas palabras, y con infusiones preparadas con hierbas recogidas en las faldas de las montañas.

Los primeros días de la enfermedad, todo fué bien; pero á los diez días, el cuadro cambió de color. Las personas que lo cuidaban ya no le prestaban el asiduo cuidado que su enfermedad requería.

Como he dicho, fuí á verlo y me encontré con todos los síntomas de una fiebre tifoidea. No podía darme contestaciones exactas á lo que se le preguntaba, porque el delirio era continuo. La temperatura era de 40° 5, y el peor síntoma que encontré fué la calidad del pulso y el número de pulsaciones las que alcanzaban á 137 por minuto. Este pulso en la fiebre tifoidea del adulto indica que el corazón se vá batiendo marchas fúnebres.

Aquel pobre enfermo estaba en malas condiciones para curar; de noche, quedaba completamente abandonado, sin que nadie le alcanzara un vaso de agua para humedecer los labios secos y la lengua tostada, negruzca que parecía de loro. ¡Allí quedaba abandonado á su suerte!

Una mañana, cuando fueron á abrirle la puerta de su cuarto, lo encontraron tirado sobre el piso desnudo. Durante su delirio se había levantado de la cama y sus fuerzas lo acompañaron unos

pasos, hasta que cayó en el sitio en que fué encontrado á la mañana siguiente.

La mujer que durante el día lo cuidaba, le había dado toda clase de alimentos los primeros días de su enfermedad, de manera que aquella pobre mujer, en rigor hacía lo que le parecía bien, sin saber que empeoraba la situación.

— Si señor, me decía, yo lo cuido lo mejor que puedo; durante el día vengo varias veces á verlo; hace unos días, cuando le preguntaba si quería tomar leche, me decía que sí; pero ahora no quiere nada; lo mismo me pasó con la comida, que al principio aceptaba de todo; le preparaba una presita de pollo tierno y se la comía que daba envidia. Otras ocasiones le ofrecía unos huevos fritos y nunca me decía que no. Otras veces le servía una empanada..... en fin, señor, yo he hecho lo posible por curarlo con alimentos sanos y abundantes; ¡pero ni con eso! y ahora no quiere nada.

— ¿Y del vientre como anda? le pregunté á aquella enfermera *sui generis*...

— ¡No me diga, señor! los primeros días era una descomposición fiera, pero ahora, gracias á Dios ya se vá componiendo; si no fuera por el desvarío estaría sano....

A la persona que me pidió que viera á ese enfermo, le advertí la conveniencia que había en avisar á la familia del enfermo, que el caso era muy grave.

Más tarde supe que aquel joven había fallecido,

cinco días después de haberlo visitado. En el pueblo se dijo que había muerto de tuberculosis. Tal afirmación es errónea. Aquel joven estaba mejor de su tuberculosis, y murió de fiebre tifoidea.

Conozco el caso de una enferma también tuberculosa, que sufría de los riñones; esa enferma padecía del "Mal de Bright" y murió de un ataque de uremia. Sin embargo, todo el mundo dijo que la tuberculosis la había matado. Lo que no fué cierto.

Volviendo á la fiebre tifoidea, diré que en Alta Gracia es una enfermedad endémica. Cuando sostuve esto mismo en una reunión de personas que habían llegado á aquel punto para veranear, quedaron sorprendidos de mi aseveración. — ¿Y cómo evitarla? me preguntó un señor bajo y grueso, de calvicie respetable, de gruesos bigotes blancos, y que parecía muy asustado por la noticia.

— Muy sencillamente señor, le contesté, no tome agua cruda de ningún pozo.

— ¿Y como la vamos á tomar?

— Hervida; y si no le agrada el gusto, tome cerveza, leche ó agua mineral.

— ¿Y qué le parece, doctor, el agua del ojo del arroyo?

— Tan mala como la de pozo.

— ¡Pero doctor, si es una agua linda cristalina, sin depósito de cal ni residuos!

— Todo lo que usted quiera; pero no olvide, mi buen señor, que es ahí en ese arroyo donde

las lavanderas van á lavar la ropa de toda la gente, entremezclando la del enfermo con la del sano, y allá van las sábanas de un tifoideo des-parramando los bacilos de Eberth dentro del agua. Allá van los pañuelos de los tuberculosos llenos de bacilos de Koch de aquellos malos tuberculosos que, á pesar de todas las súplicas del médico y de su familia, escupen en el suelo, sobre la ropa, en cualquier parte. Esa ropa puede contagiar á los parientes, á los criados, á aquellas mismas lavanderas, para quienes es indiferente el exponer á todo el mundo al contagio; unas lo hacen de ignorantes; las otras saben que hacen mal. ¡No tienen corazón! Ellas lucran y lo demás no les importa.

Se les dice el peligro que corren y el contagio á que exponen á la población que les confía su ropa. No hacen caso.

Ygnoro si la extrema pobreza en que viven, les saca la timidez y los escrúpulos. No comprenden razones, y las familias incautas fiadas en la buena fé de esas mujeres, les entregan la ropa, que estas salvajes contaminan, infectando al mismo tiempo las aguas del arroyo.

Se les pide; se les ruega; se les suplica que no laven en esas condiciones. ¡Todo es inútil..!

¡Lo toman todo á broma y embroman á todos!

---





XV

## ¡PUEBLO CHICO.....!

Al regresar de un paseo que hice al pintoresco punto conocido por el "Cañón de Guzmán", encontré en mi casa al señor conde á quien no había visto desde aquella época en que salimos de la hostería "El Paraíso". Lo acompañaban un señor Morales y su esposa.

El señor Morales había sido empleado de la Municipalidad de Buenos Aires, y su esposa era maestra de escuela, jubilada. Ambos habían venido á Alta Gracia para visitar á una parienta que se encontraba enferma de tuberculosis. Los invité á almorzar, y aceptaron gustosos.

A pesar de que ya estábamos, en esa época, instalados en la casa que había hecho construir de acuerdo con todas las reglas higiénicas, no podía obsequiar, cual lo hubiera deseado, á las personas que me honraban con su visita.

— Me dispensarán señores, les dije, que no pueda recibirlos con todas las atenciones á que ustedes son acreedores, pero comprenderán que no es posible en estas alturas tener todas las comodidades que uno desea.

— Señor doctor, me contestó el conde, su casita es muy alegre y está en una situación admirable; antes de llegar usted, su señora nos hizo recorrer las habitaciones y veo que no se le ha escapado nada que fuera importante, ni los ángulos de las paredes, que aquí no son como se hacen generalmente sino redondos. Vd. ha hecho una verdadera casita de salud.

— Ese ha sido mi propósito.....

— Y no olvide, doctor, que á pesar de mi título de nobleza, soy militar alemán, y, por consiguiente, estoy acostumbrado á todo. He venido á saludarlo y al mismo tiempo á cobrarle una deuda.

— ¿Cual? repuse.

— ¡No me extraña que la haya olvidado!

Tendrá usted tantas cosas en que pensar....!

— Efectivamente. Pero lo que le haya prometido, estoy dispuesto á cumplirlo.

— Recuerda Vd. que estando en "El Paraíso", en una de nuestras conversaciones, hablamos de

la tuberculosis hereditaria, yo tenía curiosidad por saber lo que hubiera de verdad en ello.

-- Es cierto, repuse, ahora lo recuerdo bien. Y durante el almuerzo conversaremos de ese punto de medicina. ¿No le parece?

— ¡Como no, doctor!

Mi esposa nos anunció en ese momento que el almuerzo estaba servido. Tomamos asiento alrededor de la mesa, y nuestra conversación se entabló sobre el estado de salud de mi querido enfermito. Ya se les había servido la sopa á los comensales, quienes esperaban mi ejemplo para empezar á comer.

— Empiece señora, le dije á la vieja maestra, no espere á nadie, hágame el favor de no hacer cumplidos, dejemos la etiqueta para otra ocasión.

— Ya que Vd. así lo desea, trataré de no hacer ceremonias; muy bien soy del parecer; de Vd. Aquí en el campo agregó la señora, no deben existir las reglas de la etiqueta que es necesario observar en las ciudades. No hay cosa que me choque más que ver como ciertas personas quieren implantar en estos pueblecitos las exigencias sociales de los grandes salones.

— Tiene usted mucha razón, le dije, así es que nada de etiquetas..... y á comer....

Al cabo de un rato le pregunté al conde:

— ¿Hay muchos pasajeros en "El Paraíso".

— Si, doctor, bastante; pero ya se echa de menos aquella familiaridad que había cuando us-

ted estuvo; ahora tenemos una invasión de cierta gente que quieren llamar la atención de los demás, haciéndoles creer que poseen una preparación científica en que yo no creo, y un *savoir faire* que nunca han tenido; además hacen alardes del dinero y ponen con ello de manifiesto su mala educación y su ignorancia.

— No solamente en “El Paraíso” pasa eso señor, dijo la señora de Morales dirigiéndose al Conde, yo en la hostería en que paro, me divierto en observar las personas que llegan, y veo que en cuanto á tipos é ideas se encuentran más ó menos los mismos en todas partes. Hace poco llegó un joven que dice pertenecer á la aristocracia porteña, lo que no creo pues si en realidad lo fuera sería un *parvenu*; se presentó correctamente vestido, las manos muy cuidadas, incesantemente lavadas, bigotes y cabellos enrizados; cepillado, cuidado y hermoñado como una muñeca. Este joven desempeña su papel de fatuidad con la seriedad de un Lord. Todos sus movimientos, sus actos son de suma corrección y de una gravedad admirables. En la mesa pide las cosas recalando todas sus palabras. Ríe muy poco. Mira á las personas que pasan por su lado, por encima del hombro. Todos sus gestos son medidos; los ejecuta con calma. Cuando abandona la mesa, se enguanta, prende un cigarro habano y se retuerce sus bigotes con la misma arrogancia que emplearía el Kaiser.....

El Conde al oír esto, le dirigió una mirada severa, acompañada de una mueca de disgusto.

Para la señora de Morales, no pasó inadvertida la mala impresión que le habían hecho al Conde los vocablos emitidos por ella respecto de Guillermo II; pero no se inmutó por eso y continuó:

— El aspecto, las manos, la barba y la manera de hablar son tan cuidados, tan pulidos, tan observados que todo aquello parece postizo.

Después de la comida, se dignaba sentar al lado de una señora que dice haber visitado ambas Américas; y esta señora hacía la relación de sus viajes con un timbre de voz tan penetrante y metálico, que se le oía de un extremo al otro del salón. A veces la oía disertar durante más de media hora seguida, sobre los cafetales brasileños, sobre el grado de civilización de los Incas del Perú, sobre la barbarie de los indios Guaycurús, sobre los baños de Puente del Inca y de Cacheuta y sobre la fortaleza del Callao.... ¡Es muy divertida! ¡tanto, casi como un diccionario de Geografía Americana...!

Es muy entretenido el oír á cierta gente, hablar de cuestiones de metafísica con circunlocuciones y argumentaciones falsas. Y otros con una verba descomunal, empleando vocablos brillantes que parecen chispazos de fuegos artificiales.

— ¡Señora! le dijo mi esposa, todo esto no sería nada si no fuera la crítica y los chismes de este pueblo....

— En todo pueblo chico, pasa lo mismo, le interrumpió la señora de Morales. Figúrese que tengo una vecina que se las daba de amiga, me invitó á asistir á un baile que tuvo lugar en casa de la familia de Ocarra; yo, creyendo de buena fé que esa señora me tenía algún aprecio, no tuve ningún inconveniente en aceptar. Durante la tertulia, y mientras estaba bailando un boston, noté que ella con dos amigas que se decían pertenecer á la aristocracia de Córdoba, pero que no debían serlo por lo mal educadas, cuchicheaban, me miraban y se sonreían entre sí; aquello picó mi curiosidad y estuve en observación; cuando hube terminado la pieza, ví que las miradas de las tres, se dirigían hacia mí y los cuchicheos, las risas y las miradas continuaban. Me dió tanta ira, que estuve por levantarme de la silla, é irles á preguntar si tenía monos en la cara; pero me contuve porque tengo más urbanidad que ellas; mas al día siguiente, supe de muy buena fuente, que yo había servido de hazmer reír á mi famosa amiga. Esperé la oportunidad de hacerle sentir la grosería que había cometido. La ocasión no tardó en presentarse y sin ninguna clase de rodeos la abordé echándole en cara su fea conducta. Se quiso disculpar, mas todo fué en vano; me dijo que eran las amigas las que tenían la culpa de todo... Desde entonces rompí mis relaciones con ella.

— ¿Y qué podía criticarle? le preguntó Magdalena.

— Esa mal educada, exclamó indignada la maestra, dijo que yo le hacía los ojitos alegres á los caballeros que estaban en el baile; y como soy más guapa que esa.... vieja, la envidia que me tiene fué el motivo de la burla.

— No hay que hacer caso señora, le dije, de esas críticas hueras; además permítame que le diga, que no es conveniente en estos pueblecitos venir á picotear.

— ¡Es que hirió mi amor propio, doctor! continuó ya nerviosa, y yo no podía dejar ese agravio en la impunidad.

— ¡Pero señora, le dije para calmarla, esas cosas son perdonables y Vd. no debe incomodarse tanto!

El Conde que hasta entonces había permanecido callado añadió:

— Si; conviene no hacer caso. ¿No le parece señor? dijo dirigiéndose al señor Morales; y este le contestó:

— ¡Es claro!

Yo veía que el Conde estaba impaciente por interrumpir las censuras de la maestra de escuela; y para conseguir su objeto, le dijo sonriendo á Mario:

— ¡Qué bien comes nene! Y yo añadí apresuradamente:

— Es un placer verlo comer; y en esto también hay que vigilarlo, porque el exceso de alimento, podría producirle una indigestión.

— Sería de lamentar, ahora que está tan bien. Añadió el señor Morales.

— ¿No ha habido ningún enfermo en su familia, doctor? Preguntó la maestra abandonando sus censuras.

— No señora; contesté, y de eso ibamos á hablar con el Conde. y aprovecho su pregunta para hablar del asunto.

— ¡Por Dios Tatén! dijo mi esposa, no empieces á darnos una *lata*. — Y dirigiéndose á la señora de Morales añadió: — Porque usted no lo conoce á este; cuando empieza á hablar de medicina, toma un tema y no lo concluye en todo el día.

— ¡Ay, pero me agrada tanto oír hablar de medicina, replicó la maestra, que si yo no hubiera sido mujer, hubiera estudiado ese rama del saber.

— Hay muchas mujeres que estudian medicina, añadió el conde.

— Es cierto; continuó la maestra; pero no me parece bien que una niña esté despedazando cadáveres en los anfiteatros. Será todo lo científico que quieran, pero creo que la mujer, sobre todo la mujer de raza latina, debe ser más mujer de su hogar, y no soñar con tener una profesión que le obligue á estar todo el día en la calle. La educación que reciben nuestras hijas, no es la educación que les dan á las anglo-sajonas. El papel de la mujer es el de cuidar á su esposo y á sus hijos y no cuidar á los extraños.... Por

eso digo y repito, que si hubiera sido hombre, habría estudiado medicina..... Y ahora, doctor, vamos á escuchar su opinión. Se trataba....

— De la tuberculosis hereditaria.—Le interrumpió el Conde.

— ¡Hermoso tema! replicó la maestra.

Y dirigiéndose á mí, añadió: Le oímos, doctor.

— Sé corto, por Dios Tatén, dijo mi esposa.

— Lo seré bien mío. Le respondí.

— ¡Y tú me harás el favor, le dijo el señor Morales á su esposa, de no interrumpir al doctor con alguna nueva crítica!

— ¿He criticado á alguien? le replicó ella.

— ¡Hola! ¡qué memoria frágil...! ¡desde que has abierto la boca, no has hecho más que censurar! Has censurado á los que van al Hostal; á la señora del baile, á las doctoras...., en fin, ¡si sigues así no vas á dejar títere con cabeza!

— ¡Mejor! le contestó; así no se meterán conmigo. Dijo secamente, haciendo un brusco movimiento de afirmación con la cabeza.

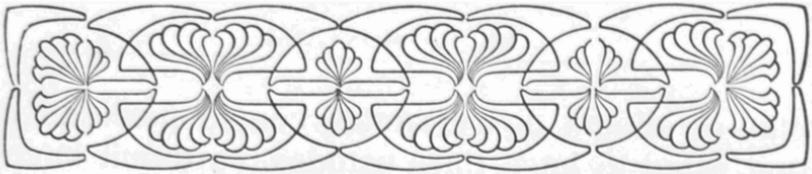
El esposo se conformó con sonreír, como el que ya sabe que es imposible morigerar la fea costumbre de su esposa.

El Conde me miró fijamente y me dijo en correctò francés:

— *La critique est aisée, est l'art est difficile.*

---





## XVI

# EN TINIEBLAS

Abandonamos la mesa, y pasamos á la galería para tomar el café y mientras nos lo servían el señor Morales le dijo al Conde:

— Me ha llamado la atención señor conde, que siendo usted alemán y haciendo tan poco tiempo que está usted en América, hable con tanta corrección el castellano.

— No debe sorprenderle, contestó el Conde, porque en Alemania estudié el castellano ocho años consecutivos.

— ¡Ah! repuso el señor Morales, ahora me lo explico todo. Porque es raro oír á un sajón ha-

blar el idioma de Cervantes con la facilidad con que usted lo hace. Para ustedes, es difícil la comprensión de nuestros modismos.

— Como regla general, es cierto; pero ya ve usted que no hay regla sin excepción!....

— ¿Y esa herencia doctor? me dijo la señora de Morales, interrumpiendo el diálogo entre el Conde y su esposo.

— Esperaba el momento, á eso voy, señora.... Antes se creía que la tuberculosis pulmonar era lo más á menudo hereditaria. Lo que no es cierto.

El niño de padres tuberculosos no nace infectado. Esos pequeños seres se tuberculizan porque son contagiados. La madre no transmite la enfermedad á su feto. El bacilo de Koch se encuentra raramente en la sangre de la madre, y por consiguiente, no puede penetrar en la sangre del hijo que lleva en sus entrañas.

El bacilo sienta sus reales en los órganos. Por eso, los casos de tuberculosis en los niños recién nacidos son rarísimos; y si mal no recuerdo, creo que en la vieja Europa, los casos observados no alcanzan á una docena.

No es el germen infeccioso lo que se hereda, sino ciertas particularidades que favorecen el desarrollo del bacilo de Koch puesto ulteriormente en contacto con el recién nacido.

El niño tiene más facilidades de tuberculizarse viviendo al lado de sus padres tuberculosos, que entre personas que no lo son.

- ¡ Y entonces, doctor! me dijo el conde, ¿cómo hacer para evitar que esos niños que nacen de padres tuberculosos, no contraigan la enfermedad?

-- Es preciso, desde su nacimiento, separarlos del lado de la madre, y darles una nodriza sana, rodearlos de buenas condiciones higiénicas y si es posible, llevarlos al campo.

La tuberculosis no es fatalmente hereditaria; no se hereda el germen: Se hereda la predisposición al contagio; se hereda el terreno en el cual las semillas podrán crecer; pero si ese terreno es habilmente dirigido, si se le transforma en un terreno refractario al bacilo, esos niños no serán tuberculosos.

Conozco el caso de una señora tísica que ya había perdido dos hijitos de tuberculosis; concibió nuevamente y tuvo un parto gravísimo. Algo se repuso después del parto, pero un mes después se empeoró y murió en un vómito de sangre. La criatura fué entregada á un ama mercenaria que vivía en Ramos Mejía; y esa criatura hoy está gruesa y fuerte, no habiendo seguido el camino de sus hermanitos debido á la separación forzada de la madre.

Le que es terrible en esta enfermedad, es que la mayor parte de aquellas pobres criaturas contagiadas, sufren una forma de tuberculosis que les podré decir á ustedes, cerebral; que el vulgo llama ataque á la cabeza, y que los médicos llamamos Meningitis Tuberculosa.....

— Sin embargo, me interrumpió la señora de Morales, no creo que ha de ser tan grave esa enfermedad, porque yo se de un niño que tuvo un ataque á la cabeza, y se curó. — Y dirigiéndose á su esposo le dijo:—¿Te acuerdas del hijito de la señora de Lombardi?

— No me acuerdo. — Le contestó el esposo amostazado.

— ¡Jesús, Morales, le contestó la señora, ahora no se puede ni hablar...!

Y yo la interrumpí:

— Me ha de permitir, señora, le diga que esa criatura, habrá tenido alteraciones cerebrales, que podrán haber hecho sospechar una meningitis, no habiendo tenido sino fenómenos de meningismo; es decir: que hay fenómenos que se parecen á los de la meningitis. Pero si ese niño hubiera tenido una meningitis, la verdadera meningitis tuberculosa, no hubiera sobrevivido á la enfermedad. La meningitis tuberculosa es siempre mortal.

— ¿Y si toman la enfermedad á tiempo?

Me preguntó el señor Morales.

— Es lo mismo. Desde el primer momento son casos perdidos.

— ¡Qué enfermedad terrible! exclamó el Conde.

— ¡Yo le tengo horror! exclamó mi esposa.

— ¡Parece mentira, añadió la maestra, que no se haya descubierto todavía ningún remedio para curar la tuberculosis...!

— ¡Y dígame doctor! preguntó el Conde, ¿qué hay de nuevo respecto de los sueros?

— Vea señor conde; le contesté, no hay tratamiento específico de la tuberculosis. Vd. verá publicaciones que de cuando en cuando insertan en gruesas letras los diarios políticos; en ellas los corresponsales nos comunican, que el doctor A. en el Brasil, el médico B. en Chile, el C. en Buenos Aires, el profesor D. en Francia ó en Alemania, etc., etc., acaban de descubrir el remedio que debe curar la tuberculosis. Y sin embargo, hasta el día de hoy, no conocemos el remedio curador de la terrible infección.

Maragliano creyó haber encontrado el famoso suero que fué ensayado sin resultado alguno. Así es que hoy nadie lo emplea.

La tuberculina de Koch fué un fracaso completo como agente curador, pero ha servido para reconocer la tuberculosis en los animales de carnicería, lo que constituye un progreso higiénico muy apreciable, sobre todo para nuestro país donde los bovinos forman una de nuestras más grandes fuentes de riqueza.

Wright, médico inglés, también empleó un suero, que tuvo la misma suerte que el del profesor italiano Maragliano y el de Koch.

El doctor Moeller, director del sanatorio de Belzig, hizo experimentos con peces y los resultados sobre el hombre todavía no han respondido á lo que se esperaba.

Viguiet, cree curar la tuberculosis inyectando suero de gallina, basándose en la creencia de que la gallina no es tuberculizable por los bacilos humanos....; hace poco se ha probado que esta creencia es falsa.

Canter, Raulin, Wasserman, etc., han propuesto varios métodos, á cual de ellos más ingenioso, pero todos están en estudios.

Marmoreck, asegura haber encontrado el suero salvador, y está persuadido de ello; pero los médicos del Instituto Pasteur de París, no se han convencido del efecto curativo del suero antituberculoso de Marmoreck, como tampoco se han convencidos los clínicos.

En estos últimos tiempos, se ha ensayado fuera de Francia y en grande escala, este suero, y algunos médicos ingleses y sobre todo rusos, creen que el suero de Marmoreck tiene una acción eficaz en la marcha de la enfermedad.

— ¿Y por qué estas opiniones tan encontradas? me preguntó la señora de Morales, á lo cual le contesté:

— No olvidé señora, que no existe la concordia médica en asuntos profesionales.

— ¡No decían, me interrumpió el conde, que el suero antidiftérico de Behring curaba la tuberculosis?

— El suero antidiftérico repuse, es un tratamiento curativo y preventivo de la difteria, pero no de la tuberculosis. Y á propósito de Behring, los últimos

estudios de este sabio compatriota suyo, han dado un paso de gigante en la inmunidad para la raza bovina, pero todavía no ha dicho su última palabra. Y en cuanto á su suero contra la tuberculosis humana, todavía no sabemos nada.

Así es que los tuberculosos, no deben esperar todavía el remedio específico, sencillamente por que no se le ha encontrado.

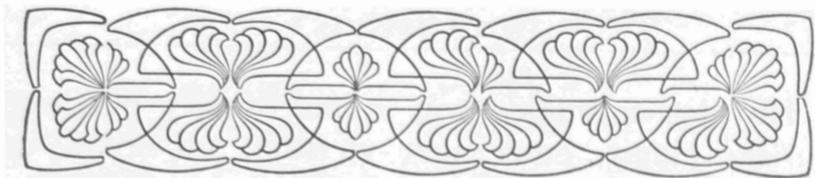
No deben perder el tiempo, ni confiar en su curación tratándose con remedios, ni con suero alguno capaces de curarlos; deben recurrir al tratamiento higiénico que le recomendarán todos los médicos competentes, y esperar que llegue el verdadero remedio que curará la tuberculosis pulmonar.

Y para terminar les diré, que tengo plena fé en que el descubrimiento está cerca.

Son muchísimos los médicos que se ocupan en este asunto cuya resolución es tan difícil como importante.

¿De donde vendrá el descubrimiento, de Francia, de Alemania, de España, de Italia, de aquí? ¿Será un suero, una sustancia química, qué será?... Nadie lo sabe. Pero el día en que se le halle, el mundo entero aclamará al médico que haya tenido esa visión genial, y será considerado por todos como el genio más grande del siglo XX.....!





## XVII

# LO QUE FALTA

Cerca de cuatro años han pasado desde que fuí por primera vez á Alta Gracia. Es preciso haber conocido esa villa en aquel entonces y ahora, para poder apreciar los grandes progresos que ha hecho aquella población serrana.

La edificación se ha cuadruplicado, extendiéndose la población más allá del arroyo y del tajamar.

Algunas de las calles, de noche son iluminadas con luz incandescente. Los hostales han dejado de ser lo que eran, y reúnen ahora, casi todos los elementos de confort de que puede gozar una población de cierta importancia.

Hoy los carruajes son numerosos, y puede el turista elegir, entre una victoria, un break, un sulky ó una americana.

El cementerio, aquel pequeño cementerio que estaba en el centro de la población, ha sido clausurado, y reemplazado por el nuevo campo-santo á unos cinco kilómetros del pueblo.

Ya se puede ir allí tranquilamente, sin el temor de sufrir las angustias é incomodidades por las cuales tuve yo que pasar.

Sin embargo, aun quedan ciertas cosas que es necesario subsanar á la brevedad posible: el lavado de la ropa en el arroyo, debería prohibirse, ó por lo menos obligar á lavar lejos del poblado, aguas abajo.

La desinfección de las hosterías, fondas, y casas de huéspedes, debería practicarse con toda severidad.

Debería obligarse á desinfectar toda casa abandonada por un tuberculoso.

Las aguas estancadas en el tajamar constituyen un peligro constante para los habitantes.

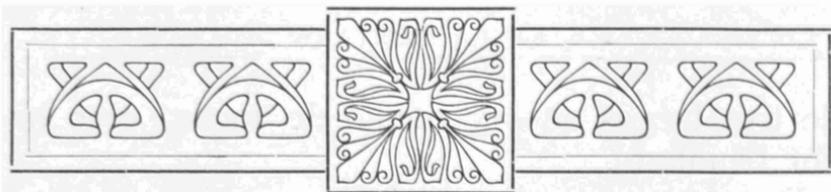
Estos y muchos otros errores de higiene pública, creo que no han sido corregidos por no tener aquel pueblo un médico permamente. Esto es lo primero que debe preocupar á aquellas autoridades, y deben obtenerlo aunque sea á costa de cualquier sacrificio. Menos mal durante la época veraniega, porque son muchos los médicos que van á pasar la temporada en aquellas pintorescas

sierras; pero durante el resto del año, el que necesita médico, tiene que mandarlo á buscar á la Capital de la Provincia, y esto no lo hacen sino en casos graves ó desesperados.

La instalación de las aguas corrientes es de imperiosa necesidad.

Las municipalidades tienen la obligación de velar por la salud de los habitantes de la comuna, y están autorizados para lesionar intereses particulares, si con ello se mejora el estado higiénico de los pueblos que las han nombrado. La salud de todos, prevalece sobre los intereses de uno, y nada importa que éste ponga el grito en el cielo, porque el resto de la población aplaudirá la firmeza con que las autoridades vigilen y defiendan la salud de todos, á ellos confiada.





## XVIII

# FINIS CORONAT OPUS

Durante la larga permanencia de mi Mario en la montaña, la vida que llevé fué de agitaciones y sobresaltos. Aprovechaba cualquier época del año en que se subsiguieran dos días festivos para ir á examinar á mi enfermito; y para ello tenía, como es natural, que abandonar todas mis ocupaciones con gran perjuicio de mis intereses.

¡Qué podían importarme todos los sinsabores y contrariedades, habiendo obtenido una franca mejoría en el estado de mi hijo?

La lucha fué tenaz. He ido viendo y observando el estado del enfermo paso á paso; y hoy, después

de tres largos años y medio de lucha, creo haber triunfado.

Dos años y medio no interrumpidos de clima de altitud modificaron de tal manera el organismo del niño, que quedó transformado. Un año y medio más de expectativa no me bastan aun para fiarme completamente, porque estas enfermedades dejan al individuo curado, pero á condición de que se le trate durante muchos años como predispuesto á recaer.

Son seres frágiles á quienes es preciso vigilar de cerca.

En el vértice del pulmón izquierdo de mi hijo ha quedado la cicatriz, que se manifiesta por una inspiración sibilante y entrecortada; la cual demuestra clínicamente que el tejido cicatricial obstruye un bronquio, y que, al pasar el aire de un tubo grueso á otro más fino que presenta irregularidades en su luz, se produce ese sonido especial que aun se percibe.

Para algunos colegas esa inspiración sibilante desaparecerá con el tiempo. Ya hace tres años que persiste sin ninguna modificación, lo que me hace suponer que no desaparezca, y si, que persistirá toda la vida. Esta opinión personal desearía que más tarde fuese modificada dando razón á aquellos con quienes estoy en desacuerdo. Pero no hay que echar en olvido que la frase "*de acuerdo*" no existe en el diccionario médico.

El reconocimiento con los rayos Roentgen, efec-

tuado por el doctor Alurralde, no ha dejado percibir ninguna sombra en los pulmones.

Los interminables exámenes microscópicos de los esputos, no han vuelto á denunciar bacilos de Koch desde aquella ocasión en que se encontraron por primera y única vez, es decir, hace tres años y medio.

Las inoculaciones de los esputos en los chanchitos de la india, tampoco han demostrado nada, pues estos no han reaccionado.

Desde que estuvo en El Paraíso jamás volvió á tener fiebre.

A pesar de estos elementos de prueba que vienen á asegurarme que clínicamente mi hijo está curado, yo sigo tratándolo como á un convalesciente no dejándole cometer ninguna imprudencia. Clínicamente está curado, pero, por desgracia no puedo llevar el microscopio sobre el pulmón para investigar la estructura del tejido única manera que me permitiría afirmar la curación definitiva.

Mi casita allá en la montaña, ha sido construida para que vaya todos los años á pasar una buena temporada de 5 ó 6 meses.

.....

Ya era hora de que mi hijo empezara á aprender á leer y á escribir; y si no me había apurado por ello, fué porque prefería tener un burro vivo y no un sabio muerto. Por otra parte no quería mandarlo á la escuela, para que no res-

pirara el aire confinado de las aulas, y prefería que un maestro normal le dictara clases en mi casa. Al maestro que elegimos, lo puse al tanto del método que quería que siguiera en la enseñanza. Le recomendé que no apurara al niño y que le diera lecciones cortas. Quería que la enseñanza fuera únicamente objetiva, no permitiéndole al niño ningún estudio ni ejercicio por el momento. Quería que las cosas le entraran *por los ojos* antes que *por el cerebro*.

La enseñanza moderna obliga al niño á *ver* primero y después sigue la explicación para que comprenda lo que ha visto. El niño no debe repetir lo que aprende como si fuera un papagayo. El trabajo es del maestro y no del niño.

¡Que diferencia entre la manera de enseñar actual y la que se empleaba en mi época!

Mi hijo aun no sabía leer de corrido, y ya sabía una cantidad de elementos de geografía é historia. Me solazaba viendo como su maestro en un pizarrón que había colocado sobre una mesa, le dibujó con tiza el curso del Río Paraná, hasta su desembocadura en el Río de la Plata. ¡De que ingeniosa manera, le representaba las márgenes del río, poniendo arena de Montevideo en ambas orillas para que el niño se diera cuenta de las barrancas! ¡Y que bonito y entretenido era, cuando Mario traía sus cajas de juguetes, para que el maestro colocara unas casitas de madera y en una de ellas una bandera argentina

para hacerle ver donde estaba situado Santa Fé, Paraná, Corrientes, Bella Vista, etc.! ¡Cómo estaba gozoso mi hijo, cuando el maestro le colocaba una capillita de madera con árboles alrededor y todo ello rodeado de soldados de plomo, juguetes que servían para despertar en mi hijo los sentimientos patrios enardecidos por las explicaciones sobre quien era San Martín y por las descripciones de la batalla de San Lorenzo!....

Mi hijo, escuchaba, miraba, observaba, veía y aprendía.....; aprendía jugando, deleitado y sin advertirlo.

El cerebro de los niños es tan delicado como sus pulmones. Por eso no se les debe apurar.

Cuando veo familias que se enorgullecen de que sus tiernos hijos cursan el 5° ó 6° grado á los ocho años, ¡me causa espanto!

Al mío lo considero frágil. No haré de él un hombre de ciudad, lo cual no quita que le dé una instrucción sólida para que pueda ocupar el rango que le corresponde en la sociedad. El interrumpe nuestra atávica sucesión de médicos. ¡Pero no importa!

En un país como el nuestro donde tenemos tan ancho campo para que nuestros hijos desarrollen sus facultades intelectuales en los trabajos de campo, lo inclinaré provechosamente al estudio de la veterinaria ó de la ingeniería agronómica. Prefiero mil veces eso á tener un médico delicado, á quien la vida del anfiteatro cuando

estudiante, ó las agitaciones de la profesión una vez en posesión de su título, pudieran despertar una lesión tal vez dormida. Tampoco desearía que le gustase el derecho ó la ingeniería civil.

Estos futuros hombres, que ya han sido tuberculosos cuando niños, deben vivir en el campo entregados á los trabajos rurales, donde seguramente tendrán más porvenir, que encerrados en nuestras grandes ciudades infectadas.

Tales son mis deseos, y en ese sentido dirigiré la educación de mi idolatrado hijo.

.....

¡Mario....!: eres muy pequeño para comprender el contenido de este libro, el cual lo he escrito expresamente para tí. Cuando seas mayor, si tienes la suerte de conservarme, yo seguiré guiando tus pasos; y si llego á desaparecer de este mundo antes que tú seas hombre, no te separes de esta obrita que será tu guía; guárdala en la cabecera de tu cama para consultarla frecuentemente.

Mi temor, no es tanto por ahora, como para más tarde, cuando seas mozo, época en que tus compañeros, ignorando lo que te ha pasado cuando pequeño, pueden conducirte por un mal sendero que podría costarte la vida. Esa vida tan preciosa para tus padres y á cuya salvación he consagrado todos mis esfuerzos, toda mi ciencia y todo lo que tengo. ¡Cúsdala mucho! Conserva siempre un buen recuerdo para todos aquellos colegas y amigos míos que endulzaron mi dolor

cuando te creíamos perdido; pues solfcitos te cuidaron, y con cariño contribuyeron á tu curación.

Nunca abuses de tu organismo; sé sobrio; medurado en todos los actos de tu vida; no te fíes de tus fuerzas que podrán traicionarte cuando menos lo pienses.

Si llego á conservarte así como yo deseo que llegues á ser, habrás colmado las aspiraciones de tu pobre padre que mucho te quiere, y no piensa más que en tu felicidad. Mas si algún día llegaras á recaer, ¡vete apresuradamente á las sierras, á respirar aquellos aires puros, á contemplar las aguas cristalinas de aquellos arroyos que culebreando bajan de la montaña para pasar delante de tus ojos! ¡Corre á admirar aquellos helechos finos, suaves y delicados que se esconden tras las piedras porque así se encuentran protegidos! ¡Vete á observar el corpulento algarrobo, los altos cocos y salvaje espinillo que desafía con sus puntiagudas defensas al hombre y á los animales....! ¡Si; corre allá á la menor amenaza! ¡Vuela á recobrar tu preciosa salud, en aquel pedazo privilegiado de nuestra patria, en aquella región sublime en que por donoso mandato del Eterno, surgen á porfía las más celebradas maravillas de la naturaleza, cristianamente conjuradas para aliviar las tristezas de los enfermos, que al contemplar aquellas empinadas sierras, tienden sus ávidas miradas á la espléndida y misteriosa bóveda de los cielos.

# INDICE

---

	<u>PÁGINAS</u>
A Guisa de Prólogo.....	3
I.—Dura Veritas, sed Veritas.....	5
II.—Alta Gracia.....	23
III.—En el Paraíso.....	35
IV.—La Enfermedad.....	57
V.—El primer Triunfo.....	73
VI.— En el Rancho.....	91
VII.—¡¡Abandonados!!.....	107
VIII.—Con mis Padres.....	129
IX. La Primera Visita.....	141
X. El Mayor Cantos.....	157
XI. La Segunda Conferencia.....	177
XII. Los Suicidios.....	193
XIII. Esconden la verdad.....	211
XIV. De Todo un Poco.....	229
XV. ¡Pueblo Chico.....!	245
XVI. En Tinieblas.....	255
XVII. Lo que Falta.....	263
XVIII. Finis Coronat Opus.....	267

---